

Antoine Paje

Las flores de tu silencio



Condenado al silencio,
Arnaud finalmente escuchará la vida

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Citas

Dedicatoria

Ese miércoles de mediados de enero, Cernay-la-Ville, Yvelines

Ese miércoles de mediados de enero, algunos minutos más tarde, bosque de Rambouillet

Voces

Hélène I

Hélène II

Hélène, Liliane, los chicos

Théa

Liliane, Margot, Hugo

Xavier

Hélène III

Margot

Hélène IV

Hélène V

Benoît

Pascal Beaulieu

Hélène VI

Hugo

La cena
Élise
Alice
Geneviève
Xavier
Hélène VII
Alice, Sabine y Hélène
Hélène y Xavier
Arnaud
La familia
Arnaud y su Zona de Combate
Sabine
Liliane
Xavier
Hélène y una nieve inesperada
De vuelta
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Arnaud ya no escucha nada ni a nadie. Tiene una esposa dócil, unos hijos a los que apenas ve en el desayuno y varias amantes a su disposición. Pero un día la nieve recién caída lo sorprende en la carretera y pierde el control de su vehículo. En estado de coma, permanece encamado, aparentemente inconsciente.

Sin embargo, Arnaud lo oye todo. Sus allegados se suceden a la cabecera de su cama, desvelando su auténtico rostro, y comprende hasta qué punto se equivocó, sobre sí mismo y sobre los demás. Se producirán hirientes revelaciones y magníficas sorpresas. Y del silencio brotarán las flores más inesperadas...

Antoine Paje
Las flores de tu silencio

Traducción de Marta García García

El silencio es la mayor revelación.

LAO TSE

¿Quién puede ser tan insensato como para morir
sin haber dado, por lo menos, una vuelta a su cárcel?

MARGUERITE YOURCENAR,

Opus nigrum

FOR YOU

*Ese miércoles de mediados de enero,
Cernay-la-Ville, Yvelines*

Hélène Morin, cuarenta y cuatro años y una semana, se afanaba en la amplia cocina americana para preparar el desayuno, que desde hacía algunos meses se había vuelto un rompecabezas. Margot, su hija mayor, veinte años, vigilaba su silueta con el celo de un cancerbero. Para rematar su fobia a las calorías, había decidido seguir una dieta sin gluten y bebía té verde. Al principio Hélène se había preocupado: ¿sufría su hija dolores intestinales, migrañas u otros síntomas? Margot había replicado que practicaba una «exclusión alimentaria preventiva» para evitar que apareciera alguna posible sensibilidad. En resumen, en su caso un nuevo capricho. A mediodía, en la facultad, sólo se alimentaba de ensaladas con atún. Hélène le había propuesto hacerle bocadillos sin gluten para que se los llevara. ¡De eso nada! ¡El pan, incluso sin trigo, sigue siendo calórico! En cuanto a su hijo, Hugo, que dentro de unos meses cumpliría diecinueve años, ya no comía carne y prefería las tortitas de cereales. Únicamente ecológicas. Arnaud, su marido, se enfurecía:

—¡Qué petardos llegáis a ser! Para qué hacer las cosas fáciles cuando se pueden complicar, ¿eh? ¿La próxima vez por qué os dará? ¿La entomofagia? Está de moda, ¿no?

Sus cáusticos comentarios eran recibidos en silencio por los chicos. Margot miraba hacia otro lado y se apresuraba con el pretexto de buscar algo en internet. Hugo exhibía su sonrisita despreciativa y bastante exasperante.

A Arnaud le agradaban los desayunos reconstituyentes: café, jamón, huevo pasado por agua o revuelto, queso, tostadas y mermelada.

¿Y Hélène? Bueno, ella se contentaba con lo que los demás no querían. Una costumbre tan arraigada que apenas era consciente de ello.

Puso la mesa instalada delante del amplio ventanal que daba al jardín. Un tímido sol apenas despuntaba. El día sería gris, tristón. Tenía que acordarse de llenar los comederos de los pájaros. La víspera había llovido durante todo el día y la noche había sido muy fría. La radio local, que escuchaba cada mañana, acababa de anunciar riesgo de nieve o de hielo, e instaba a los conductores a la prudencia. Se dispuso a apagarla para ahorrarse el tradicional: «¿Podemos desayunar tranquilos?».

Su dedo índice se detuvo en el aire. Emitían *Seven Seconds*, escrita y cantada por Neneh Cherry y Youssou N'Dour, una de sus canciones preferidas. 1994. Se había enamorado de Arnaud al son de sus acordes, en un pequeño restaurante italiano de la parisina plaza de la Bastille, en septiembre.

... *Seven seconds away, just as long as I stay, I'll be waiting...*

Incluso recordaba lo que habían pedido aquella noche, en especial un tiramisú espolvoreado con cacao amargo. Sin duda él lo había olvidado. Pero bueno, los hombres no recuerdan los mismos detalles que las mujeres.

¿Y por qué? ¿Por qué lo evocábamos constantemente? ¿Porque era la verdad o porque así nos tranquilizábamos sin mucho esfuerzo sobre el hecho de que el otro olvidó lo que nos parecía fundamental?

Según lo que había leído un día, en italiano *tiramisù* significa «recógeme» en el sentido de «súbeme la moral» o «devuélveme las fuerzas». Mmm... apropiado.

Unos pasos pesados, todavía somnolientos. Arnaud bajaba las escaleras. Apagó la radio. La rutina decretaba que despertara a su marido antes de salir del dormitorio, a fin de dejarle tiempo para que se desperezara y se cepillara los dientes. Arnaud no podía pensar en nada antes de ese ritual. Se duchaba después del desayuno y se cepillaba de nuevo los dientes.

Siguió la lista de preguntas habituales, que no esperaban más respuesta que una confirmación:

—¿Qué-tal-has-dormido-bien-está-listo-bajan-los-chicos?

Hélène no tenía nada de rebelde y en ocasiones lo lamentaba. En fin, sobre todo desde hacía algún tiempo. Sí, desde hacía algún tiempo, con frecuencia sentía no tener la fibra necesaria para responder: «¡No, he dormido mal, nada está listo y los chicos prefieren comer fuera!».

La fibra necesaria, ya que no se trataba de falta de coraje sino de combatividad. Nunca había sido rebelde, desobediente, indisciplinada. Sin duda porque no se había encontrado con situaciones ni recibido órdenes a las que oponerse. Había crecido en un ambiente de escucha, de diálogo y de amor entre dos padres, ambos profesores, y un hermano mayor para quien la vida sólo se prestaba a la alegría, a las carcajadas y a las pequeñas bromas. Esta docilidad justificaba en gran parte, según ella, el hecho de que Liliane Morin hubiese tolerado sin refunfuñar demasiado que se casara con su hijo. Liliane velaba sobre su único vástago como una tigresa —sobre todo tras la muerte de su marido—, como si Arnaud aún fuera un niño pequeño, olvidando que tenía... cuarenta y ocho años. Hélène lo escrutó. Un hombre apuesto, alto, cachas, aunque le vendría bien perder algunos kilos. A Hélène le parecía elegante el contraste de sus sienes entrecanas con su cabello muy moreno.

—Sí, muy bien. ¿Y tú?

—Dolor de cabeza. Me siento un poco pachucho. Con dos aspirinas se me pasará —masculló su marido.

—¿Quieres que vaya a buscarlas?

—No, estoy bien.

Hugo se instaló en su sitio y dijo:

—Buenas. Tengo un poco de prisa, mamá.

—Si repasases por la noche en lugar de pasarte el tiempo en internet, eso no pasaría —comentó su padre—. Tu hermana, que ni siquiera tiene dos años más que tú, ya está en tercer curso de Administración y Dirección de Empresas. Y tú sigues vagueando en el instituto...

—Ya... y si mis resultados no hubiesen sido tan catastróficos, no habríais tenido que matricularme en un insti privado y blablablá. Lo sé.

Hélène lanzó una mirada de advertencia a su hijo. La escena se reproducía casi todas las mañanas, y Arnaud nunca daba su brazo a torcer. Hugo tampoco, de hecho.

—En efecto, y estás avisado: es el último año. Eres mayor de edad, así que asumes tus responsabilidades. ¿No quieres pegar ni golpe? Perfecto, tú decides. Si una gloriosa carrera como operario te conviene, ¿por qué no?

—¡Ah, sí, claro! Es mucho más glorioso fabricar cajas de cartón que ordenarlas.

El pullazo surtió efecto y Héléne vio cómo se oscurecía la mirada de Arnaud.

Arnaud era el jefe y el propietario de una floreciente empresa de cartonaje.

—Sí, y tuve que remangarme y sudar la camiseta. Por ese lado, no corres ningún peligro. Mis genes no te tocaron en el sorteo.

Concentrado en su deseo de tener la última palabra, Arnaud no se dio cuenta de hasta qué punto su comentario era desagradable para su esposa. Hugo no lo dejó pasar:

—¿Lo oyes, mamá? No sólo eres estúpida, sino además incapaz y vaga.

Arnaud rugió:

—Un consejo: ¡no te pases de la raya!

Afortunadamente, Margot entró en ese momento y soltó:

—Ah, ya estamos otra vez. ¿Podríamos desayunar en paz, si no es pedir demasiado? Buenos días, mamá, buenos días, papá. ¡Oh, qué asco de tiempo!

Padre e hijo se sumieron en un mutismo reprobador pero bienvenido. Margot hablaba con su madre —banalidades intrascendentes— para llenar la conversación sin provocar una nueva chispa. Héléne respondía, con una sonrisa clavada en los labios, mientras se preguntaba qué sentía realmente su hija. Captaba muy bien la personalidad de Hugo, pero no así la de Margot. La joven había convertido la estrategia de evitación en arte con mayúsculas, sobre todo desde que iba a la universidad, mientras que Hugo buscaba el enfrentamiento, aunque tuviera que crearlo de la nada. La evitación es casi siempre un escudo contra la angustia. O si no una palabra erudita para calificar lo que de hecho no es más que indiferencia. ¿Cuál era la postura de Margot? ¿Qué había detrás de esa fachada civilizada y tan lisa que todo parecía resbalar sobre ella? Hugo se había enfrascado en la contemplación de su nuevo iPhone 6s. Regalo paterno para Navidad, el mismo para los dos

hijos, encargado por Sabine, la secretaria de Arnaud. Hélène había recibido el sempiterno perfume, un bonito libro dedicado a las antiguas recetas tradicionales de Francia, las novelas clasificadas entre los superventas del momento, sin olvidar los volúmenes VI y VII de Balzac de la colección de la Pléiade,[1] ediciones que coleccionaba. Había cambiado el VI, que ya había tenido en la anterior Navidad. Tal vez la secretaria había perdido la lista.

Hélène habría podido escribir la continuación del diálogo padre-hijo. No se equivocaba.

—Otro estúpido juego —soltó Arnaud.

—Sí, ¡no hay nada mejor! ¡Una pasada!

—¿Es el estúpido pollo o el mocoso para gente con una edad mental de doce años?

—*El tratado del inútil combate.*[2]

—Ya veo. La apología de tipos que se permiten cualquier jugarreta y nunca los pillan.

—Exactamente.

Hélène interceptó la sonrisa irónica de la hermana a su hermano. La incultura de Arnaud a veces lastimaba a Hélène, sobre todo porque la reivindicaba como una virtud capaz de demostrar que él era un hombre de acción, no un esnob que se pasaba el tiempo leyendo o visitando exposiciones. Ella, por ejemplo. ¿Se lo creía él mismo o era una forma de negar una debilidad, una incapacidad? Margot había terminado, de nuevo, su desayuno en un tiempo récord y se levantó declarando:

—Bueno, me largo. Hasta esta noche.

—Ten cuidado, cariño, la carretera podría estar resbaladiza.

—Sabes que sólo voy a coger el tren a Rambouillet. Después hasta Versailles es tranquilo, luego el bus y aterrizo en el ISM.[3]

—Aun así, sé prudente.

—Mamá... —protestó la joven con tono divertido.

De inmediato, Hugo imitó a su hermana y preguntó:

—¿Me llevas al instituto? Así no tengo que coger el bus.

—Sí, pero espabila.

Cuando se fueron los chicos, Arnaud se terminó el café con aire taciturno.

Su mujer buscó cómo romper el silencio casi incómodo, sin lograr encontrar ninguna conversación anodina. Entretanto, ¿qué temas abordar? ¿La poda de algunos álamos, la próxima plantación de hortensias blancas, pintar de nuevo la cocina? De todas formas, encontraría algo que objetar: los álamos no eran tan amenazadores, prefería las hortensias malvas o las camelias, la pintura ya había sido rehecha tres años antes. Se quedó callada. Fue Arnaud quien rompió el silencio:

—¿No tenías cita en el dentista?

—El flebólogo, y pensaba acercarme a Carrefour después. Sin embargo... voy a cancelarlo. Anuncian posibles nevadas o hielo en la carretera y la noche ha sido glacial.

La contempló con aire sorprendido, un poco desdeñoso, y repuso:

—Pero Hélène... ¿con el BMW, con neumáticos de nieve nuevos? Dado que en general circulas a veinte kilómetros por hora por debajo del límite, no derraparás.

—No me siento cómoda con un tiempo así. No me apetece estresarme.

Su marido dejó escapar un suspiro de irritación.

—Margot ha tomado esa misma carretera. Estamos a doce kilómetros de Rambouillet —insistió.

—Precisamente, me preocupo por ella. Tiene que atravesar un buen trecho del bosque público, y con los árboles no se deshiela tan rápido.

Arnaud asintió con la cabeza y masculló:

—¡Chiquilladas! ¿Queda café?

—No, pero puedo hacer más.

—No te molestes. Beberé un zumo en el despacho. ¡Mierda, qué dolor de cabeza! Creo que tengo fiebre.

—Te aconsejé que pidieras cita en el médico.

—¿Por una gastritis sin importancia? Me daré una ducha rápida. Eso me espabilará un poco.

Una vez sola, Hélène Morin recogió la mesa, aclaró los platos y los colocó en el lavavajillas. Dudó: las cestas sólo estaban medio llenas. ¿Qué más daba? Seleccionó el programa de lavado. Subió al primer piso, hizo la

cama y entró en el cuarto de baño. Como de costumbre, Arnaud lo había dejado patas arriba. Recogió la toalla húmeda, los calcetines y la ropa interior tirados por ahí y los metió en la cesta de la ropa sucia de mimbre. Cambió de opinión y los recuperó para echarlos formando una bola al suelo de baldosas azul marino y blanco. Pondría la lavadora. Qué se le iba a hacer si la máquina giraba con unos pocos calzoncillos y camisetas. Al menos todo estaría limpio. Cerró la puerta espejo del armario alto y limpió el lavabo, sembrado de fragmentos de pelos de barba y de rastros de dentífrico. Después abrió el mueble situado debajo del lavamanos y sacó de él metódicamente las cajas de somníferos, de analgésicos, de relajantes musculares y de antihistamínicos. Apartó los paquetes de compresas y de tampones detrás de los cuales había escondido el antidepresivo que le había prescrito su médico hacía algunos meses, y que se resistía a tomar. ¿Se había equivocado? Tal vez los pequeños comprimidos blancos habrían aliviado la grisura de su vida. Demasiado tarde para lamentarlo. Volvió a bajar a la cocina con su cargamento y se sirvió un vaso de whisky. Hasta el borde.

Había alineado las píldoras extraídas de los blísteres y se había tragado tres cuando una idea le vino a la cabeza. Caray: ¡los pájaros! Debían de estar hambrientos. Cogió el cubo de semillas situado debajo del fregadero y salió. Tiritaba en su bata demasiado ligera.

Grandes copos de nieve empezaron a caer. Parecían presurosos de aterrizar en el césped, de conquistar con su blanco luminoso la hierba reseca, un poco amarillenta. Levantó la cabeza, contempló el jardín y la casa. Un hermoso y sólido caserón, con un enlucido rosa suave y postigos blancos. La habían comprado cuando Margot tenía un año, cuando la vida todavía era luminosa, amorosa, cargada de promesas. Las promesas se habían deshilachado, el amor también. El tedio y la desilusión habían conquistado el terreno.

Ojalá Margot y Hugo no tuviesen ningún accidente y llegasen sanos y salvos a buen puerto. Ni siquiera ellos lograban ya retenerla. Hacía mucho tiempo que ya no la necesitaban, excepto para preparar las comidas. Se había convertido en un mueble confortable, de esos que uno ni siquiera ve. ¡Qué desastre, qué desperdicio! Era el mueble gastado, estropeado, de toda la

familia. Espantosa constatación.

Hélène sonrió parpadeando. Unos copos vinieron a morir sobre su rostro, dejando minúsculos rastros líquidos, ínfimas lágrimas. Siempre le había gustado la nieve, el apacible silencio que emanaba de ella, como si desease que se la escuchase además de admirarla, modelarla, jugar con ella.

Lástima, ya no la disfrutaría.

*Ese miércoles de mediados de enero,
algunos minutos más tarde,
bosque de Rambouillet*

A pesar de una migraña de aúpa y del hecho de que cada vez se sentía más febril, Arnaud Morin estalló de risa. La voz de Xavier Mercier —segundo accionista de su empresa, cuarenta y dos años, su mejor amigo y un auténtico cómplice— se propagaba en su auricular.

—¡Ah, el plan mortal! ¡La tía que prepara una cenita romántica porque ya ha elegido su anillo de compromiso y ya va siendo hora de pasar por la vicaría! ¿Y qué le respondiste? —se regocijó Arnaud.

Con el cabello muy moreno y ojos de un azul tirando a violeta, Xavier, soltero empedernido, era el típico tío guapo. Sobre todo, como auténtico seductor, pocas representantes del dulce sexo se le resistían. Por lo demás, en ocasiones los dos hombres se intercambiaban las amantes. Un fantástico servicio, muy apreciado por Arnaud. En cuanto uno se cansaba de un capricho, el otro le echaba una mano recuperando a la señorita, o a la señora. Por turnos, se hacían los hombres abandonados, avergonzados pero comprensivos, y se ahorraban así ataques de lágrimas o amenazas. Una estrategia muy ensayada.

Una nieve espesa, glacial, testaruda, había empezado a caer. Xavier bromeó:

—Estaba atrapado como una rata. Vale, tenías razón, un buen polvo, pero

es un coñazo mortal, con una conversación de lombriz. Me dirás que en la piltra no sirve para gran cosa, pero en el desayuno, ¡qué pesadilla! Abreviando, me estaba liando y, de repente, se me ocurrió una idea genial. Le vine con que en realidad acababa de darme cuenta de que quizá era un transexual que no era consciente de serlo y que había decidido explorar el tema. ¡Tendrías que haber visto su cara!

Arnaud se partió de risa. Dio un volantazo hacia la derecha. Una pequeña placa de hielo, nada grave. Le entró hipo:

—A juzgar por mi experiencia, todas se vuelven un coñazo un día u otro. En versión quejica reivindicativa o si no florero. Pero es verdad que ésta se había saltado las casillas intermedias para llegar a la meta lo más rápidamente posible. ¡Te lo repito, realmente has tenido olfato quedándote soltero!

Arnaud notó cómo la sangre le golpeaba las sienes. Las dos aspirinas no habían mitigado su dolor de cabeza. Sin embargo, precisó, risueño:

—Llego dentro de cinco, seis minutos. Prepara el café. Me lo contarás con todo detalle. ¡No tenemos tantas oportunidades de reírnos! ¿Tenemos novedades de Centauros?

Centauros, uno de los líderes de la venta por internet, se mostraba muy exigente sobre la calidad, la resistencia y las normas ecológicas de sus cajas de envío. Arnaud y Xavier se habían dado una paliza trabajando durante semanas antes de proponer un surtido de productos que pudiera satisfacer a su difícil cliente, además de recortar su margen al máximo. En fin, un cliente potencial. Un mercado colosal que les permitiría abrir una segunda unidad de producción.

—No, todavía no. Si dentro de una hora todavía no nos han respondido, los llamo. Venga, colega, conduce con prudencia. Cuando he llegado esta mañana patinaba mucho.

—Ah, no... no empieces tú también como Hélène... Fíjate que se disponía a cancelar una cita con un especialista, de esos que te reciben tres meses más tarde... Te lo juro, las tías... Mierda... Mier...

El pequeño utilitario de la empresa que se había llevado la noche anterior para volver a casa derrapó.

Un largo patinazo incontrolable.

Arnaud giró el volante, a la derecha, a la izquierda, intentó frenar mediante pequeñas presiones, desembragar. No sirvió de nada, antes al contrario. Tuvo la desastrosa idea de utilizar el freno de mano. El coche giró sobre sí mismo como si fuera una peonza y pareció despegar. Vio los troncos de los altos árboles que jalonaban la carretera acercarse a toda velocidad. Supo que iba a estrellarse contra ellos y se protegió el rostro con los antebrazos. Miles de ideas se mezclaron en su mente, sin que entendiera ni una sola, sin que persistiesen lo bastante para que las identificara. Oyó, como en un sueño, un estrépito de chapa y pensó, aterrado: «Mierda, que no se incendie, se Lo suplico. ¡Que no se incendie! ¡No quiero palmarla chamuscado!».

Y luego, la oscuridad. Y luego, el silencio.

¿Era eso la muerte?

Y luego, la nada.

Voces

Viernes a mediodía, hospital de Rambouillet

Hélène y él visitaban una vasta residencia. Le llegaba un olor yodado. ¿La casa se erigía al borde del mar? No recordaba haber visto ninguna playa cuando llegaron. De hecho, ¿cómo habían venido hasta aquí? Su esposa parecía exaltada. Sin embargo, a Arnaud las razones de su entusiasmo se le escapaban por completo. En efecto, se trataba de un elegante y gran caserón de sillares con un tejado de pizarra. En cambio, el interior era un conjunto heteróclito de estancias dispuestas sin lógica aparente. Había un aseo al final después de una tercera cocina. Una habitación daba a una especie de salón minúsculo sin ventanas. Otra, a una cocina más imponente. Sobre todo, a medida que visitaban la vivienda, Arnaud se preguntaba qué clase de tarados habían podido ocuparla. El gran salón resultaba digno de figurar en una revista chic de decoración. Dos inmensos sofás con anchos asientos, de piel gris intermedio, estaban uno delante del otro, a ambos lados de una mesa baja de troncos sin tratar y metal. Bonitas alfombras de tonalidades lisas que iban del gris ratón al negro cubrían las anchas baldosas de piedra gris pálido. Unas butacas Luis XVI con el respaldo en forma de medallón, modernizadas gracias a una tela escocesa de tonos verdes y óxidos, completaban el conjunto y ponían una nota de color en este universo de grises. Sobre unos estantes de wengué sin fijaciones visibles se alineaban una colección de libros muy antiguos y algunos bonitos objetos Arts and Crafts: un jarrón gris y negro que representaba dos cabezas de ovejas enfurruñadas, un par de candelabros de

hierro forjado de dos brazos sin velas, etc. Muy logrado y, sin embargo, habría sido incapaz de precisar quiénes eran los propietarios: ¿masculinos, femeninos, ejecutivos, o artistas, jóvenes, mayores? En todo caso, daban muestras de buen gusto y debían de estar al tanto de las tendencias en cuestión de mobiliario, al menos en esta estancia. En efecto, las otras tres que cruzaron estaban vacías, en obras, con montones de escombros apoyados contra las paredes, de las que se habían arrancado tiras de papel pintado. Una de las cocinas se parecía a la de una abuela de pueblo, con muebles de formica de un feo color marrón y beis, una deplorable lámpara de araña de vidrio catedral anaranjado y un colgador para trapos atornillado detrás de la puerta. Flotaba un olor de caldo, de caldo de pollo.

—Te juro que realmente ha sido un flechazo. Aquí podemos hacer algo genial.

Arnaud se dio media vuelta y replicó con tono glacial:

—¿Se te ha ido la olla o qué? Excepto una habitación, el resto se parece más a un cuchitril que a la mansión que buscamos. ¿Tienes idea del dineral que habría que invertir para renovar esto? Es irrecuperable, a menos que lo rompamos todo y que lo rehagamos. Serían años de obras, de follones, de marrones... y ya no tengo edad para eso.

Pero Hélène había desaparecido. De hecho, no se trataba de su voz sino de la de una mujer más joven, situada delante de él, cerca. Extraño, no la veía. Otra voz, masculina, respondió:

—¿Y Laurent, qué piensa?

—Oh, ya lo conoces, es un cielo. Quiere que sea feliz. Y además, creo que está harto de visitar casuchas. Nunca lo reconocerá, pero si nos decidiéramos, se sentiría aliviado.

El olor yodado era cada vez más fuerte. ¿Cómo era posible que ninguno de los dos interlocutores lo percibiesen? Avanzó, aplastando grava y trozos de yeso bajo las suelas de sus zapatos. Echó una mirada al ancho pasillo en lamentable estado que comunicaba con otras tres estancias, y cuya moqueta de coco despegada y deshilachada formaba grandes bolsas en algunos sitios. Nadie.

—Y el préstamo, ¿no hay problema con...

—*¿Dónde estáis? ¿Quiénes sois?* —gritó Arnaud.

—... el banco? ¿Habéis negociado un buen tipo de interés? —prosiguió el hombre sin interrumpirse.

—Sí, era un buen momento. ¿Y cuándo hacéis lo de pareja de hecho?

—El próximo viernes. Y el hospital nos da cuatro días de vacaciones. Mélanie está encantada, incluso sin toda la parafernalia de una boda. ¡Ahora te presentas...

—*¡Responded, joder!* —se desgañitó Arnaud.

—... ante un notario y listo! Bueno, venga, ¿yo lo incorporo y tú lo lavas? ¿Qué es lo que tiene?

—Sí, he terminado de limpiarle las heridas con Betadine. Puedes cerrar el frasco. Accidente de coche. Ha tenido potra... bueno, en cierto modo. Según los bomberos que lo trajeron, su coche parecía un acordeón. Una rama había hecho añicos el parabrisas deteniéndose a pocos centímetros de su frente. Habría podido empalarse. El miércoles por la mañana la carretera que atraviesa el bosque patinaba muchísimo. Laurent me puso cadenas textiles en las ruedas del coche.

—Entonces ¿son eficaces de verdad?

Arnaud visitaba las estancias de la casa a paso ligero y a veces se equivocaba de puerta. Buscaba a Hélène y a los dos majaderos con sus cadenas textiles, sus parejas de hecho y sus vacaciones. Una sensación fresca contra la nuca, a lo largo de la espalda, en las nalgas. Un olor, bastante extraño, que recordaba al limón.

Los dos memos seguían.

—¿Se recuperará?

—Según el doctor Beaulieu, no es seguro. Ni mucho menos. En cuanto a las secuelas, parece que es un gran gran interrogante. Por lo que he oído, el electroencefalograma era casi plano. La resonancia magnética realmente no era sensacional. El equipo espera los últimos resultados. Beaulieu no ha querido establecer un diagnóstico antes. Pero bueno, no rebosaba optimismo. Lo más flipante es que cuando el tipo llegó, casi no presentaba ninguna herida, aparte de los cortes en la cara, en los antebrazos y un dedo roto. Sin duda el parabrisas.

—Beaulieu es bueno, ¿no?

—Eso creo. Uno de los mejores neurólogos con los que he currado. Humano y pedagógico, además. Ha hablado con la familia, que está muy afectada. La mujer parecía ida. Eso es algo que me aterroriza. Ves irse al hombre al que amas o a tu...

Arnaud berreó, furioso:

—*¿Sois cretinos o qué? ¿Dónde estáis? ¿Quiénes sois? ¿Qué coño hacéis a mi lado? ¡Respondedme, joder!*

—... padre hacia la oficina. Todo va como la seda... y de repente... te llaman de un hospital. Está en coma y la cosa se presenta chungueta. Y entonces piensas que no, no deberías haber tenido una pelotera con él por gilipolleces. No, ya nunca tendrás la oportunidad de decirle que lo quieres. No, ya no habrá proyectos, alegrías, buenos momentos, vida detrás. Y te quedarás con ese horrible recuerdo: has perdido la última oportunidad de decirle al otro hasta qué punto era importante.

—Pienso lo mismo. Le dije a Mélanie: si alguna vez tenemos una bronca por la noche, nos reconciliaremos por la mañana antes de salir de casa. Por otro lado, vemos pasar a tantos que es la clase de ideas que nos obsesionan.

—Ya. Luego vino su amigo. Un tío bueno, realmente. Ha admitido que estaban hablando de curro al teléfono en el momento del accidente. Qué quieres, por mucho que le digas y le repitas a la gente que no se puede mantener una conversación mientras uno está concentrado conduciendo, sobre todo cuando hace un tiempo asqueroso...

—¡Todos lo hacemos!

—Eso no es una razón.

La sensación de frescor con aroma a limón se había desplazado sobre su torso y bajaba hacia su sexo. Arnaud inclinó el rostro. Nada. No vio nada, ni siquiera su pantalón.

Una oleada de pánico anegó su cólera. Joder, ¿qué ocurría? ¿Dónde estaba? ¿Quiénes eran esas dos personas? ¿Y el tipo accidentado que mencionaban? Casi suplicó:

—*¿De quién habláis? De ese médico, Beaulieu, o del guapo Laurent... ¿De quién?*

La voz masculina prosiguió:

—¿Cómo se llama?

—Morin, Arnaud Morin. Un industrial de la zona.

Arnaud tuvo la impresión de que su corazón dejaba de latir. Sin embargo, el monitor situado junto a su cabeza, que no veía, indicaba un ritmo cardiaco muy regular. Una bonita sinusoide verde. Una sucesión de pequeñas colinas, seguidas de cortas mesetas. La diferencia entre la vida y la muerte.

Y luego la oscuridad. Y luego el silencio.

Y luego, de nuevo, la nada.

Hélène I

*Sábado por la mañana, mediados de enero,
hospital de Rambouillet*

Arnaud tenía la sensación de flotar en un mar templado, entre dos aguas. No tenía hambre, ni sed, ni ganas de orinar, ni frío, ni calor. Ignoraba que le habían colocado una sonda urinaria y que lo alimentaban e hidrataban por vía intravenosa. Ignoraba que otra sonda de intubación nasotraqueal facilitaba su respiración, que unos electrodos ECG y un pulsioxímetro de dedo que medían constantemente su frecuencia cardíaca optimizaban el nivel de saturación de oxígeno de su sangre. Ignoraba que un programa de telerrealidad —un truño— se emitía en ese momento en la pantalla de televisión fijada a la pared y que un cartel enmarcado estaba colgado delante de sus párpados cerrados. Representaba una mujer naranja, dibujada de forma torpe, con el cabello azul, sentada en el suelo, con las manos debajo de los muslos... Pintar o dibujar unas manos humanas requiere mucho talento, por lo que, para ahorrarse bastante trabajo, es preferible esconderlas en alguna parte. Con gesto intenso y concentrado, la mujer escrutaba un girasol de color fucsia que desde luego no merecía semejante atención, excepto para descubrir lo que fumaban algunos presuntos artistas. Algo no demasiado sano, evidentemente.

Hélène llevaba más de una hora esperando. Arnaud no era consciente de ello. Mecido por olas amistosas, no la había oído. ¿En qué mar flotaba? Un mar cálido que lamía una playa de arena dorada, sin duda.

De repente la voz de Hélène, una voz inquieta, apremiante:

—Buenos días, doctor Beaulieu. ¿Alguna novedad?

¡Ah, otra vez ese tal Beaulieu!

—Progresamos. Esperaba obtener los resultados de la última dosificación antes de reunirme con usted, pero con el fin de semana... sobre todo porque se trata de análisis que no se hacen rutinariamente. Una búsqueda de anticuerpos un poco especiales.

—¿Es lo que se llama un síndrome de enclaustramiento? Como en *La escafandra y la mariposa*...

Pero ¿de qué hablaba? ¿De quién, sobre todo? Y de repente, recordó la conversación entre las dos personas que no podían oírlo y a quienes no veía. ¿Cuándo había tenido lugar? No tenía la menor idea. ¿Qué habían dicho exactamente? Algunos fragmentos le volvieron a la cabeza.

¿Se recuperará?

Según Beaulieu, no es seguro. Ni mucho menos...

De él. Hélène y Beaulieu hablaban de él. De él, prisionero en su cabeza. ¿Para siempre? Arnaud tuvo la sensación de irse a pique. El pánico lo ahogaba. El mar apacible y templado se transformaba en una trampa mortal. Vio, más abajo, en el fondo del líquido azul que se oscurecía cada vez más, pecios de navíos hechos pedazos, reventados, que un óxido invasor carcomía, estatuas volcadas con ojos de piedra. Distinguió una forma humana que se acercaba a él y flotaba con languidez. El cadáver, el de un hombre con un traje gris, lo rozó. Lo rechazó con todas sus fuerzas. El muerto se dio la vuelta con lentitud: él. Un pánico incontrolable lo invadió. Arnaud Morin se debatió para alcanzar la superficie, liberarse de esa masa líquida y engañosa que lo engullía.

—Lo dudo. El síndrome de enclaustramiento casi siempre suele sobrevenir tras un accidente cerebrovascular, en ocasiones un traumatismo. Podría tratarse de ese caso hipotético, pero otros elementos no encajan, en especial la resonancia magnética, en la que se evidencian hiperseñales en la fosa posterior y... da igual. Está también lo de esa intensa fiebre. Por precaución, de inmediato optamos por administrarle antibióticos por vía intravenosa. El análisis y el cultivo del líquido cefalorraquídeo fueron negativos... así que no era una infección bacteriana. Cuando llegó el paciente, no podíamos excluir *a*

priori una meningitis viral aséptica, sobre todo con los síntomas que nos describió usted, aunque se manifiesta principalmente en los niños. Por supuesto, en caso de proceso viral, los antibióticos no tienen ninguna utilidad. La fiebre ha remitido, eso es lo principal.

La voz de Hélène se alzó de nuevo, y Arnaud detectó en ella las fisuras que anunciaban un ataque de llanto. En general, huía, se encerraba en su pequeño despacho instalado en el primer piso de su casa señorial de Cernay-la-Ville.

—¿Está en coma?

—En resumen, sí. No obstante, existen diferentes formas —o más exactamente grados— de lo que denominamos coma.

—Y en este caso, ¿en qué grado se hallaría?

—En el electroencefalograma pueden verse ondas delta difusas. En cuanto a la reactividad a los estímulos dolorosos, como pellizcos, está descartada. Por lo tanto, se trata de un coma... grave, pero no todavía de grado IV... sobrepasado.

—¿Y cómo puede evolucionar?

—Es difícil saberlo con certeza.

—Es... bueno, ¿es capaz de pensar, de sentir, de oír?

—No. El electroencefalograma no se ve modificado por los estímulos exteriores, ya se trate de la voz, de la luz u otros. Pero una vez más, es demasiado pronto. Necesitamos los últimos resultados de los análisis. Dudo que los tengamos antes del lunes, en el mejor de los casos, o del martes.

El tono de Hélène se volvió seco:

—¿Intenta tranquilizarme ocultándome la verdad?

Un silencio. Arnaud tiritaba. La temperatura del agua había bajado bruscamente para tornarse glacial. De repente tuvo la absurda idea de que el médico, ese tal Beaulieu, gobernaba los elementos y era responsable de ese vertiginoso descenso térmico. Estaba helado hasta los huesos, hasta el punto de experimentar dificultades para respirar. Una especie de calambre sumamente doloroso le comprimía la caja torácica.

—No, señora Morin. Su escala de coma de Glasgow no es muy allá, pero no debemos centrarnos únicamente en esto.

—¿La escala de coma de Glasgow?

—Una escala que toma en cuenta, entre otros, los movimientos de los ojos y las respuestas verbales y motoras. Le doy mi palabra de que en este momento que hablo con usted, no sé más...

Arnaud luchaba contra la asfixia. El agua era tan glacial... ¿El mar puede helarse? ¡Pedazo de cretino, por supuesto! ¿Nunca has oído hablar de la banquisa? Iba a morir, encastrado entre placas de banquisa. Lo encontrarían dentro de tres o cuatro siglos, perfectamente conservado, como una pierna de cordero. El pánico se apoderó de él, aumentando la dificultad para respirar. Intentó gritar. Pero ningún sonido salió de su garganta. El frío subía de nuevo hacia su corazón. No le dolía. En fin, no sufría, aunque el frío lo aterrorizaba. Arnaud siempre había afirmado que no temía a la muerte, al contrario que los sufrimientos que podían precederla. En ese preciso momento, ya no estaba seguro de ello. En absoluto. Y se deslizó con lentitud hacia la inconsciencia.

Un pitido obstinado y agudo se alzó del monitor de constantes vitales. Pascal Beaulieu se interrumpió y se abalanzó hacia el aparato. Se precipitó hacia la puerta gritando:

—¡Señora Morin, váyase! La llamaré más tarde.

Alarmada, Hélène gritó:

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Una obstrucción de los bronquios, mucosidades que le impiden respirar. ¡Nos estorba, señora, y le aseguro que no ha elegido un buen momento!

Hélène II

*Sábado por la tarde,
hospital de Rambouillet*

Hélène esperaba, de nuevo. Había apagado la tele, que le ponía nerviosa. En circunstancias normales la veía raras veces, y se alegraba de ello. Los programas de la tarde eran tan insustanciales, tan estúpidos. Arnaud había subido de la sala de reanimación, palabras grandilocuentes en su caso, una hora antes. Los médicos le habían practicado una cricotiroidotomía de emergencia para liberar las vías respiratorias, una especie de traqueotomía menos agresiva. La respiración de su marido, aunque ayudada por una máquina compleja, era ahora apacible.

Una mujer bajita de unos cuarenta años, regordeta pero no excesivamente, entró en la habitación y anunció con una sonrisa:

—Soy la supervisora del servicio.

Hélène la saludó y la escrutó. Pertenecía a esa categoría de enfermeras que parecían constantemente salir de la ducha, recién aseadas. Bonita piel, cabello brillante recogido en una coleta alta, olor corporal agradable pese a la ausencia de perfume. Hélène tenía la impresión de estar pringosa y de apestar. Una especie de sabor desagradable impregnaba el fondo de su garganta. No había comido nada en todo el día, pero se había atiborrado de café y de té. Sólo los somníferos le permitían dormir algunas horas, en un duermevela intermitente, poco reparador, pero afortunadamente sin sueños. Una somnolencia animal, lo que buscaba desde hacía algunas noches.

La mujer le tendió un pañuelo de papel. Hélène la miró fijamente, sorprendida: acababa de darse cuenta de que lloraba. Gruesas lágrimas se deslizaban desde sus ojos, sin que las notara.

—La operación ha ido muy bien, señora Morin.

Incapaz de formular una frase mínimamente inteligente, Hélène murmuró:

—Gracias. Yo... Yo...

No tenía idea alguna de qué venía después de ese «Yo...». De hecho, sí. «Yo...» era una puerta entreabierta a tantas cosas, un universo en desorden absoluto, un caos aterrador, que no sabía cómo describir. ¿De qué hilo tirar? ¿Por dónde empezar? Una madeja de pensamientos enredados, sembrados de nudos, que habría hecho falta tener la paciencia de deshacer. Una idea idiota y fuera de lugar le vino a la cabeza: se parecía al ovillo de bramante que tenía en un cajón de la cocina. Después de usarlo lo guardaba cuidadosamente, en un rincón, con el extremo del cordel pasado bajo una lazada para mantenerlo en su sitio. Una semana más tarde, la bobina se había desenrollado y el hilo formaba nudos que uno se preguntaba quién o qué había podido hacerlos. ¿Qué era lo que empezaba por «Yo...» en ese preciso momento en su cabeza? «Yo...»: tengo miedo. «Yo...»: ¿qué va a ocurrir? «Yo...»: tantas cosas ya no funcionaban entre nosotros, pero pensándolo bien, creo que la mayoría podíamos solucionarlas. «Yo...»: si supiera cuánto lo he amado, cuánto lo amo todavía, aunque se haya vuelto mucho más difícil, casi imposible. «Yo...»: me pregunto si él seguía amándome. Peor, si alguna vez me amó. «Yo...»: no quiero que muera. Sálvelo, se lo ruego. «Yo...»

—Señora Morin... son situaciones muy dolorosas. Siempre es fácil decirlo cuando a uno no le afecta directamente, pero, por mi experiencia, no pierda la esperanza. Luche. Por usted, por sus hijos y, sobre todo, por él. Háblele, estímúlelo. Cuénteles lo que sea, léales algo. Que conserve un vínculo con el mundo aunque no la oiga.

Hélène la habría besado de buen grado. Alguien le decía que hiciera algo, que reaccionara, que actuara. Alguien le indicaba que no debía quedarse ahí, en el sillón, esperando y esperando, mirando fijamente monitores entre lágrimas.

—¿Música? ¿Puedo traer una minicadena *hi-fi* con CD?

—Por supuesto. —La enfermera sonrió y precisó—: Elija bien. Vi ese reportaje sobre un canadiense, Martin Pistorius. Era todavía un crío cuando cayó en coma. Adoraba un programa de la tele para niños, con un dinosaurio rosa como protagonista.[4] Barney, se llamaba. No sé si lo emitían en Francia... Da igual. Para estimularlo, sus padres le pusieron episodios sin parar, día tras día. Cuando salió del coma, contó que no soportaba a Barney y que se había convertido en una tortura. Si necesita cualquier cosa, pulse el timbre.

—¡Espere! Ese chico... ¿cuánto tiempo estuvo en coma?

La enfermera dudó, bajó la vista y confesó:

—Mmm... doce años. Ánimo, señora Morin. No se dé por vencida.

Hélène se deshizo en lágrimas en cuanto la puerta se cerró tras ella. Era magnífica, esa mujer. Sí, actuar. Aunque fuera un cuento chino, inútil: aun así actuar, contra viento y marea. De hecho, iba a cambiar las cortinas de la planta baja y luego limpiaría a fondo la cocina. Y quizá la pintaría de nuevo. Se ocuparía del jardín, y qué se le iba a hacer si la estación no se prestaba para ello. Contactaría con asociaciones de familias en su situación. Para eso, internet era genial. Archivaría las recetas acumuladas desde hacía años, que nunca había releído, nunca había probado. En cuanto Arnaud estuviera restablecido, así podría variar la gama de sus menús. Y luego buscaría una formación por correspondencia. Aún no sabía qué, pero pensaría en ello. Había sido una buena alumna, estudiosa, y sin duda habría continuado sus estudios de letras si no se hubiera casado tan joven. No se arrepentía de ello ni un segundo, pero en su caso el estado vegetativo acababa de desvanecerse. Se daba cuenta en ese momento: había estado sumida en una especie de coma despierto, funcionando con el piloto automático desde hacía años. Siempre las mismas palabras, los mismos gestos, día tras día, mes tras mes. En una pareja, no pueden estar los dos sumidos en un estado de semiexistencia, de inconsciencia-consciencia.

Después, decidiría.

... Archivaría las recetas acumuladas desde hacía años, que nunca había releído, nunca había probado. En cuanto Arnaud estuviera restablecido...

¿Y si moría? ¿Si permanecía en coma tanto tiempo como ese muchacho

canadiense? ¿O más tiempo? «¡No! Para, Hélène —se conminó—. ¡Para inmediatamente! Se recuperará. Basta de estupideces. La enfermera lo ha dicho: no te des por vencida. Sabe de lo que habla, es su trabajo. ¡Reacciona, tía!»

Arnaud oyó:

—Los chicos han querido a toda costa que mirara un episodio de su serie fetiche del momento, *Juego de tronos*. Margot me dijo que tú también estabas enganchado. No lo sabía. Pseudo-Edad Media bastante desenfrenada, sangre, sexo, conspiraciones y asesinatos. Debo admitir que está bien hecha. No puedes dejarla, aunque me pareció superviolenta. Además, estaba perdida. Hay tantos personajes y no entendí gran cosa. Pero uno de los héroes me impactó. Jon Snow, el bastardo noble, que tiene pinta de ser el único tipo bueno y no psicópata de la historia... bueno, ya sabes de quién te hablo. ¿Notaste cómo se parece a ti cuando eras joven? A Hugo también. Después del episodio, subí al dormitorio y encontré la foto de nuestra boda. El mismo pelo muy moreno, rizado, con media melena. Los mismos ojos oscuros. Tienes la barbilla más pronunciada que él, pero eso es más o menos todo. Las jóvenes deben de estar locas por ese Jon Snow. Normal, yo estaba loca por ti. No sé... con tu físico, estaba convencida de haberme enamorado de un romántico. Grave error. En mi descargo, debo decir que era muy joven.

Arnaud despotricó:

—*Ya estamos con las patrañas para adolescentes retrasados. ¿Un romántico? ¿Si fuera romántico podrías no tener que trabajar? ¿Conducirías un BMW? ¿Vivirías en una de las casas más bellas de Cernay-la-Ville? ¿Tendrías un apartamento de vacaciones en Menton? ¿Podrías ir al peluquero y a la esteticista siempre que lo desees? Te sorprenderá, pero no hay nada romántico en el cartonaje, incluso rebuscando bien. Yo quería triunfar, tener éxito. Mi padre era un pobre diablo, un sucio cobarde, un miserable. Dejó a mi madre en la absoluta miseria. Necesitó todo su coraje, su tenacidad, su amor materno para sacarnos adelante. Fue heroica, esa mujercita que no estaba preparada para el combate. Pero es una madre, una de verdad. Una loba. Ya hemos hablado bastante de eso...*

—¿Sabes, cariño? Estaba resentida contigo por decidirlo todo en mi lugar.

Me equivocaba. Decidías porque sabías que yo no tenía opinión sobre la cuestión. Pero eso se acabó. Te amo, pero ya no voy a dejarme manejar. De momento, primera etapa: no voy a dejar que nos manejen. Voy a aferrarme mientras no hayas salido de aquí... sobre tus propias piernas.

Le habría gustado responder:

—De todas formas, fuera de nuestra vida no te interesaba gran cosa. Para mí era un rollo. Me ahogaba. Al menos eso creía. Ahora sé realmente lo que significa «ahogarse». Creo que no he vivido nada más aterrador.

Pero Arnaud acababa de entender que nadie podía oír su monólogo interior. No le quedaba otra que soportar su propio silencio. No le quedaba otra que soportar el monólogo de los demás.

—... Estoy cansado, Hélène... Agotado...

Sin duda se adormiló. De hecho, ¿qué significaba «dormir» en su caso? ¿Sólo su cerebro, su consciencia, que decidían desconectar? ¿Al cabo de cuánto tiempo su mente volvió a conectarse? No tenía la menor idea. ¿Unos minutos, unas horas? Hélène hablaba:

—... los chicos volverán a venir mañana, con Liliane. Cuando volvió anoche del hospital estaba trastornada. Se hace las mismas preguntas que yo, y ninguna de las dos obtenemos respuestas satisfactorias. En cuanto a los chicos...

Arnaud se sorprendió de no haber percibido su presencia, sobre todo la de su madre. Quizá sencillamente lo había olvidado. Una extrema confusión reinaba en su mente: con la realidad se mezclaban delirios, sueños, fragmentos de recuerdos, recomposiciones que no controlaba. Sea como fuere, no se acordaba más que del equipo médico —entre ellos del doctor Beaulieu— y de Hélène.

—... mmm... Cada vez los encuentro más raros, sobre todo a Margot. Desde que empezó la uni... se ha vuelto escurridiza. Nunca ha sido muy extrovertida, pero ahora... tengo la impresión de tener una bonita muñeca frente a mí, con una sonrisa helada, artificial. ¿Me monto películas? Me han hecho casi sentirme incómoda. No han abierto la boca durante la cena y han subido después a su habitación. El trago era muy difícil de digerir, pero deben expresarse, hablar sobre ello. Yo... Es muy extraño. Hay tantas cosas que

quiero decirte, desde hace años y luego... o no escuchabas, o te entraba por un oído y te salía por el otro, o estabas hecho polvo, de malas, al teléfono...

Oyó cómo se sorbía los mocos, y luego otra vez; estaba llorando. Eso no significaba gran cosa en su caso. Siempre había sido de lágrima fácil. El arma fácil. Deplorable juego de palabras que debía a Xavier. Bastante exacto, no obstante. Xavier había elaborado una teoría sobre las lágrimas femeninas. En cuanto una mujer nota que pierde la pelea, llora. Si el tipo continúa la ofensiva, es un pobre hombre sin corazón. De una manera u otra, ella sale vencedora de la contienda. Una idea fugaz le vino a la cabeza: ¿por qué utilizaba términos guerreros? La idea se volatilizó. Su madre sólo lloraba excepcionalmente. Veía en ello una confesión de impotencia, o de fracaso. Pero bueno, Liliane tenía una talla que muchos habrían podido envidiarle.

—... ¿Extraño? El término está mal elegido. Vertiginoso sería más apropiado. Ha sido necesario que estuvieras ahí, tumbado, indefenso, sin posibilidad de cerrarme la boca, cuando estoy aterrorizada por lo que podría ocurrir —se sorbe los mocos otra vez—, para que salga. No es que me des miedo ni nada por el estilo, en absoluto. Es más bien que siempre pienso que no sirve de nada. Desolador, ése es el adjetivo correcto.

Arnaud suspiró en su fuero interno. Ya le había tocado escuchar reproches que no provocaban en él más que irritación y hastío. Sin embargo, hoy estaba dividido entre dos deseos opuestos. Que se fuera o que se callara. No, que se quedara, único vínculo que aún lo ataba al mundo exterior, el de los «auténticos vivos». Ya no sentía nada de su cuerpo. Ya no veía nada. Chocaba con los muros de su prisión mental. Su cerebro, su bien máspreciado, su último tesoro, se convertía en su cárcel. ¿Cuándo sería liberado finalmente? ¿Cómo? ¿El final o la vida de nuevo? El miedo, que había logrado amordazar desde su regreso de la sala de operaciones, volvió a erguir la cabeza. Una cabeza repulsiva. Unas mandíbulas despiadadas. Por primera vez desde hacía años, se vio obligado a ser sincero. Sus baladronadas de tres al cuarto ya no colaban. Una barrera se había derrumbado. Sí, tenía miedo de la muerte. Sí, le asustaba quedarse como una especie de vegetal pensante. ¿Qué había detrás? ¿La nada u otra cosa? Y, en el fondo, ¿qué prefería? ¿La disolución pura y dura o un más allá indefinible?

Su cerebro se concentró de nuevo en las frases de Hélène. Siempre le había gustado su voz. Una voz plácida, tranquila, no demasiado aguda. Si al menos dejase de sorberse los mocos, de sonarse.

—... Liliane se ha instalado en el cuarto de invitados. Está yendo bien, mejor de lo que esperaba... Confieso que temía su llegada cuando cogió el primer avión en Toulouse-Blagnac, el miércoles por la noche. Estaba en un estado espantoso, como puedes imaginarte. Quería venir corriendo al hospital para ver a su niño. Conseguí disuadirla...

¿Por qué temía la llegada de su suegra? Desde luego, Arnaud reconocía que su madre era una mujer de carácter fuerte, no de las que se dejan impresionar o dominar. No obstante, no se trataba de una madre pelmaza que soltara comentarios mordaces a su nuera, que todo lo hacía peor que ella. Benoît Dumont, el tercer accionista y un buen amigo también, aunque un poco más mayor, contaba que su propia madre casi había empujado a Frédérique, su exesposa, a la depresión, incluso al suicidio. La clase de madre plasta y moralizadora que sólo tenía reproches, del tipo: «¡Pero bueno, Frédérique, a Benoît no le gusta esto, o le gusta esto! No entiendo, Frédérique, por qué no lavas la ropa interior de Benoît a mano, con jabón de Marsella en escamas. Yo siempre lo he hecho. ¡Es mucho menos agresivo para la piel!». O, con tono viperino: «¡Benoît está cansado, ya lo sabes, Frédérique!». Más bueno que el pan, Benoît se reía. Frédérique no tanto. Éste afirmaba que su madre nunca había sabido hablar más que con signos de exclamación. Liliane no tenía nada que ver con esa clase de pelmas que pudrían la vida de los demás, excepto la de sus preciosos vástagos. Liliane había sido y seguía siendo una madre protectora. Sin embargo, también sabía que su único hijo debía vivir su propia vida. Sin duda la madre de Benoît no.

—... Geneviève se reunirá con nosotros a mediados de la próxima semana. No pueden ausentarse durante demasiado tiempo. Las viñas, el embotellado, todo eso. Tu tía telefona dos veces al día...

El cerebro de Arnaud sonrió. Quería mucho a su tía Geneviève, la hermana pequeña de Liliane, de la que había sido el hijo de reemplazo. Una mujer dulce pero con la cabeza encima de los hombros. Una fortaleza tranquila. Tras la muerte de su marido heredó un pequeño viñedo muy reputado. Su familia la

animó a vender, y más teniendo en cuenta que Sophie, su única hija, se había casado con un australiano y ahora vivía en Sídney. La viña es muy exigente, en ocasiones caprichosa e incluso traidora, y es todavía un ambiente bastante masculino, aunque las cosas evolucionen. Geneviève descubrió entonces en ella recursos insospechados. Ante la sorpresa de todo el mundo, retomó la explotación y la modernizó. Se las arreglaba bien. Diez años antes, Liliane había aceptado su oferta de asociarse. Su madre se ocupaba ahora de la gestión y de la promoción. Geneviève conservaba la viña, el vino y el contacto con los compradores.

—... Sé que me repito... La especie de mutismo mental de Margot y de Hugo me preocupa. Siento que tantas cosas se arremolinan en su mente, pero... no hay manera de sacarles tres palabras. No sé si tienen miedo, cómo abordan la situación... Muros.

Si hubiera podido, Arnaud se habría encogido de hombros. Ya habían tenido esta conversación.

—*Pasan de todo, es inútil darle más vueltas. Forman parte de esta generación terriblemente malcriada que se ha metido en la mollera que se les debe todo. Ni siquiera tienen la cultura básica necesaria para comprender la multitud de cosas que vienen de las generaciones anteriores. Es cierto en el caso de la filosofía, el cine, la música, el diseño, la ciencia, todo. No hay más que ellos, ellos y siempre ellos. La historia del mundo empieza con ellos y termina con ellos. La generación del «yo-yo-yo». Ni siquiera se dan cuenta de que están todos en la misma situación y que cada uno aspira a escuchar al otro para poder hablar de él, o de ella. La señorita Margot se hace un selfie cada vez que cambia una horquilla de lugar o que usa un nuevo tono de sombra de ojos o de laca de uñas. Debe de fascinar a las masas. He acabado por pensar que roza la sociopatía. El señor Hugo está convencido de que los demás son estúpidos y que él tiene una inteligencia superior, lo que legitimaría su cobardía. Quiere rehacer el mundo, en el que existen demasiadas desigualdades, pero necesita el último iPad, iPhone, Mac lo que sea y un dormitorio con pantalla plana y aseo contiguo. Claro que también es culpa nuestra. Por otro lado, ¿qué influencia pueden tener los padres frente a la presión del grupo? Ninguna. Te*

equivocas de medio a medio, Hélène. Tampoco es que sea una novedad. Les importa un carajo mientras su confort no se vea amenazado.

—Muros muy diferentes. Hugo ha optado por el enfrentamiento sistemático, aun a riesgo de provocar un conflicto. Margot es una culebra, se te desliza entre los dedos. Parece como si nada la afectase y estoy segura de que se trata de una estrategia. Siempre ha sido un poco así, pero encuentro que su lado huidizo se ha reforzado desde que está en la uni.

—*Margot es una joven perfectamente indiferente respecto a lo que no le afecta. Sin embargo, admito que tiene cualidades apreciables: es una curranta y es inteligente. Quiere triunfar. Hugo terminará como empezó: como un adolescente retrasado, zángano y dando lecciones de moral de feria. El problema es que la amargura lo espera a la vuelta de la esquina. No, las cosas no ocurrirán como él desea si permanece debajo del edredón o apoltronado delante de su pantalla. No, el mundo no cambiará de la noche a la mañana para complacerlo. Estoy harto de estas discusiones estériles, Hélène. Me gustaría que te fueras. Me gustaría quedarme solo en mi cabeza.*

Se levantó.

—Voy a tener que dejarte, cariño. Son más de las siete. Son simpáticos, en este hospital. No me han echado. Te amo, no lo olvides. No lo olvides nunca. Te amo pero se ha vuelto muy complicado.

Hélène, Liliane, los chicos

Sábado por la noche, Cernay-la-Ville

La cena había sido muy silenciosa. ¿Se estableció algún día un inventario de los silencios? El del tedio, cuando nos preguntamos cuándo podremos levantarnos y largarnos; el silencio perplejo, rebelde, reprobador, cuando hemos decidido que nuestra oposición no se manifestará a través de las palabras, sino de una actitud, un rostro enfurruñado, cejas fruncidas, brazos cruzados sobre el torso; el silencio cómplice, cariñoso, enternecido, cuando una sonrisa que asoma en los ojos se convierte en una declaración, etc. Tantas emociones irrumpen en esta ausencia de palabras. Alguien debería dedicarse a hacer esta enumeración, porque los silencios son reveladores, con frecuencia mucho más que las palabras. Por otro lado, es tan arduo de describir, ese mutismo elegido. Se trata de percepción, de intuición.

Hélène habría sido incapaz de calificar el que se prolongaba desde hacía casi una hora. Es muy largo, sesenta minutos de silencio; tal vez preferible, no obstante, a una hora de cruces de palabras y de animosidad expresada. ¿En qué pensaban los otros tres? Liliane en Arnaud. La línea dura de sus mandíbulas y su aire belicoso permitían suponerlo. De casta le viene al galgo, y Arnaud había heredado la tenacidad de su madre, su lado buldócer: «Nos abalanzamos y luego reflexionamos». Esto no tiene sólo aspectos malos. Liliane no tenía miedo de nada y se había atrevido con internet cuando había pasado la sesentena. Margot y Hugo probablemente esperaban impacientemente el momento de despedirse para subir de nuevo a su cuarto.

Liliane se levantó y propuso:

—¿Os preparo una infusión?

Se dirigió hacia los fogones, como si estuviera en su casa. En realidad, después de todo, se trataba de la casa de su hijo, pagada por su hijo. Desde luego, nunca habría tenido la grosería de recordarlo, pero se traslucía por su actitud. Liliane nunca preguntaba si podía pasar unos días en su casa. Tan sólo anunciaba la fecha de su llegada.

—No, gracias, Liliane.

Su suegra le había pedido varias veces, poco después de su boda con Arnaud, que la llamara «mamá». Hélène nunca se había decidido a hacerlo. Únicamente tenía una madre, sólo una, a la que quería. En cambio, Liliane nunca había sugerido que se tutearan. Hélène intentó decir algo:

—¿Ha comido bastante? Ha sido un poco improvisado.

—En efecto... una tortilla de patatas y una ensalada.

El reproche era evidente, pero Hélène decidió ignorarlo. Hugo, que nunca desaprovechaba una oportunidad de meter baza, replicó:

—Por otro lado, abuela, podías haber preparado la lasaña de salmón que mamá se proponía cocinar. Todo estaba listo en la nevera.

—No sabía cuándo volvería tu madre del hospital —explicó ésta con tono neutro.

Para ella Hugo tenía todos los derechos porque le recordaba a su hijo a la misma edad. Margot no gozaba de las mismas simpatías, puesto que se parecía a su madre, con su cabello rubio intermedio y sus ojos azules. Evidentemente, a la joven le importaba tan poco la apreciación de su abuela como su primer *smartphone*.

Cuando los dos jóvenes subieron a sus cuartos, ellas se entretuvieron todavía un poco a la mesa. Hélène sólo deseaba una cosa: volver a su dormitorio, tomar un somnífero, hundirse en el olvido durante algunas horas.

—Qué pasará si...

—¡Se lo ruego, Liliane! —la interrumpió con sequedad.

—Porque uno rechace la idea de una catástrofe eso no significa que no se produzca —insistió la suegra—. Cuando Georges, el padre de Arnaud, se suicidó... me había negado a ver las señales. Me encontré sola, con un niño de

cinco años.

—¡Arnaud no sufre depresión! Está en coma y todavía ignoramos por qué. En cuanto a la empresa, Xavier está al cargo y Benoît, listo para volver al trabajo, incluso desde España, donde vive ahora.

Liliane emitió un largo suspiro y martilleó, como una declaración de guerra:

—Seamos claras, querida Hélène. Llevo tres días informándome en internet. Algunos permanecen en coma diez, veinte años. La mayoría muere, pero algunas excepciones se recuperan. Mientras yo viva, nadie desconectará a mi hijo. ¡Jamás! Entendería (después de todo, todavía es usted joven) que deseara continuar con su vida de mujer... paralelamente. Pero nadie matará a mi hijo. En mi caso no se trata de principios religiosos y lo sabe. Es MI hijo y para mí el ser máspreciado, ¡incluso más que mi propia vida!

Hélène se levantó de un salto y la miró fijamente, atónita:

—¡Está usted enferma! Arnaud lleva cuatro días en coma. Cuatro días, ¿de acuerdo? ¿Así que es «el ser máspreciado» para usted y ya se rinde? ¿Ya está derrotada? ¡Yo no! Arnaud se recuperará. ¡Lo conozco mejor que usted! Subo a acostarme. ¡No quiero que nunca más, he dicho nunca más, volvamos a tener esta conversación!

Liliane apretó los dientes y abatió la mano sobre la mesa bramando:

—¡Mi hijo no morirá! Es imposible.

—Mi marido no morirá.

Con una voz repentinamente lejana, un poco despectiva, Liliane sugirió:

—Enjúguese las lágrimas, Hélène. No sirve de nada, créame, he pasado por esto. Sólo cuenta la determinación. Hablaré con el neurólogo. Ese Beaulieu. Las batas blancas nunca me han impresionado. Nada me impresiona. Exijo respuestas claras. Es mi hijo.

A Hélène no le gustaba esta mujer. Nunca le había gustado y siempre había desconfiado de ella. Liliane sólo la toleraba al lado de su precioso niño porque no le hacía sombra. Hélène era consciente de eso. No obstante, admitía que tenía una fuerza, una obstinación, un coraje poco comunes. Liliane habría sometido la Tierra a sangre y fuego para defender a Arnaud, para protegerlo contra viento y marea, a pesar de sus defectos, que no veía. Y ella, Hélène,

¿había sido una madre de ese temple? ¿Una de ésas con las que resulta imposible discutir porque su prole tiene razón necesariamente? No. Ella veía los fallos de sus hijos, sus carencias, su egoísmo, sus cálculos, y se reprochaba ser incapaz de esa obstinada ceguera de una madre como Liliane.

Lo admitía. Esa noche, la tenacidad de Liliane la aliviaba. Liliane poseía un talento raro: suprimir lo que rechazaba. ¿Desaparecen las cosas cuando nos negamos a verlas, a temerlas?

Théa

En la noche del sábado al domingo, hospital de Rambouillet

El falso silencio de un hospital es desconcertante. Está poblado de pitidos de monitores, amables señales apenas audibles, no estridentes alarmas del tipo «el tío o la tía la está palmando. Habría que hacer algo. ¡Rápido!». Sofocadas, resuenan llamadas a las enfermeras de noche, seguidas de resbalones o del rechinar de pies calzados con esos improbables zuecos de plástico que llevan todas o casi. Deben de ser cómodos y fáciles de desinfectar. Son bastante feos, pero con tacones de diez centímetros no correrían tan rápidamente. Voces, bastante maternales (y en ocasiones fraternales) pero autoritarias se alzaban de las habitaciones vecinas:

«No, señora/señor... es de noche, la oscuridad es normal. Cállese. No, señor, no puede levantarse. Sí, señora, la ayudo con la cuña. ¿Le duele? ¿Cuánto en una escala de uno a diez? Ah, ¿siete? Le traigo un comprimido. No, señora/señor, no puedo traerle un bocadillo, un bollo, una fruta, la cocina está cerrada. No, no tengo batido de chocolate. Puedo prepararle una infusión. ¿Sí? ¿Le agradaría?».

Durante el día no se oía nada, en el incesante trasfondo de los ruidos de la vida. Pero la noche aportaba una especie de filtro, de calma artificial que permitía distinguir cada sonido. A Arnaud le habría gustado una infusión. En cuanto se quejaba, tenía un minicatarro o una auténtica gastritis, o también lo que en la época se denominaba «empacho», su madre lo atiborraba de verbena

y menta, que para ella era de una eficacia absoluta. La verbena y menta, el olor mágico de la infancia, que revelaba que eras un niño pequeño, que te sentías realmente mal y que mamá velaba cual loba. Y luego, preparaba puré o conchitas de pasta con jamón. Eso significaba que estabas enfermo pero que te podías dejar ir a la deriva, porque mamá llevaba el timón y porque el primer estúpido que te amenazara iba directo al cementerio. Mamá estaba ahí en cuanto su niño la necesitaba. Mamá, te quiero tanto. Querida mamá. Cuántos recuerdos, mamá. Cuántos recuerdos. Buenos y malos. Todos los años íbamos de vacaciones una semana a Saint-Cast, a un hotelito con pensión completa. ¿Recuerdas a ese pastelero? Creo que nunca en mi vida he comido helados de fresa o de frambuesa tan deliciosos. Tú preferías los sabores de chocolate y café.

Su mente se tambaleó sin su autorización. Sueños, recuerdos, reflexiones, ya no lograba seleccionar los impulsos nerviosos que la recorrían a la velocidad del rayo. Retrocedió casi treinta años. Se encontraba en una playa de arena dorada, protegida por un alto dique de hormigón. En bañador, tumbado en una toalla de repulsivas rayas amarillas y malvas, esperaba a alguien. La playa de Granville, en el canal de la Mancha. Esperaba a Théa, con el corazón en un puño. Théa, el amor de su vida. Había reservado una habitación en una pensión familiar, no muy cara pero encantadora. Había tenido que fingir que esperaba a su novia oficial, su futura mujer. Las dos mujeres que llevaban el establecimiento no bromeaban con las parejas ilegítimas.

—No somos una casa... de un tipo especial, joven —había soltado la de más edad.

Casa de citas, había completado él. La expresión, anticuada, le había hecho sonreír interiormente. A la señora, no. Sin embargo, las dos hermanas mantenían un encantador jardín con un cenador, y el viejo caserón se erigía cerca de la playa. Había pensado que la resaca marina arrullaría sus noches.

—Señora, vamos a casarnos dentro de unos meses.

—¡Bien!

Théa y su magnífico cabello caoba rizado. Su único hoyuelo, que surcaba la mejilla derecha. Su naricita, que se fruncía en cuanto no estaba contenta o

fingía estar enfadada. *Théa, te amo*. En realidad, se llamaba Théodora, pero su nombre le parecía demasiado imperial. Bromeaba sobre el tema, estimando que su madre había dado demasiado rienda suelta a sus recuerdos de escolar. Aunque era un bonito nombre. Te amo tanto, Théa. Rápido, reúnete conmigo. Tengo ganas de estrecharte en mis brazos, de ahogarte a besos. Tengo ganas de dormir en la postura de la cuchara junto a ti después de hacer el amor. Pegarás las nalgas contra mi vientre, y mis muslos serán tu cuna. Théa, quiero pasar mi vida a tu lado. Quiero, cada mañana, mirarte cuando te despiertes. Quiero secarte el cabello con una toalla cuando vuelvas bajo la lluvia, desvestirte, recalentarte en un mullido albornoz, ponerte gruesos calcetines, prepararte un té muy caliente. Quiero llevarte una bolsa de agua caliente cuando te duela el estómago. Quiero acunar a nuestros bebés. Y luego, cuando seamos muy viejos, moriremos juntos, sin temor, tumbados, cogidos de la mano.

¡Mierda! No había pensado en ella desde hacía al menos cuatro o cinco años. ¿Por qué surgía en tromba en su cerebro esa noche? ¿Porque había perdido su vida al perderla a ella? Pero después de todo, lo había embaucado completamente. En esa época era tonto, ingenuo y romántico. Él tenía apenas veinte años, ella, veintidós. Sin duda se trata de un tránsito obligado para un hombre: la enorme bofetada de amor y de amor propio. Un rito que pone las cosas en su sitio e indica que ha llegado el momento de hacerse adulto. Uno termina por recuperarse, aunque se hubiera dudado al principio o incluso años después.

En un primer momento, se temió lo peor. Había tenido un accidente, estaba enferma y no lo habían avisado. ¡Dios mío, qué angustia! Por otro lado, Liliane, su madre, sabía dónde localizarlo. Y luego, finalmente había entendido. Qué devastación cuando se dio cuenta de que no se reuniría con él en Granville. Que ella no lo deseaba. La había telefoneado, sin éxito. Una grabación cretina repetía: «El número marcado no existe... el número marcado no existe...». Después había intentado llamar a su casa, a su madre, en vano. Nunca había vuelto a llorar después de ese último ataque de llanto, frente al mar, su único testigo. Regresó a París. Su madre, deshecha, no osaba devolverle la mirada. Bajaba la cabeza. Finalmente, había murmurado con una voz entrecortada:

—Cariño, yo... yo... lo siento tanto, tanto. Quería llamarte a esa pensión familiar, pero me... me faltó el valor. Prefería decírtelo cara a cara. Mmm... Théa llamó. Me contó que entre vosotros se había terminado. Hay otro hombre desde hace varios meses. Van a casarse. Ella... mmm... lo sentía mucho. No quiere que intentes localizarla. Ha cambiado su número de teléfono. Te desea lo mejor para el futuro y que encuentres una mujer que te ame.

Liliane había sacado entonces un pañuelo de su bolsillo.

—Mmm... Me devolvió tus regalos. Aña... añadió que no sería correcto conservarlos.

La sortija de amatista y el colgante de esmalte que representaba el yin y el yang que había regalado a Théa rodaron sobre la mesa.

El mundo se desplomó bajo él. Soltó un anodino:

—Bien.

Liliane lo abrazó contra ella. Con voz devastada, añadió:

—Ángel mío, cariño... no estaba hecha para ti. Intenté decírtelo... pero bueno, el amor es ciego. Todos lo sabemos. Salvo que sólo lo entendemos después. Nuestros errores son nuestra mejor enseñanza. Te mereces a alguien mucho mejor que ella. Sé que es terriblemente doloroso. Por el momento. Te quiero, sólo te quiero a ti. Se presentará una mujer magnífica. Estoy segura. Te amaré más que a nada, mucho más que Théa.

¿Por el momento? Un momento muy largo. No había dejado de pensar en Théa durante más de quince años, preguntándose dónde estaría, qué haría, a quién amaría. Y luego, de forma más o menos esporádica, antes de eliminarla totalmente de su memoria. Hasta hoy. ¿Por qué lo atormentaba esta noche? Claro que ya no la amaba. De hecho, le costaba redibujar su rostro, excepto los rasgos más destacados. Ya no oía el sonido de su voz. ¿Por qué? ¿Por qué pensar en Théa esta noche? ¿Cuál era el color de sus ojos? Más bien claros. ¿Avellana tirando a ámbar? ¿Azules? ¿Verdes? No, verdes no. Mierda, no recordaba sus ojos.

La voz de Hélène se impuso, pero no estaba en la habitación:

—Sinceramente, creo que podríamos hacer algo genial con esta casa. De acuerdo, hay mucho trabajo. Rehacerlo todo, sobre todo este salón con estos dos sofás y estas butacas Luis XVI.

¡Tonterías! El salón era la única estancia lograda, civilizada. Era bonito, elegante. Ciertamente, un poco impersonal, pero elegante.

Su cerebro se desconectó sin avisar. Dormir.

El cerebro no descansa nunca. Simplemente, se dedica a otras ocupaciones y entonces nuestro estado de conciencia le pone trabas. Por eso, nos desconecta para que lo dejemos en paz. Se ocupa de la reparación, de la cicatrización de nuestros tejidos. Se dedica al almacenamiento de los datos importantes, a su memorización. Tira los que ya no tienen ningún interés. Realiza muchas otras operaciones.

El ayudante jefe del cerebro de Arnaud acababa de decidir que sus remordimientos y reminiscencias ya habían durado demasiado.

Y más teniendo en cuenta que se equivocaba.

Liliane, Margot, Hugo

Domingo por la mañana, hospital de Rambouillet

Le gustó mucho esa sensación de frescor con aroma de limón que bajaba y subía a lo largo del cuerpo. Su cerebro había entendido que lo lavaban. Había superado la fase del pudor inoportuno. Si le levantaban el pene, le pasaban una toallita húmeda por la raja del culo, le traía sin cuidado. Después de todo, es lo que se les hace a los bebés. Físicamente, él había vuelto a serlo. Un bebé es terriblemente vulnerable y precioso. Recordaba su felicidad cuando nació Margot. Sonreía constantemente. Margot no lloraba casi nunca, salvo cuando tenía hambre. Dormía toda la noche sin problema. A Arnaud le encantaba que le pusiese sus minúsculos deditos en la nariz, que parecía fascinarle. No sabía si lo veía realmente cuando lo miraba, con los ojos abiertos de par en par y los labios estirados en una sonrisa o redondeados formando una «O» muda. Cuando la abrazaba contra él, preocupado porque no sabía sujetar una cosa tan pequeña, había pensado que se trataba del momento más hermoso de su vida. No el más importante, sino el más hermoso. Por otro lado, ¿cuál era el momento más importante de su vida? No tenía la menor idea. Desde que nació, Margot era como su madre: cabello rubio, ojos azules. Mientras que Hugo se parecía a él. Físicamente. Tan sólo en términos físicos. Aparte de eso, no sentía que tuviera ningún gen en común con su hijo y apenas unos pocos con su hija. ¿Era culpa de ellos, los padres, o era de los chiquillos? En el fondo, ¿había querido hijos, más allá del «todo el mundo los tiene»? No lo

recordaba. Sí, fue feliz al ser padre, pero ¿deseó alguna vez serlo, después de los primeros meses de gorjeos?

Oyó leves sonidos de besos en su mejilla. Margot y Hugo se habían turnado. Ruiditos de boca que no significaban nada. La mayor parte de nuestros besos son viento, obligación, convención. No los de su madre. Lo abrazó contra ella, besándolo en la frente, las mejillas, la boca y sintió cómo su diafragma se contraía porque ella intentaba luchar contra las lágrimas. Te quiero tanto, mamá. Y sé que me quieres más que a nada.

Después, se quedaron ahí durante más de una hora, nadie encontraba nada que decir. Sin embargo, las palabras, las frases se habían vuelto fundamentales para Arnaud. Eran su único vínculo con la vida. Le habría gustado que sus hijos se marchasen y quedarse a solas con su madre. Que le contase su vida, que conocía tan bien como ella. Que le hablase de sus travesuras de niño, que ya le había repetido mil veces, con enorme placer para ambos. Cuando la vida era sencilla, sin amenazas, al menos para él. El día que había intentado sobornar al médico de familia con cinco francos de su hucha para que no le pusiese las vacunas de recuerdo. Tenía un miedo cerval a las inyecciones. Aquel en el que había robado un pintalabios de Liliane para seducir a una niña de la que estaba enamorado. La vez en que hizo pellas y volvió a las dos del mediodía pretendiendo que había habido un conato de incendio y que el humo le había hecho vomitar. La noche en que vio los ojos de un lobo en su jardín. El gato de los vecinos. Las galletas rellenas de chocolate que desmigaba en un plato de postre para comprar los servicios de los amables duendes, que se suponía iban a ayudarlo a terminar los deberes. Unos cabrones los duendes: unos gandules que nunca hicieron nada. Eso sí, habían tenido la decencia de no comerse las galletas. Liliane era su único vínculo con el universo mágico de la infancia. Ese universo caprichoso, extraño, a la vez magnífico, desmedido y de vez en cuando inquietante. No sus hijos. Arnaud admitía que se había aburrido horriblemente durante su existencia de adulto. Sí, ganaba mucho dinero. Sí, había triunfado. Sí, su empresa funcionaba a la perfección. Sí, lo respetaban e incluso lo temían porque ganaba pasta. No, no se había divertido ni un segundo. Por supuesto, experimentaba algunos momentos de embriaguez cuando cerraba un trato o hundía a un competidor. Todo eso por cajas de

cartón. Joder, ¿dónde estaba la magia, lo maravilloso de la vida?

—¿Quieres que vaya a buscarte un té a la máquina, abuela? —preguntó Hugo, a quien esta visita aburría.

—Gracias, cariño, pero no hace falta.

—Tengo la impresión de que papá está bien cuidado. Huele bien, bueno, quiero decir a limpio. Parece estar en forma —observó Margot, cuyo comentario no hizo gracia.

—Mmm...

—¿Creéis que la tele contribuiría a estimularlo o no? —preguntó Margot.
¡No! ¡Piedad, esas estupideces no!

—No sé. Bueno, tu padre no era muy fan de la tele.

Gracias, mamá.

—¿Música? —sugirió Hugo.

¡La tuya no, por nada del mundo!

—Yo me ocupo de la música si quieres, abuela.

—Qué adorable eres. Mejor clásica o música ligera de los años noventa, cariño. No estoy segura de que lo que se hace actualmente le guste a mi hijo.

Xavier

*Domingo, a primera hora de la tarde,
hospital de Rambouillet*

—¡Hola, colega! He venido bastante pronto porque H el ene me ha especificado que ella pasaría hacia las cuatro.

Una sonrisa, un alivio se imprimieron en el cerebro de Arnaud. Xavier, el amigo, el c omplce. Su  nico amigo de verdad. Xavier Mercier, seis años m as joven que él, habría podido ser su hermano pequeño. Adem as de su físico de estrella de Hollywood, Xavier fue el primero de su promoción en la ESSEC. [*] Un careto que se había ganado a pulso su puesto. Diez años antes, Arnaud lo había contratado casi con recelo. Xavier era demasiado bueno en todo y a Arnaud no le apetecía tener un rival en la empresa. Y eso sin contar la integridad, así como el lado bastante desenvuelto del muchacho. Una desenvoltura que no tenía nada que ver con el pasotismo, sino que se debía a su filosofía de la vida. Para Xavier, la existencia era un viaje entre la nada y el vacío. Uno se lo pasaba en grande en su curro, a veces fuera, y luego uno se mor a. La idea básica podía parecer simplista, pero por primera vez Arnaud pensaba que no era realmente tan insustancial: aprovechar los buenos momentos, no agobiarse sin razón. Cuando se presentaba una auténtica situación de urgencia, pues bien, se le hacía frente, eso es todo. En resumen, Xavier era un hombre feliz.

El recuerdo de una velada en la que circuló bastante alcohol, en España, afloró en la mente de Arnaud. Beno t Dumont, el tercer accionista, que vivía

allí después de su nuevo matrimonio con Emilia, una española, abogada de profesión, había logrado entrar en contacto con un importante cliente potencial. Arnaud, después de la primera reunión en presencia del cliente en cuestión, se angustiaba con cosas del tipo: «¿El trato es nuestro o es la catástrofe?». Xavier había lanzado una carcajada y había soltado:

—Colega, ten cuidado con tu tensión. En el fondo, ¿qué coño te importa? Quiero decir, con sinceridad. La empresa funciona superbién, no estará en dificultades si el trato se va a la mierda y encontraremos otro cliente. Ahora, si es para demostrarte que eres el mejor en tu campo, tengo una buena noticia: lo eres. Si es para probar que eres Dios, tengo una mala: no lo eres.

Irritado, Arnaud se había encogido de hombros... y reído. Xavier había acertado. Por eso, lo celebró, con cierta liberalidad... y cerró el trato algunos días más tarde.

—Según Hélène, los médicos son categóricos. No sientes ni ves nada, no oyes nada, tu cerebro no reacciona a los estímulos exteriores. Aun así la idea es hablarte. No sé si es realmente importante, pero allá voy. Habría podido leerte, pero cuando estabas viv... no en coma, ya te parecía un coñazo. Como amigo, no voy a hacerte pasar por eso.

El cerebro de Arnaud sonrió de nuevo. Luego una sombría desesperación se apoderó de él. Mierda, le habría gustado tanto hacerle saber a Xavier que oía cada una de sus palabras. Se concentró con toda su voluntad, ordenando a sus párpados que se levantasen, a su boca que se estirase, a su mano que se contrajese. Su cuerpo ya no lo obedecía. Ese cuerpo con el que siempre había podido contar, que calificaba de «sólido como una roca».

—Después del choque... Ya sabes, nuestra conversación telefónica, nuestras bromas mientras conducías...

—*No es culpa tuya, Xavier. Era yo el que llamaba. Quería novedades de Centauros... cuando estaba a seis minutos de la oficina. ¡Menudo gilipollas!*

—Ayer estuve pensando mogollón. Telefoneé varias veces a Hélène. Oscila entre determinación y pánico. Sí, estuve pensando. Y me he decidido. Creo que será un alivio. No sé...

—... *¿De qué hablas, colega? No me sueltes lo de «soy un transexual que no es consciente de serlo» porque yo no me lo tragaría* —se divirtió

Arnaud.

—Voy a serte sincero, Arnaud... Nunca he entendido por qué te amaba. Bueno, no dejas de ser un patán, ¿no? Ella es fina, inteligente, una mujer muy guapa... Habría podido encontrar a alguien mucho mejor que tú... A mí, por ejemplo. Tú la has apagado. Una magnífica vela soplada.

Arnaud tuvo la nítida impresión de que su cerebro lo abandonaba a su vez y gritó «¡NO!». ¿Estaba desvariando otra vez? ¿Xavier se encontraba realmente ahí? ¿Era de verdad él quien pronunciaba esas frases?

Una risa contenida, triste, con la boca cerrada, un sonido de garganta, característico de Xavier cuando dudaba o sentía remordimientos. Le llegó el olor especiado de su desodorante. Un perfume a la vez masculino y sutil. Trató de discernir las esencias que lo componían: ¿vetiver? No. Muchos desodorantes o aguas de colonia para hombres lo tienen como base y se reconoce rápidamente. ¿Sándalo y una nota de canela? Una fruta. Pomelo, tal vez. Almizcle. Elegante, poco corriente.

Arnaud se sorprendió. Los perfumes son partituras. Raras veces se intenta separar sus notas. Sin embargo, en ese momento le parecía crucial conseguirlo. Los olores habían adquirido una importancia considerable para él desde que ya no veía y estaba forzado al silencio. En realidad, se había convertido de nuevo en un recién nacido con un cerebro de hombre de casi cincuenta años.

—Me enamoré de ella enseguida. Un flechazo, la primera vez que la vi. Lo recuerdo como si fuera ayer. Llevaba varias semanas trabajando para ti y me invitaste un domingo de septiembre a una de las últimas barbacoas del verano. Se había recogido en alto el pelo rizado con una gran pinza. Llevaba una camisa larga de lino beis que le llegaba por debajo de las rodillas y unas mallas negras con bailarinas. Me dio un beso y sugirió: «Buenos días, Xavier. Nos tuteamos, ¿no?». Había preparado brochetas de gambas y vieiras con una especie de mayonesa rosada... he olvidado el nombre. Y también otras, de carne. Había hecho un tabulé, una ensalada con patatas y pimientos. De postre había una tarta deliciosa de ciruelas del jardín. Hablamos de Balzac y de Maupassant, dos de sus autores preferidos, que nunca has leído. Estoy seguro

de que no te acuerdas de nada...

—No... *Hélène ha preparado tantas barbacoas de «socialización». ¿Por qué iba a acordarme de ésa en particular? ¡Me traen sin cuidado, las brochetas! ¡Lo que cuenta es que estás enamorado, que deseas a mi mujer! ¡Pedazo de escoria, cabronazo, sal de esta habitación, lárgate!*

Arnaud se debatía en una especie de desierto neuronal. Se hubiera dicho que su cerebro bajaba rodando una duna de arena que se hundía bajo él, una caída sin fin. Había admitido que ese monólogo era real, que Xavier era su autor.

—Lo cierto es que eres un inútil rematado, Arnaud. Tienes la mujer más genial que conozco y sientes por ella tanto respeto como por un felpudo.

—*Sabía que no tenía que contratarte. Una especie de instinto. Siempre he seguido mi instinto, menos en esta ocasión.*

—Hélène... la única razón por la que no he dejado la empresa, ni a ti. Porque en realidad, tío, me tienes hartó. Me repites a menudo que he tenido olfato quedándome soltero. ¡Error! Es sólo porque la única mujer con la que habría querido casarme es la tuya. ¡Qué zoquete puedes llegar a ser, Arnaud! Porque eres un zoquete, estás convencido de estar en posesión de la verdad. Seguro de que los demás se equivocan cuando no están de acuerdo contigo. Te pavoneas cuando fingen admitir que «bueno, sí, tenías razón». No, acaban afirmándolo para estar tranquilos, pensando que eres un palurdo. Nunca he entendido cómo Hélène conseguía soportarte después de tantos años. Cosa de mujeres, supongo. Se comprometen y se aferran obcecadamente a sus promesas, incluso cuando se sienten decepcionadas, pisoteadas, despreciadas. ¿Tu mujer sabe cuántas mujeres te has llevado a la cama desde que estáis casados? La última de ellas hasta la fecha, la sexy Alice Chevalier con sus tetas que desafían la ley de la gravedad, mi secretaria. No, ¿verdad? Me la cepillé antes que tú, que conste. A mi pesar, has hecho que me convierta en lo que tú eres: un gallito gilipollas que coge a sus hembras en el corral y que lanza quiquiriquís victoriosos, con las patas en su mierda.

—*Pero yo... Xavier, no, ése no soy yo... Nunca he forzado a ninguna mujer. Bueno, quizá intento ligármelas de manera un poco insistente, pero nunca he amenazado o chantajeado en el curre, como otros... De hecho, fue*

Alice quien me dio a entender que le gustaba. No digo que me haya provocado, pero sus sonrisas eran elocuentes.

—«Mal tratas» a todas las personas que te quieren o te querían. No he dicho que las maltrataras en una sola palabra. No, las tratas mal. En cuanto te las ganas, te traen sin cuidado. Una especie de donjuanismo permanente. En cuanto has seducido, tienes que ser infiel. Al parecer don Juan era impotente. En tu caso sería impotencia intelectual. Si fuera en el aspecto sexual, lo habría sabido por alguna de las tías que hemos compartido.

El cerebro de Arnaud estaba conmocionado. Ni por un momento había sospechado ese desdén, peor, ese desprecio por parte de Xavier.

—Sí, ya ves, esto me alivia. Bueno, no me oyes y no puedes darme un puñetazo en la cara. Una ventaja. Creo, aunque sin tener la certeza de ello, que Hélène ha entendido que estaba loquito por ella. Fue muy clara... o más bien en absoluto, puesto que nunca me atreví a decirle hasta qué punto la amaba. Tenía miedo de que me rechazara secamente. No lo habría aguantado. Ha hecho como si esos sentimientos no existieran. Las mujeres son unas cracs en esta clase de estrategia. Así que ya no podía dar ni un paso... Confieso que me aterrorizaba la idea de que de repente me evitara. Es una droga dura, tu mujer. Opté por un *statu quo*. Nada para tirar cohetes por mi parte, pero eso me permitía verla y llamarla cuando quería. Al fin y al cabo, era el mejor amigo de su marido...

—¡Joder, Hélène! ¿Por qué no dijiste nada? Lo echaría a la calle arrastrándolo por las orejas y, en efecto, le partiría la cara. ¿Por qué no me advertiste? ¿Te halagaba un poco que un tío tan guapo te tirase los tejos?

Su cerebro tuvo un cortocircuito y lo mandó a paseo. Se alzó una voz femenina, poco afable y sobre todo desconocida:

—¡Hélène no es culpable, mentecato! No puede ser la culpable designada de tus errores y de todos tus ofuscamientos. ¿Y cuando te follas a las chicas una detrás de otra, es culpa suya? ¿Y cuando Xavier era tu mejor amigo porque os pasabais las que tenían un buen polvo, también era Hélène la responsable?

Una desagradable sensación se infiltró entre las neuronas de Arnaud. Una zona de su cerebro acababa de apagarse, la que le repetía machaconamente

que siempre tenía razón, hiciera lo que hiciera. Otra zona se había encendido, había derribado a la primera, o al menos se expresaba de repente mucho más fuerte. La «Zona de Combate» apareció en su mente. ¿Por qué ese nombre se le imponía como una evidencia? ¿Se combatía a sí mismo? Ésta gritaba:

—*¿Y si empezaras a pensar basándote en los hechos y no en lo que querías que fueran? Venga, chaval, ya tenemos una edad. Ya es hora. Tienes cuarenta y ocho años y quizá la palmes esta noche o mañana, o a lo mejor pasas el resto de tu vida como una endivia. Así que es inútil que sigas mintiéndote. Ya no sirve para nada. Ya no hay nadie a quien convencer de que tienes razón, excepto tú. Y ya no te dejaré hacerlo.*

El adversario se alojaba en su cabeza. Un oponente que sentía más bien benévolo pero vigilante. Beligerante, incluso.

Xavier proseguía:

—Te puedo asegurar que si hubiese percibido la menor grieta en ella, la menor duda, me habría lanzado...

—*¡Cabrón! Si algún día me recupero, más te vale largarte cuanto antes. ¡Te destrozaré ese bonito careto para el resto de tus días, aunque tenga que pasarme algunos años en el trullo!*

—Sí, eres un pobre diablo, Arnaud. Desconozco por qué todavía no te ha dado pasaporte. Es desgraciada y mucho más inteligente que tú. ¿La retienen los chicos? Si todavía hay que esperar algunos años, puedo esperar. He aprendido a tener paciencia gracias a ella, por ella. Venga, vamos hasta el final de esta confesión soliloquio. Es mejor que un psicólogo, creo...

Su voz se volvió dura, cortante, y Arnaud se temió la continuación.

—Hace años que pienso en hundirte de manera definitiva. Tenía varias estrategias: comprar las participaciones de tus hijos, y sería socio mayoritario. Benoît, según sus confidencias, no siente una gran pasión por ti, ni mucho menos. No se habría opuesto. Te echaba de mala manera...

—*¿Qué? Pero bueno, Benoît era un amigo... una amistad más descuidada ahora, pero... Estábamos muy unidos antes de que se mudara a España.*

—Ah, sí, el detalle que te flipará: Benoît no ha digerido completamente el hecho de que te follaras a su primera mujer, con dedicación, durante meses. Da

lo mismo. Bastaba con convencer a Hugo. Te detesta tanto que habría vendido, sólo para hacerte morder el polvo. Era menos seguro con Margot, que no consigo saber de qué palo va. Si eso no funcionaba, tenía un plan B. Los ingenieros gerentes de la ESSEC son bastante buenos. Una contabilidad falsa sobre el IVA intracomunitario. Te denunciaba anónimamente. Te trincaban. Arruinado, el encantador Arnaud. La administración fiscal se vuelve muy desagradable con este baile del IVA.

—*¡Serás cerdo, hijo de...! ¿No sólo deseabas a mi mujer sino que estabas dispuesto a arruinarme, a hacer que perdiera la empresa?*

La cólera daba paso a la estupefacción. Estaba aterrado.

No obstante, la Zona de Combate, el ayudante jefe de su cerebro, velaba. Desplazó su vigilancia sobre Xavier, una amenaza flagrante, según ella. No, no se trataba de desprecio, o no sólo. Detectaba un verdadero odio en la entonación del ex mejor amigo. La voz volvió a ser apacible, casi indiferente, y prosiguió:

—No tuve potra, eso no servía de nada, sólo para destruirte. Hélène nunca se iría por un problema de pasta. Viviría aún peor a tu lado, y eso era lo último que quería. Desde el accidente, he acabado admitiendo lo que he intentado negar durante años. Con más o menos éxito. Nos podemos mentir durante mucho tiempo, relegar pensamientos poco brillantes en un rincón de nuestra mente, pero un día resurgen, cuando ya no los esperabas. Quiero que mueras, Arnaud. Nunca adivinarías hasta qué punto lo deseo. Te doy mi palabra de que no lo digo con maldad... es sólo que... quizá podría vivir por fin. Me impides vivir.

La Zona de Combate intervino. Unos mareos se apoderaron de Arnaud, se ahogó. Murmuró desde muy lejos: *«Síncope reflejo. No te angusties, machote»*, pero Arnaud ignoraba qué significaba el término. Resonó una alarma. Bruscamente la inconsciencia. Las tinieblas absolutas.

Cuando su cerebro se conectó de nuevo, un olor fresco lo rodeaba y había reemplazado al aroma especiado y masculino del desodorante de Xavier. La enfermera explicaba:

—Ya está, un pequeño aviso, nada grave. He regulado el nivel de oxígeno. Ah, sí, le he pedido a su amigo que se vaya...

—*¡Gracias, gracias, gracias!*

—Creo que estaba trastornado. Blanco como el papel... Descanse.

—*¿Trastornado? En efecto, todavía estoy vivo. ¡Cabrón!*

Hélène III

Domingo por la tarde, hospital de Rambouillet

Hélène había llegado, sin duda una media hora antes, quizá más. Le había contado su comida, nada fascinante. Al final habían optado por pasteles individuales, y Margot se había acordado de que a su madre le gustaba mucho el chocolate. Para ella había elegido un pastel de bizcocho, crema de café y glaseado de cacao. Delicioso.

Arnaud oscilaba entre furor y abatimiento.

—*¿Me trae sin cuidado, Hélène! ¿Lo sabías? ¿Lo habías adivinado? ¿Xavier? El amable Xavier, tan servicial, tan adorable...*

—Todo esto es increíblemente banal, ¿verdad? Pero bueno, no hago gran cosa en este momento de lo que merezca la pena hablar. Me recuperaré, pero... no tengo demasiada energía... Había pensado traer una radio y luego... sé que eso te molesta enseguida. Bueno, no oyes nada, pero... según Liliane, de niño te encantaba Jules Verne. Te regaló una edición magnífica, ilustrada en color, con la cubierta roja y dorada que le había comprado a un anciano vecino. Será preferible a mi patético monólogo doméstico... Lo compré de bolsillo, ayer. Aquí está, *La vuelta al mundo en 80 días*.

Se aclaró la voz y comenzó:

... a las siete y veinticinco, Phileas Fogg, tras haber ganado una veintena de guineas al *whist*, se despidió de sus honorables colegas y abandonó el Reform Club. A las siete y cincuenta abrió la puerta de su residencia y entraba en su casa. Passepartout, que había

estudiado concienzudamente su programa, quedó muy sorprendido al ver al señor Fogg, culpable de inexactitud, aparecer a aquella hora insólita...

—*En fin, las mujeres notan esa clase de cosas en un hombre, ¿no? Es imposible, debiste de notarlo, ¿verdad?*

—Pero aún no son las doce —dijo Passepartout, con el reloj en la mano.

—Lo sé —prosiguió Phileas Fogg—, y no se lo reprocho. Partimos dentro de diez minutos hacia Dover y Calais.

Una especie de mueca se esbozó en el rostro redondo del francés...

—*Para, Hélène, no tengo la cabeza para esto. ¡Me estás hartando!*

Exasperada, la Zona de Combate se despertó de repente:

—*¡Déjanos en paz, Arnaud! Eres tú el que nos hartas. Estás constreñido al mutismo, ¿de acuerdo? No te oye, así que no hay ninguna posibilidad de que te responda. Te calmas porque si no me veré obligada a volver a hacer lo del síncope reflejo.*

Arnaud se sublevó:

—*¿Eres tú (bueno, yo) el origen de ese chisme espeluznante?*

—*Evidentemente, ¡no ha sido el hada Campanilla, pedazo de cretino! Síncope reflejo emocional en nuestro caso, vasovagal, ¿vale? Vasodilatación, disminución del flujo sanguíneo, disminución del oxígeno que llega al cerebro agravada, la primera vez, por la acumulación de mucosidad, y te desmayas. Cuando el cerebro se enfrenta a un estrés que considera insuperable, pues, se pira. Estoy resumiendo, vaya. Como te encuentro bastante cortito, más vale simplificar.*

—*¿Soy yo el que me estoy insultando y tratándome de cretino?* —se asombró Arnaud.

—*Una parte de ti, muchísimo menos taruga. Escucha, tío, hasta ahora había cerrado el pico. En primer lugar porque siempre te las arreglabas para taparme la boca, y en segundo lugar porque... las cosas funcionaban bastante bien. Ahora estamos con el agua al cuello, y no estoy dispuesta a tolerar que nos hundas aún más. No lo olvides, de inmediato has sabido cómo me llamaba. La Zona de Combate. Mi papel consiste en pelearme con*

lo que nos amenaza, incluida la otra parte de ti. Es exactamente lo que pienso hacer. Escucha a Hélène, son muy guais las aventuras del señor Fogg.

—Señores, me voy —les dijo—, y los distintos visados que me pongan sobre un pasaporte que llevo a tal efecto les permitirán, a mi regreso, controlar mi itinerario.

—¡Oh, señor Fogg —respondió cortésmente Gauthier Ralph—, no es necesario! ¡Confiamos en su honor de caballero!

—Es preferible así —dijo el señor Fogg.

—No olvide usted que deberá volver... —señaló Andrew Stuart.

—Dentro de ochenta días —respondió el señor Fogg—, el sábado 21 de diciembre de 1872, a las ocho horas y cuarenta y cinco minutos de la noche. Adiós, señores.

Realmente le gustaba su voz. Sus inflexiones hacían la lectura muy agradable. Había adoptado un pequeño acento británico para personificar a Phileas Fogg, un caballero un tanto excéntrico, y las entonaciones cantarinas de la Provenza para su criado francés, Jean Passepartout, pese a que en la imaginación de Jules Verne era parisino.

Arnaud recordó cuando era un crío, sentado a la mesa de la cocina, con el libro abierto de par en par delante de él mientras su madre preparaba la merienda. En cuanto le servía el cuenco de leche con cacao, acompañado de una rebanada de pan con mantequilla y mermelada, su madre exigía que cerrase el bonito libro por miedo a que el cuenco se volcase o a que estampase sus pringosos dedos en una página. Leía siguiendo la línea con la yema del índice. Ella lo escrutaba con atención:

—¿Ves bien, cariño?

—Sí, mamá.

—¿Estás seguro? Entonces ¿por qué ese dedo, ángel mío? Lees con fluidez.

—Es para no saltar de línea.

De inmediato Liliane había aguzado el oído y de ese modo había descubierto que era astigmático e hipermetrope, dos defectos de visión moderados en su caso, hasta el punto de que siempre había pensado que se veía «así». Bueno, de acuerdo, había montado tal drama cuando el óptico le había puesto las gafas sobre la nariz que ella había contemporizado: sólo las

llevaría en casa, con la condición de que se comprometiera a hacerlo.

Arnaud recobró su sonrisa mental. Su madre lo vigilaba con ojo de lince, lo comprendía todo y sobre todo el hecho de que no quería ser objeto de burlas en la escuela. Lo de «gafotas» no era para él. Liliane cedía en numerosos aspectos, poco importantes según ella. Sin embargo, podía mostrarse inflexible. Arnaud sabía cuándo una orden se volvía no negociable e ineludible, a riesgo de sufrir medidas de represalia, en general nada de paga durante un mes o nada de televisión el sábado por la noche.

Tú eres la que me diste mi certeza y mi fuerza, mamá.

Extraño, sus recuerdos más bonitos, conmovedores y divertidos siempre estaban vinculados con su madre. Extraño y sin duda bastante triste.

De repente, Xavier hizo una incursión en su mente. Hélène interrumpió su lectura y exclamó con tono inquieto:

—¿Por qué se acelera tu ritmo cardíaco? ¡Llamo a la enfermera!

La oyó salir de la habitación corriendo.

—*Estoy bien, Hélène. Sólo tengo ganas de romperle la jeta hasta un punto que no imaginas.*

Margot

*Lunes por la mañana,
hospital de Rambouillet*

Efluvios avainillados y un poco anisados. El perfume de su hija: Lolita Lempika. A Arnaud le gustaba mucho su olor refrescante y oriental. En cambio, desaprobaba el nombre. Las lolitas lo incomodaban, al menos cuando se trataba de su hija.

—Hola, papá. Francamente, no veo para qué te son útiles estas visitas, pero mamá haría todo un drama si no viniera. En cuanto a la abuela, nunca me lo perdonaría. De todas formas no me quedará mucho tiempo... Voy a comer a la uni, con una amiga.

—*¡No me extraña!* —suspiró Arnaud—. *Tu madre y yo no mirábamos el reloj cuando se trataba de velar por vosotros cuando teníais fiebre o toda clase de pupas. Pero bueno, es el papel de los padres. Tu madre se imagina que ocultas una gigantesca ansiedad bajo tu apariencia tersa, inasible. Siempre he pensado que se resumía a indiferencia. Sí, una especie de sociopatía ligera y de buen gusto. Tu vida empieza y se para en tu ombligo.*

La oyó desplazar la silla y estuvo seguro de que la echaba hacia atrás separándola de la cama para agrandar el espacio entre ellos.

—Acabo de darme cuenta de algo divertido. La abuela nunca te llama «Arnaud», o «vuestro padre», salvo de manera muy esporádica. Eres «su hijo». No pronuncia «mi hijo», como diría «mi hija». No, es un hijo acentuado sobre la «i». Eres su biología, su organicidad, su validación, su existencia. No

eres el ser de algún otro. Eres suyo. ¡SU HIJO en mayúsculas, con un acento! No sé si eso me parece estupendo o espantoso. ¿Quizá ambos? Bueno, como no oyes, no importa que no entiendas. Mamá nos aconseja que te hablemos. Nunca tuve la sensación de que hicieseis diferencias entre Hugo y yo. En cambio, estoy segura de que si hubieras tenido una hermana, habría sido el último mono en la mente de la abuela.

Un silencio. Buscaba qué contarle. Luego continuó:

—Mamá ha empezado a leerte *La vuelta al mundo en 80 días*... Debería haber traído un poco de lectura. Quizá *Alexis o el tratado del inútil combate*. ¿Recuerdas el videojuego chorra del miércoles por la mañana? O si no *Opus nigrum*, o incluso *Las memorias de Adriano*. Sólo para tu información, se trata de una de las mayores autoras francesas, Marguerite Yourcenar, primera mujer que entró en la Academia Francesa. Hugo y yo somos absolutos fans... Ya sabes, tu hijo-el-retrasado-frívolo-y-encima-zángano. Lo hemos leído todo, o casi todo. No pasa nada: se relee a lo largo de toda una vida, creo... En mi opinión, deben de encontrarse cosas diferentes con cada lectura.

—*Bueno. Hugo lee, ¿y?*

—Debes de desentonar en las cenas mundanas, ¿no? Sí, lo sé: «No es *con eso* con lo que uno come, se compra una hermosa casa y educa bien a sus hijos, y blablablá». Te equivocas, como casi siempre, pero no sirve de nada discutir. Es precisamente *con eso* con lo que uno descubre el mundo, el sentido del ser humano, su mente, sus contradicciones. Por otro lado, no he venido a darte un curso de literatura y mucho menos de filosofía. Simplemente, intento llenar...

—*Escucha, vete. No me lo tomaré a mal, te lo prometo. No tengo ganas de soportar los suspiros de alguien que ha venido arrastrando los pies y a quien le jode. Ya tuve bastante con el otro cabrón gilipollas de ayer, y tengo mucho que digerir.*

—... ¿Quizá la verdad? ¿Qué crees, papá? ¿Quizá es el momento ideal y no volverá a presentarse? ¿Mientras no oyes, igual que los demás? Sólo Hugo lo sabe.

—... *¡Oh, mierda! ¿Y ahora qué?*

—Estuve dudando... Cada noche volvía a casa después de haber decidido

que iba a hacerlo y luego, me rajaba. Después me entró el pánico. Evidentemente, él no quería. Pero fíjate que lo sabía. No hubo traición.

—*Pero ¿de qué me hablas?*

—Pedí cita en Chesnay, al lado de Versalles. Fueron simpáticos. Tenía miedo de que se negaran porque todavía era menor, por pocos meses. Pero no. A partir del momento en que «la relación familiar era muy difícil», no necesitaba vuestro consentimiento. No pegué ojo durante las noches anteriores... ni siquiera después, de hecho. Me decía que cometía el mayor error de mi vida. Por otro lado... realmente no tenía elección. Un aborto con medicamentos. Todavía era posible...

En el cerebro de Arnaud, un abismo. Una única idea: *Es una broma repugnante, ¿verdad?*

—Me dolió un poco la tripa, sangré mucho. Me previnieron que se parecería a reglas muy abundantes. Eso me tranquilizó. Casi dos años después sigue consumiéndome, de forma menos intensa. Así que, francamente, paso de vuestras gilipolleces, de vuestras tontas peleas desde por la mañana. Si no tenéis nada mejor que hacer que saltaros al cuello por estupideces... peor para vosotros. Se lo he dicho y repetido a Hugo. Está de acuerdo conmigo, pero se obstina porque afirma que si alguien no te planta cara, nos aplastarás a todos.

—*¡Cariño, no es verdad! Tu hermano es un coñazo, un gallito, y es él quien siempre quiere tener razón.*

—Lloraba tanto al día siguiente que os conté que se trataba de una alergia a un *eyeliner*.

Arnaud sintió que se iba a deshacer en lágrimas y murmuró:

—*Mi niña, mi niñita, ¿por qué...? ¿Por qué no nos lo dijiste? En fin...*

—Creo que mamá lo habría entendido. Bueno, no le habría hecho feliz. No obstante, habría encontrado la solución. La conozco: me quedaba con el bebé, no importaba el padre biológico, que no lo quería, a pesar de que no estaba casado y no tenía hijos, un profesor auxiliar, de quien no era ni la primera ni la última novieta. ¡Qué ingenua fui! ¡Creí que estaba enamorado, qué idiota! Mi primer amante, de hecho. Mamá habría decidido que nos las arreglaríamos, que teníamos medios más que de sobra, que, de hecho, le habría gustado tener un tercer hijo. Yo continuaba mis estudios, ella se ocupaba del bebé, y en

cuanto yo encauzara mi carrera, tomaba el relevo. Tú no. No dije nada a causa de tu previsible reacción. ¿Estoy resentida contigo por ello? Sí, hasta un punto que no imaginas.

No. No, no, ¡no era imbécil hasta ese punto! ¿Cómo podía pensar algo así?

—*¡Te equivocas, Margot! ¡Habría aceptado ese niño con gusto!*

—Sé que, si estuvieras consciente, asegurarías que habrías aceptado a ese niño con alegría. Es falso. Lo habrías acogido, por supuesto. No eres un monstruo. Sólo un memo. Habría tenido que oír durante toda mi vida: «Desde luego hay que ser estúpida para enamorarse de un tío que, a los cuarenta años, nunca ha estado casado, no tiene críos y es un hombre guapo e inteligente. Esos tipos casi siempre tienen una relación de consumidor con las mujeres. Hay que ser cretina para no tomar la píldora, o mejor, utilizar un preservativo. O los dos». No tenía fuerzas. Bueno, sí... no me imaginé que me pudiera quedar embarazada después de sólo unas pocas relaciones sexuales. Y además, tú sí que estás acostumbrado a los condones, ¿no? Yo no. Hace bastante tiempo que Hugo y yo lo sospechamos...

Arnaud dedujo por su tono de repente empañado que grandes lágrimas se deslizaban desde sus ojos. Una espantosa tristeza lo invadió:

—*Mi niña... lo... siento tanto. No puedes saber hasta qué punto me lo reprocho. Me lo habría tomado como un inepto. Otra vez habría tenido que demostrar que tenía razón.*

—Sólo mamá está ciega. Al parecer suele ser así en las mujeres enamoradas. Es muy chungo. Es muy fea la manera como la tratas. De verdad. Podrías convertirte en un «espantamujeres». Cuando ves cómo te comportas... bueno, se te quitan las ganas de dar con un tipo como tú. Por eso me enamoré de... de él. Era tan diferente de ti, escuchaba, era dulce. En apariencia. ¡Error! Además, era un cobarde, o un auténtico majadero, o los dos. Mala suerte. Para un primer gran amor, he ido bien servida. Nietzsche dijo que «lo que no nos mata nos hace más fuertes». Un filósofo alemán, por si no lo sabes. Soy más fuerte, pero he perdido una buena parte de mis ilusiones. ¡A la mierda el complejo de Electra, en mi caso! Para tu información y de manera superesquemática, en una hija es: «Papá, te quiero, te adoro y quiero alguien como tú cuando sea mayor». Sin duda eso existe. Mi amiga está loca por su

padre: el más genial, el más guapo, el más inteligente. Yo busco el modelo opuesto. Sobre todo tú no. ¡Por nada del mundo! Prefiero incluso elegir la abstinencia de por vida.

La bofetada mental fue de una rara violencia. En circunstancias normales le habría dejado sin respiración. Siempre había pensado que las chicas quieren más a su padre que los chicos. Basta, está claro, no somos del mismo sexo, y más teniendo en cuenta que los padres son más flexibles con sus hijas. Por una parte porque se proyectan menos en ellas, en general, y luego porque ellas los agobian menos. Bueno, se ha acabado. No había asimilado que, si bien esa generalidad se confirmaba con bastante frecuencia, luego es necesario que el padre esté a la altura del amor y la admiración de su hija. Haberse convertido en una especie de antimodelo masculino a ojos de Margot, un «todo menos él», lo petrificaba. Enterarse de que había tenido que hacer esa elección, que sufrir ese trauma sola, que aún llevaba en secreto, a causa de él, le daba ganas de gritar. En lugar de eso, su cerebro se acurrucó para arquear el lomo y expulsar la pena:

—Pero joder... tenemos los medios... Nos quedábamos con ese bebé, claro... En efecto, a Hélène le habría gustado un tercer hijo. Fui yo quien se negó. En fin, no tenías que... No como una pobre chiquilla sola, espantada, sin blanca.

La Zona de Combate no había percibido a Margot como una amenaza, un enemigo. Al contrario. Por lo que se volvió contra Arnaud para morder:

—Salvo que tiene razón: era una pobre chiquilla sola, espantada, ahogada en su mal de amores, incluso aunque tengamos dinero. Le habrías destrozado la vida. No con mala intención. Eres un zoquete, pero no una mala persona. Sólo que, una vez más, habrías tenido que demostrarle, semana tras semana, hasta qué punto tú tenías razón y ella estaba equivocada. En tu opinión, ¿crees que no lo sabe? Mmm... está sufriendo, la bonita joven, tu hija, nuestra hija. Sangra por dentro. Le sangra el alma. Son hemorragias sordas. No se ven. Supuran, gota a gota.

—¡Cállate! ¡De verdad, cierra el pico! —se enfureció.

—No. Soy tú. No puedes darme órdenes. En fin, puedes intentarlo, pero no tengo la más mínima intención de obedecerte. Tendrás que

acostumbrarte, tío.

Una mano fresca le acarició la suya, un beso mojado en lágrimas.

La Zona de Combate hurgó en la llaga ahí donde más dolía:

—¿Qué, colega? ¿Margot había echado hacia atrás la silla? Pues no, al contrario, la había movido para estar más cerca de ti.

Una voz empañada por las lágrimas explicó:

—Me voy, papá. Estoy resentida contigo, es cierto. Pero te quiero... te quiero mucho a pesar de todo. Y, además, a veces pienso que he tenido razón. No sé. Cambio de opinión de un día para otro.

—Espera... espera... Te lo ruego... ¿Margot? ¡Margot, no te vayas! Te quiero tanto, mi niña, mi tesoro. Hasta un punto... espera...

El sonido amortiguado de la puerta que se cerraba detrás de ella. Sintió unas lágrimas rodar, tibias, no sabía muy bien dónde. Dentro de sí.

Arnaud aprendió ese día que un cerebro podía llorar.

Hélène IV

*Lunes a media tarde,
hospital de Rambouillet*

Hélène leía atentamente la novela de Jules Verne. Arnaud no escuchaba. Suplicaba, se enfadaba, profería amenazas, luego suplicaba de nuevo, una y otra vez:

—*Hélène... tienes que hablar con Margot, lo antes posible. ¡Escucha! ¡Te lo ruego, Hélène, haz algo! ¡Me la suda Phileas Fogg! Margot estaba embarazada, abortó, sola, desamparada, asustada. ¡Bueno, joder! Se supone que una madre debería detectar ese tipo de cosas, ¿no?*

La respuesta fue inmediata:

—*Ya estamos, es culpa suya otra vez, nunca la tuya, claro. ¡Pero tendrás jeta!*

—*¡Cierra el pico! De verdad, cierra el pico.*

—*¡No!*

El doctor Pascal Beaulieu entró en la habitación.

Hélène se levantó:

—*Buenas tardes, doctor... ¿Tenemos los últimos resultados?*

Con el rostro grave, el neurólogo declaró:

—*He llamado al laboratorio parisino. Lo siento mucho. Me los han prometido para mañana por la mañana. He tenido... el privilegio de conocer a su suegra. Una mujer... tremenda, digamos. Pensé que me cogería por el cuello de la bata para empujarme contra la pared.*

—Lo lamento mucho. Es una madre... «protectora» no es la palabra...

—«Depredadora» convendría más, ¿no?

—Mis más humildes disculpas...

—Siento una cierta ternura por esa clase de mujeres... aunque tampoco conviene pasarse. Se lo he explicado todo. Diálogo de besugos, puesto que lo único que quería oír, y que no podía prometerle, era que su hijo iba a salir del coma dentro de algunos días, tan fresco como una rosa y en plena posesión de sus facultades físicas e intelectuales. Es hijo único, ¿verdad?

—Sí. Y es viuda desde muy joven.

—Ah, ya veo... Vínculos simbióticos y especialmente sólidos. Su hijo la acompañaba... Es muy inteligente. Hizo preguntas sorprendentemente pertinentes para su edad y su falta de conocimientos sobre el tema. Tuvimos una larga conversación. Su abuela, después de haberme amenazado de forma muy educada pero todavía más seria, había subido a la habitación.

—Una vez más, lo siento muchísimo. Mi suegra es...

—Quiere a su hijo más que a nada y tiene miedo, mucho miedo. Lo entiendo. En algunas personas, eso adquiere una forma muy agresiva. Es su forma de exteriorizar el estrés. Es más bien algo bueno, de hecho. En fin, para ellos. Menos para las víctimas de su acritud —declaró sonriendo—. Aparte de eso, los signos vitales de su marido son buenos y estables. Espero poder decirle más mañana. Mmm... parece usted cansada, señora Morin. Debe descansar. Es inútil que venga dos veces al día, varias horas seguidas. A su esposo no le faltan las visitas. Este tipo de situaciones puede agotar física y mentalmente al cónyuge, ¿sabe? Pero necesita que conserve usted sus fuerzas.

—Oh, descanso aunque duermo mal. Para serle sincera, prefiero venir que quedarme en casa en compañía de mi suegra.

—¿Malas relaciones... si no es una pregunta indiscreta?

—No realmente. Es más insidioso que eso. Dentro de poco tiempo me responsabilizará de este accidente. Ya lo piensa. Su querido tesoro no puede ser culpable de nada. Si no hubiéramos tenido una pequeña disputa en el desayuno, si Hugo no le hubiese plantado cara a su padre otra vez, si yo le hubiera tratado mejor su gastritis, si y si... necesariamente, habría estado más concentrado al volante.

—De todos modos llevaba el móvil pegado a la oreja —argumentó el médico.

—Ah, pero eso no cuenta, vaya. Arnaud puede hacerlo todo.

Arnaud exclamó:

—*¡En lugar de denigrar a mi madre, habla con Margot! ¡No es culpa de mamá si mi cielito pasó esos espantosos momentos!*

—*¡No es culpa de nadie, mentecato! En última instancia, quizá el magnífico amante debería haberle sugerido que tomase la píldora. No era precisamente un principiante con las jovencitas. Por cierto, hacía mucho tiempo que no la habías llamado «mi cielito».*

La Zona de Combate tenía razón, tuvo que admitirlo. Desde hacía años no era más que «Margot».

—La dejo, señora Morin. Ánimo.

Se reanudaron las aventuras de Phileas Fogg.

Tras aquella respuesta, el guía hizo salir al elefante de la espesura y se izó sobre el cuello del animal. Sin embargo, en el momento en que iba a excitarlo con un silbido especial, el señor Fogg lo detuvo y dijo, dirigiéndose a sir Francis Cromarty:

—¿Y si salvásemos a esa mujer?

—¡Salvar a esa mujer, señor Fogg...! —exclamó el brigadier.

—Todavía cuento con doce horas de adelanto. Puedo consagrarlas a eso.

—*Hélène, te lo ruego, vuelve a casa. Engancha a Margot a solas. Tiene que hablar contigo. Dile que la queremos muchísimo y que siempre estaremos aquí para ella...*

—¡Vaya! ¡Pero si es usted un hombre con corazón! —dijo sir Francis Cromarty.

—En ocasiones —respondió sencillamente Phileas Fogg—. Cuando tengo tiempo.

Se alzó una especie de zumbido, cada vez más perentorio. La lectura se interrumpió.

—¿Diga?... Ah, Benoît, ¿qué tal estás? ¿Y Emilia?... Estacionario. Aún no han llegado los últimos resultados... Como era fin de semana... No... según el neurólogo, muy competente, está en un coma profundo, lo que llaman un coma *carus*. No reacciona en absoluto a los estímulos externos, prueba de que no

oye ni siente nada... ¿Ah, sí? Es genial. ¿Dormirás en casa? (La voz de Héléne parecía más alegre.) Ah... de acuerdo. Bueno, aun así es magnífico. ¿Tendrás tiempo de pasar a tomar una copa? Perfecto. Hasta mañana. Sí, besos también.

Un breve silencio, luego:

—Era Benoît. Coge el primer avión desde Madrid mañana. Ha alquilado un coche en Charles-de-Gaulle y vendrá directamente a Rambouillet. Tenía muchas ganas de verte. Un buen amigo, fiable. Bueno, menos divertido que Xavier, pero...

—*¡No pronuncies el nombre de ese cabrón!*

—... sólido. Estoy supercontenta de verlo. Vendrá después a tomar una copa a Cernay. Estoy segura de que eso me relajará. Me voy, Arnaud. Tengo que hacer algunas compras para el aperitivo. Estamos un poco... en fin, la casa está bastante desordenada.

Una presión tibia contra su mejilla.

El silencio, de nuevo, únicamente acompasado por los pitidos, apenas perceptibles, de los monitores. ¿O quizá los imaginaba? No tenía la menor idea.

Ah, mierda, Benoît. Benoît, que se había enterado de su aventura con su exmujer, Frédérique. Iba a recibir de lleno en la cara, sin poder defenderse, explicarse. En cuanto a las justificaciones, incluso buscando bien, con toda la mala fe del mundo, no encontraba ninguna. La Zona de Combate, tozuda, aprovechó la ocasión:

—*¿Ninguna «justificación»? Vaya, vaya, ¿estaremos progresando a pasitos hacia un poco de lucidez? Puesto que empiezas desde la gran nada, hay mucho curro, pero no seamos quisquillosos. En cambio, ¿puedes «explicarte», «defenderte»? Siento curiosidad por oír tus argumentos. ¿No ves la traición de un excelente amigo, por ejemplo, sin más?* —se guaseó.

Arnaud vaciló entre las ganas de mandarla a paseo y la de evocar las razones que la habían empujado a esa deslealtad. Si optaba por la primera solución, dudaba que el ayudante jefe de su cerebro se batiese en retirada, puesto que, después de todo, era él mismo. Por añadidura, en esa época se había tranquilizado con sus explicaciones, un tanto cojas quizá, y parecía llegado el momento de la honestidad.

—Sí, me arrepiento. ¿Satisfecha? Realmente no es nada de lo que jactarme, repugnante incluso, y lo lamenté durante mucho tiempo, sobre todo cuando se divorciaron. Frédérique me aseguró entonces que nunca había mencionado nuestra relación. No sé cómo lo supo Benoît. Dirás de nuevo que transformo la realidad a mi favor, pero es la verdad. Frédérique me empujó literalmente hacia el sofá una noche que había pasado a verlos. Benoît acababa de telefonar para decir que llegaría tarde.

—¡Qué nivel! ¡Te cepillas a la mujer de tu mejor amigo en el sofá del salón!

—¡Vale ya! He dicho que me sentía un mierda. Bueno, Frédérique era buena en la cama y duró varios meses. Después, decidimos poner fin a esa relación, de común acuerdo.

—¿Remordimientos tardíos?

—Personalmente, empezaba a cansarme y, en efecto, no me sentía orgulloso de mí mismo. Frédérique temía que Benoît lo sospechase. Quiero recalcar que ella coleccionaba amantes, y que Xavier y yo lo sabíamos.

—Claro, claro. Tú puedes acostarte con las mujeres de tus mejores amigos, pero ¿él no tiene derecho de desear la tuya? ¡Lógico!

—Con una mujer de un amigo.

—Evidentemente, puesto que sólo tienes dos amigos, uno de ellos soltero. ¡Argumento falaz!

—¿Soy yo el que piensa eso?

—Exactamente, colega.

—Entonces ¿por qué es necesario que seas tú quien me lo suelte?

—Porque el... empalme todavía no está operativo.

—¿Eso qué significa?

—No intentes cambiar de tema. Estábamos con Frédérique.

—No, el debate está cerrado. No tengo nada más que decir al respecto. Me comporté como un cabrón, lo sé. Yo... por otro lado, no estoy en condiciones de defenderme. Benoît no es precisamente alguien colérico, ni un Tarzán, pero si... si se pusiera furioso y se cabreara...

—¿Si te sacudiese? No te preocupes, tesoro, estoy preparada.

—¿Cómo?

—Otro síncope reflejo. Los monitores aúllan y a nuestro amigo Benoît lo echan de la habitación. Fácil, ¿no?

El cerebro de Arnaud se desconectó, aliviado por esta promesa.

Hélène V

Martes por la mañana, hospital de Rambouillet

—Escucha, espero no estar aburriéndote con Jules Verne, pero es que no pasan demasiadas cosas. Mi vida gira alrededor de estas visitas. El resto del tiempo, me pongo en modo piloto automático. Liliane vendrá esta noche y Hugo mañana por la mañana. No tiene clases. Es muy atento. Si un día me hubieran dicho que mi hijo recogería la mesa, me habría caído de espaldas. Creo que notó que me estaba desquiciando un poco, así que hace lo que puede...

—*Tienes que hablar con Margot... Es extremadamente importante.*

—... pero incluso Margot... me ha parecido que de repente era más... accesible. Me hizo un mimo cuando estábamos viendo la tele, en el sofá. ¿Te das cuenta? Hace años que no tenía ganas de mimos. Me emocionó mucho que mi hija mayor me cogiera en sus brazos y me besara. No el típico roce de mejillas educado. No, besos de verdad. Estaba... me entraron ganas de llorar. Debo decir que en estos momentos no paro de deshacerme en lágrimas. Creo... en fin... creo que en el fondo, a pesar de todo tenemos una familia. No puedes saber hasta qué punto me alivia. Tenía la sensación de que habíamos fallado por completo... No... existe. En la adversidad, todo el mundo se acerca, se reúne para afrontar las dificultades. Es algo muy valioso. Anoche tuve la impresión de que ya no estaba sola.

—*Habla con Margot, te lo ruego. Es tan importante. Sufre. La muchacha está sufriendo. Nuestra hija sufre.*

Oyó que apartaban la silla y una voz masculina y muy alegre:

—Acabo de recibir los resultados. Es lo que pensaba y no puede imaginarse lo aliviado que estoy, señora Morin.

—¿Qué, qué, doctor Beaulieu?

—Se recuperará, no sé cuándo, pero se recuperará...

—¡Yupiiii! —gritó la Zona de Combate, desatada.

—... Constatamos la presencia de anticuerpos antigangliósidos, en especial el anti-GQ1b. En definitiva, eso significa que, como suponía, a causa de la gastritis y la fiebre, estamos ante un síndrome de Guillain-Barré o una encefalitis de Bickerstaff. De hecho, no estoy seguro de que ambos no sean simplemente más que manifestaciones diferentes del mismo espectro clínico. Da lo mismo. Comenzamos la inmunoterapia esta tarde.

—¿Eso qué quiere decir, por favor?

—Son enfermedades neurológicas, casi siempre posinfecciosas. Las defensas inmunitarias se manifiestan de modo desproporcionado y acaban atacando al organismo. En realidad, para esquematizar, es un poco una enfermedad autoinmune, salvo que en este caso la desencadenó un agente exterior, como un virus.

—¿La gastritis?

—Exacto. Ahora, vamos a contener el exceso de respuesta inmunitaria. Tenemos las herramientas terapéuticas.

Hélène tenía ganas de caer de rodillas, de dar las gracias a cualquiera: Dios, la biología, la ciencia, el médico. Se deshizo en lágrimas y logró balbucear:

—¿Cuándo? ¿En qué estado? Pero, entonces, ¿está usted seguro? ¿No morirá? La verdad, se lo ruego.

—¿Cuándo? No tengo la menor idea. No, no morirá. En general (no he dicho siempre), no existen secuelas después de seis meses, un año, o si no suelen ser ligeras.

—Usted lo sabía, ¿verdad?

—No, lo creía, y eso marca la diferencia. No podía tranquilizarla, señora Morin, mientras no obtuviera una certeza, a riesgo de desesperarla si me equivocaba. La medicina no es una ciencia exacta, al contrario que las

matemáticas o la química. Es lo que le expliqué a su hijo. Damos palos de ciego haciéndolo lo mejor posible. Sin embargo, en cuanto constaté que su signo de Babinski estaba invertido...

—¿Babinski? ¿El de los recién nacidos?

—El mismo, el reflejo cutáneo plantar. Un bebé de menos de seis meses estira los dedos de los pies en abanico cuando se le araña suavemente la planta. Más tarde, los contrae. Se trataba de uno de los escasos movimientos reflejos de su marido cuando llegó. Separó los dedos de los pies. Es anormal y refleja un proceso neurológico. Ésa es la razón por la que pedí esta dosificación. El Babinski es uno de los signos de este tipo de síndrome.

Entre dos sollozos, Hélène soltó:

—No sé cómo agradecerse. También estoy un poco resentida con usted, pero entiendo su reserva. ¡Gracias, gracias!

—*Beaulieu, colega, eres muy bueno. ¡Sí, gracias, mil veces gracias! ¡Salir de esta pesadilla!*

—El cerebro humano es de una extrema complejidad. Hemos hecho muchos progresos en veinte años, pero no estamos más que en los balbuceos. Durante décadas, cometimos el error de separar el cerebro del cuerpo. Están íntimamente vinculados. Como ve, una estúpida gastritis o una insignificante gripe pueden originar un coma.

—Oh, de repente tengo ganas de dormir. Sin somníferos. Tengo la sensación de que todo vuelve a caer. La adrenalina, u otra cosa.

—Vuelva a casa, señora. Descanse. A partir de ahora todo irá bien. Sabemos qué hacer.

—Mi suegra pasará antes del mediodía.

—Gracias por la información. Comuníqueme la buena noticia. En cuanto a mí, me encerraré en mi despacho, y avisaré a mi secretaria; le dirá que estoy ausente —bromeó.

Benoît

*Martes, a primera hora de la tarde,
hospital de Rambouillet*

El roce de un pesado abrigo al ponerlo sobre el respaldo de una silla. Un perfume que Arnaud no conocía. Un agradable olor masculino.

—Hola, tío.

Benoît, el tercer accionista, el antiguo amigo al que había puesto los cuernos.

Así que su madre había venido, pero no guardaba ningún recuerdo de ello. Extraño, ese cerebro humano que Beaulieu calificaba de tan complejo. Arnaud tenía cada vez más la sensación de que actuaba con total autonomía. Se conectaba y se desconectaba sin que lo hubiera deseado. Y se añadía esa condenada Zona de Combate, que hacía lo que le daba la gana.

—*Exactamente, mentecato, y no se ha terminado* —intervino ésta de inmediato.

Al menos estaba a la defensiva si la cosa se ponía fea con Benoît. Bueno, en el peor de los casos, le infligiría otro pánico con síncope. Se había muerto de miedo durante el primero, mucho más que durante el accidente. Se había sentido morir, asfixiado. Al menos ahora sabía cuáles serían los signos precursores de la desconexión brutal de su cerebro ante un estrés que éste no podía, no quería soportar. Una idea repentina, perturbadora, le vino a la cabeza: ¿por qué la Zona de Combate se declinaba en femenino? *A priori*, nada lo justificaba. Arnaud habría podido bautizarlo como el frente, el campo

atrincherado, el campo de batalla, etc. ¿Por qué haberle atribuido un nombre femenino? La respuesta se impuso de inmediato: su madre. Su madre era una guerrera, un ejército por sí sola. En el fondo, era normal que la parte de él que lo defendía con uñas y dientes, contra viento y marea, aun siendo francamente odiosa, fuera femenina. No, mamá, tú no tienes nada de odioso. Nunca me llamarías mentecato. Sólo esa bruja en el fondo de mi cabeza se atreve. ¿La detesto? Al principio, sí. Ahora confieso que empiezo a apreciar nuestras conversaciones. Pero me irrita. Me irrita mogollón. Ese lado señorita-lo-sé-todo-mejor-que-nadie me harta un poco. En el fondo, me asombra: nunca habría pensado que tenía una parte femenina en la cabeza. Al parecer en todos nosotros hay algo de ambos sexos, en proporciones diferentes. Pero bueno, si hubiese podido elegir, habría preferido tener una piel de mujer, no barba. De ninguna manera un trozo de mi cerebro femenino. Aun así, sin machismo, admitámoslo: tienen un talento especial para devanarse los sesos por poca cosa.

—*Está claro que devanarse los sesos por cajas de cartón cambia el aspecto del mundo, ¿no?*

—*Eres realmente un coñazo, ¿sabes?*

—*¡Y aún no has visto nada! Pero escuchemos al amable Benoît. Estoy deseando saber lo que te va a espetar en las narices.*

El mutismo de Benoît se estaba volviendo pesado. Nunca había sido un gracioso, sino más bien un hombre razonable, tranquilo. Un tipo inteligente y perspicaz, por otro lado. Finalmente declaró:

—Lo he pensado mucho, Arnaud, desde el miércoles por la noche, cuando Hélène me telefoneó. Emilia y yo estábamos conmocionados. Esperamos de todo corazón que te recuperes bien, sobre todo después de la última conversación que tuvo tu mujer con el médico. Ah, el eterno dilema. No sé lo que sabes. Qué más da, puesto que no me oyes. Así que aprovechemos para poner las cosas en su sitio. Sabía que Frédérique me engañaba. Pese a sus cualidades, estaba mal de la azotea. Viendo las cosas con perspectiva, pienso que era ninfómana. No podía conocer a un hombre sin intentar ligárselo. Por lo que he leído, no sé si es verdad, suelen ser mujeres que no alcanzan el orgasmo. Culpa compartida, en este caso. Sea como sea, ella no era feliz y yo,

aún menos. Ese matrimonio fue un fracaso soportable durante años, pero un fracaso absoluto...

—*Benoît, fui un necio... Me porté como un mierda. Te presento mis más humildes disculpas...*

—Hacía años que sospechaba algo. Pensándolo bien, no le guardo rencor por haber coleccionado amantes, sino por haberme hecho creer que me amaba, que era el hombre de su vida. No, yo era un hombre entre tantos otros, que le permitía vivir bien. Me llevé un buen chasco. El divorcio fue rápido porque tenía todas las pruebas, y suerte que mi madre había insistido en un contrato matrimonial que indignó a Frédérique. Mi madre la detestaba, ¿sabes? Al principio creí que era una rivalidad entre mujeres. En realidad, mi madre posee un olfato extraordinario.

—*Es el papel de las buenas madres.*

—Realmente te odié cuando me enteré. Traicionaste nuestra amistad, me habías tomado el pelo de la peor manera posible...

—*Una reacción justa y merecida por tu parte. Yo en tu lugar me habría vuelto loco de rabia.*

—Sorprendí a Frédérique con el electricista, en nuestro catre. Me puse furioso. Me enteré, poco a poco, de que se había tirado a todos los tíos de la zona. Una vez más, era infeliz en pareja, sin ni siquiera tener en cuenta los cuernos ni la falta de amor. Pedí el divorcio. Entonces aún no sabía que tú también te la habías follado. Algunos meses más tarde, cuando aún estaba bastante desquiciado, conocí a Emilia. Una mujer como soñamos: hermosa, inteligente, divertida, cariñosa, plasta a veces, pero eso forma parte del placer. De hecho, he corregido mucho ese «plasta» a la baja. Nos parecen coñazos porque nos repiten machaconamente lo que deberíamos hacer y no tenemos ganas de hacer. Como: «Cariño, hay que podar los rosales» quince veces en una semana. Es exasperante, pero tienen razón: hay que podar los rosales. Sea como sea, hoy soy absolutamente feliz. Amo a una mujer que me ama. ¡A buenas horas! Bueno, tú tuviste potra, conociste a Héléne.

—*Pues sí, mentecato, conocimos a Héléne. Quizá sea el momento de darse cuenta de ello* —lo vituperó la Zona de Combate.

—*¿Puedes dejarme en paz ahora? Estoy escuchando.*

—He cogido el primer avión de la mañana, después de retrasarlo varias veces. Hablé de ello con Emilia. Es de una rara rectitud. Está convencida de que hay cosas que se deben hacer, aunque sean desagradables, sencillamente porque la moral lo ordena. Así que he venido.

Emilia. Arnaud sólo la había visto unas pocas veces. Una mujer bajita, vivaz, muy inteligente, con una melena morena, rizada, esa bonita boca española y que hablaba deprisa, muy deprisa. Una salva de palabras. Dominaba perfectamente el francés y el inglés, casi sin acento. Era abogada especializada en derecho marítimo. Una eminencia, por lo que había entendido.

—Así que tenía que decirte que... que te he perdonado, porque de ese... en fin, de esa pesadilla ha salido un precioso sueño. Un sueño diario. Aunque tampoco voy a darte las gracias por haber contribuido a los cuernos que me puso Frédérique, claro... Cuando me enteré de que tú también habías tenido una aventura con ella, Emilia y yo acabábamos de decidir casarnos, después de una vida en común idílica. Eso amortiguó bastante el choque. ¡Qué rollo los preparativos de boda! —Estalló de risa y precisó—: ¡Dios, nunca más! Emilia volvió locos a los del *catering*. Te lo aseguro, estaban al borde de la depresión nerviosa. Después de todo, es su curro lidiar con la recién casada. Yo veía bien jamón de pata negra, ensaladas y un buen vinito, y basta. Pero no, incluso las servilletas de papel se convertían en un asunto de Estado. ¡En fin, mujeres! Así que, cobardemente, participé lo menos posible.

Una sonrisa en el cerebro de Arnaud. Benoît había estado muy resentido con él, con toda la razón. No obstante, había hecho borrón y cuenta nueva porque era mucho más feliz con Emilia que con Frédérique. De hecho, Arnaud admitía que no había color entre ambas mujeres.

—Pues... fue a causa de esa aventura por lo que no os invitamos. Emilia le mintió a Hélène pretendiendo que nos habíamos casado en la más estricta intimidad, casi a hurtadillas. Falso, fue una boda genial. Llego ya al meollo, lo que Emilia quería que te dijese. Sé que no me oyes. No pasa nada. Cuando salgas de este... de esto, volveré a decírtelo... Mi mujer insiste, y hasta que no lo haya hecho, no me dejará en paz.

Arnaud contuvo mentalmente la respiración. Ya sabía que lo demás

tomaría un cariz muy desagradable.

—... Xavier vino a Madrid para contarme que tú, mi mejor amigo, se había acostado con Frédérique durante meses. Emilia, presente durante su «dolorosa» confesión, lo entendió muy rápido. Por algo es abogada. Xavier soltaba su mierda. Nunca me gustó demasiado ese tío y Emilia lo detestó de inmediato. Por supuesto, es una intelectual, pero ha conservado esa cosa muy femenina: las antenas. Las mujeres tienen antenas, sienten las cosas mucho mejor que nosotros. En resumen, había entendido que quería algo. Dio en el clavo. Te vendía porque deseaba comprar las participaciones de tus hijos y ponerte de patitas en la calle. En realidad, quería saber si, como accionista, yo me opondría. Fui muy vago.

—*¡Lo sabía! ¡El muy cabrón! ¡El muy cerdo!*

—*Encuentro que tienes un vocabulario de insultos un tanto limitado* —intervino la Zona de Combate.

—*Conozco cuatro o cinco más, realmente subidos de tono... No en presencia de una señora, incluso aunque no la haya invitado a mi cerebro.*

—*Por fin una amabilidad* —valoró ésta, con cierta afectación.

—Cuando se fue, Emilia me dijo: «No hagas negocios con él. Cuando un hombre es capaz de semejante traición, lo es con todo el mundo». Sólo me había revelado tu aventura con Frédérique porque quería que te detestara, que me vengara ayudándolo a hundirte. Como te he dicho, siempre desconfié de Xavier.

—*Xavier es un auténtico capullo. Me fascinó porque era brillante. Veía en él a un hermano pequeño. ¡Seré imbécil!*

—Volveremos a tener esta conversación cuando estés restablecido. Arnaud, en serio, deseo que te recuperes bien. Bueno, voy a pasar a dar un beso a Hélène y a los chicos. Me marchó esta noche para Madrid. ¡Misión cumplida!

Arnaud oyó a su amigo —si ese término seguía aplicándose— echar hacia atrás la silla. Se contorsionó después para ponerse el abrigo.

—Espera, he olvidado lo más importante. En mi descargo, debo decir que estaba estresado ante la idea de lo que tenía que revelarte. ¡Voy a tener un bebé! Bueno... vamos. Emilia está de tres meses. Estamos exultantes de

felicidad. Siempre he querido hijos. Frédérique se negaba. No sé si le daba miedo perder su silueta perfecta, si no era maternal, o si temía tener que poner su intensa vida sexual un poco entre paréntesis durante el embarazo. Sea como fuere, viéndolo con perspectiva, fue una suerte. Así que, dentro de unos meses, seré papá. Estoy loco de alegría. Aterrorizado, también. En mi caso, es bastante tardío, pero me trae sin cuidado.

—*Estoy tan contento por ti. Serás un padre genial.*

—Bueno, colega, me voy.

El abatimiento había reemplazado a la cólera. Arnaud estaba hecho polvo, perdido. Como sufría, se volvió agresivo:

—*¿Qué, Zona de Combate? ¿No se te ocurre ningún comentario hiriente? Del tipo: «Pobre tío, hay que ser corto para no sospechar que Xavier de verdad había decidido acabar contigo, hasta tratar de granjearse la simpatía de Benoît».*

—*No. Te lo he dicho, no eres un mal tipo. Yo tampoco, puesto que soy tú. A pesar de todo, si no estoy sorprendida, es que tú tampoco lo estás. En alguna parte, en el fondo, lo sabías sin admitirlo. Somos valientes, Arnaud. ¿Y qué es la valentía? Aceptar ser vapuleado, sin retroceder. Eso deja bastantes cardenales. Uno se recupera, en general. Pero la peor herida es la cobardía. De eso uno nunca se recupera. Al menos cuando se es inteligente.*

—*Desconéctame, por favor. He leído en alguna parte que gran parte del proceso de cicatrización se hace durante el sueño. Tienes razón, tengo montones de hematomas en la cabeza.*

Pascal Beaulieu

*Martes por la noche,
hospital de Rambouillet*

Se alzó una voz tranquila, muy grave, la de alguien moreno, sin duda. Arnaud la reconoció de inmediato:

—Buenas noches, señor Morin. Soy el doctor Pascal Beaulieu, su neurólogo. He recibido la confirmación de mi diagnóstico. Mañana iniciamos el tratamiento. Tenemos dos opciones terapéuticas y decidiremos la que mejor funcione. Empezaremos por la inmunoterapia mediante inmunoglobulinas por vía intravenosa, la más sencilla. Si no estamos satisfechos del resultado, pasaremos a los intercambios plasmáticos junto a este primer tratamiento. En este caso se trata de... limpiar, en cierto modo, su sangre de los anticuerpos que atacan su organismo. Las dos técnicas están totalmente a punto y dan excelentes resultados. Por lo demás, creo que es usted un luchador y eso es crucial para la recuperación...

—*Nunca me han gustado demasiado los médicos, Beaulieu... como a menudo le ocurre a la gente con una salud excelente. No obstante, confieso que estoy realmente contento de haber caído en sus manos.*

Sintió que el médico se sentaba en el borde de la cama.

—... del mismo modo que es crucial el entorno. Tiene una familia asombrosa, señor Morin. Tan fuerte, tan unida detrás de usted. Es una suerte inmensa, pero sólo pensamos en ello en los momentos dramáticos. Yo mismo soy muy «familiar». La mía es mi bien máspreciado. Los médicos son también

confesores, pero tienen pocas oportunidades de hablar de sí mismos. Sienta bien de vez en cuando. No le contaría mi vida si estuviese usted consciente. Tengo dos hijos y una mujer asombrosa, Stéphanie, a la que conocí en Martinica. Tiene usted una esposa extraordinaria, como la mía, señor Morin. Espero que sea consciente de ello. Una pareja unida es lo más importante del mundo. Permite atravesar todas las tempestades. Estuve hablando de neurobiología con su hijo, de la magia y de la maldición del cerebro humano. Sobre todo de su misterio. Un chico muy inteligente. ¿Sabe?, veo pasar tanta gente por aquí, a veces pacientes de los que todo el mundo pasa, de quienes su familia se despreocupa, que se encuentran muy solos. Te curas peor cuando sólo lo haces por ti mismo. Cuando luchas porque otros cuentan contigo, te quieren vivo, a su lado, de repente las cosas son más fáciles. Encuentras fuerzas insospechadas en ti mismo. Cualquiera diría que el organismo (en mi especialidad, el cerebro) redobla esfuerzos. No puede abandonar. Tiene que luchar por él, por supuesto, pero también por quienes lo esperan, que tienen miedo, que quieren que viva. Ya está. Me voy a casa. Stéphanie volverá a enfurruñarse porque son más de las ocho, porque pasamos demasiado poco tiempo juntos y porque no puede preparar una cena decente porque siempre llego tarde. Es ortofonista y su gran pasión, fuera de su familia y de su profesión, es la cocina. Preparar deprisa y corriendo ensaladas y tortillas la frustra. Colecciona recetas y tiene pocas oportunidades de ponerlas en práctica. Siempre le prometo que podrá prepararme buenos platos cuando esté jubilado... La cosa va para largo, pero ella no lo sabe. Soy muy evasivo cuando me lo pregunta. Buenas noches, señor Morin.

Tiene usted una esposa extraordinaria, como la mía, señor Morin. Espero que sea consciente de ello.

La frase dio vueltas largo tiempo en la mente de Arnaud. No, no había sido consciente de ello y se lo reprochaba enormemente.

Hélène VI

Miércoles por la mañana, hospital de Rambouillet

Las notas femeninas y elegantes de un perfume Chanel, del que siempre olvidaba el nombre —no pasa nada, su secretaria lo compraba—, anunciaron a Hélène. Sólo entonces pensó en que no lo había llevado desde el accidente. Una prueba de que iba mejor. Él también, de hecho. Le traía sin cuidado saber exactamente lo que era un Bicker-no sé qué o un Guillain-algo, aunque las explicaciones de Beaulieu hubieran sido nítidas. Sólo importaba una cosa: iba a recuperarse y recobrar sus facultades, todas o casi. Por supuesto, necesitaría tiempo. Por supuesto, debería tener paciencia. «Paciencia», una palabra que no formaba parte del vocabulario de Arnaud. Siempre había forzado el tiempo, para su gusto nada iba nunca lo bastante rápido. El tiempo se había vengado, hiriente venganza. El tiempo le había impuesto su discurrir. El tiempo le había mostrado que él era el más fuerte y que pasaba de las impacencias humanas. El tiempo reinaba. Podíamos agitarnos, enfadarnos, tratar de forzarlo. Vanas ilusiones. El tiempo dictaba su ley. Si quería ser honesto, Arnaud admitía que después de los primeros días de exasperación, la lentitud de los minutos le parecía ahora soportable e incluso a veces estimable. Al igual que el silencio o al menos su mutismo forzado. Poco a poco, Arnaud se había dado cuenta de que nunca escuchaba a los demás. Cuando le hablaban, sólo pensaba en la continuación de su propio discurso. Cómo convencer, cómo disuadir, cómo imponer sus propias certezas en la mente de su interlocutor, fuera cual fuera.

Desde hacía una semana, nunca le habían concedido la palabra. No por autoritarismo, ni por falta de consideración, sencillamente porque era incapaz de pronunciar una palabra y porque todos pensaban que vagaba en el limbo, entre la vida y la muerte, y no oía nada. Esta obligación de permanecer en silencio había sido al principio un auténtico suplicio. Sin duda porque por fin debía escuchar lo que no le apetecía oír. Sin duda porque estaba condenado a contentarse con las reacciones epidérmicas, con los exabruptos indignados, asustados, entristecidos, privado de sus muestras falsas, durante las cuales sólo presentaba el lado convincente de su razonamiento, mareando la perdiz.

—... en el jardín. He puesto bastante orden, me he deshecho de montones de antiguallas. Ya sabes cómo soy: me cuesta mucho tirar las cosas. Eso siempre te enfada. Me deshago de algo, y luego cambio de opinión y recupero la ropa o el objeto que destinaba a la basura. Esta vez tenía que hacer limpieza a fondo... A fondo, la expresión es muy apropiada, mucho. Si supieras qué aliviada me siento, lo bien que he dormido esta noche después de mi conversación con el doctor Beaulieu. Me he despertado por primera vez desde hace mucho tiempo sin ese enorme peso sobre los hombros. Te vas a recuperar, Arnaud, y estoy tan feliz. No te imaginas hasta qué punto... Pediré el divorcio en cuanto hayas salido del coma y te hayas restablecido.

Arnaud chapoteó. ¿Lo había entendido? Como de costumbre, sus oídos... su cerebro la escuchaba a medias.

—¿Qué?

—*Sí, sí, ¡pide el divorcio!* —voceó, como un mal bicho, la Zona de Combate.

Hélène prosiguió, y de repente él desconfió de su voz casi jubilosa:

—Es necesario que te cuente lo que casi me ocurrió el miércoles por la mañana, después de tu marcha, entiéndelo. Tú no crees en el destino ni en Dios, ¿verdad? Estás seguro de ser el único dueño de tu existencia. Yo me hago preguntas. Cada vez más. Así que había decidido acabar de una vez, poner fin a mi vida. En resumen, suicidarme. Había sacado todos los medicamentos que pensé que podrían ayudarme a hacerlo. Los había alineado sobre la mesa de la cocina y había empezado a tragármelos haciéndolos pasar con medio litro de whisky.

Una onda glacial lo dejó helado. ¿Hélène quería morir? ¿Destruirse? ¿Dejarlo definitivamente?

—*No, no... ¡Tú no, Hélène, eso no!*

—Y después, recordé que no había dado de comer a los pájaros, que hacía mucho frío, que se morirían de hambre... Es inútil contar con vosotros para ocuparos de ellos. No podía abandonarlos. Salí, vestida con mi ligera bata de interior. Hacía un frío de perros. Eché semillas por el suelo y llené los dos comederos hasta el borde. Empezaba a dar cabezadas a causa de los comprimidos que había tragado. Y entonces... (¿un ángel puede adoptar la forma de un herrerillo común? ¿O el whisky ya me había emborrachado?) se posó a cincuenta centímetros de mí, sobre la barandilla. Inclina la cabeza a la derecha y a la izquierda con «tit-tit» interrogativos. Era adorable con la parte superior de su cráneo azul, su pequeña máscara, como dibujada con un largo trazo de *eyeliner*, y su cuerpo amarillo y verde...

—*¿Se te ha ido la olla? ¿Has bebido? ¿Tomado un medicamento?*

Hélène reventó de risa y continuó:

—¡Tienen un descaro tan irresistible! ¿Sabes que, a veces, en invierno, vienen a golpear con el pico en los cristales de la cocina? Eso significa realmente: «Bueno, a ver, ¿qué pasa con el papeo?». Esos encantadores animalillos son también muy valientes, por no decir belicosos. Pueden ahuyentar a una urraca, diez veces más grande que ellos. He mirado en Google. En latín se llaman *Cyanistes caeruleus*. Da lo mismo. Sea como fuere, mientras tiritaba, tuve la nítida impresión de que me interrogaba: «¿Tit-tit, tit-tit?». Debía de ser el efecto combinado de los medicamentos y el alcohol... Es una tontería... pero tuve la certeza de que me decía que estaba actuando como una cretina...

Arnaud luchaba contra el pánico, contra la incomprensión. ¿Qué? ¿Hélène, suicidarse? ¡A ver, es imposible!

—*Por supuesto, Hélène, tenía razón, esa cotorra o esa... no sé qué. No... no quiero ser odioso, pero qué decisión más estúpida... ¡En fin! Tienes una vida excelente, ¿no?*

—... me miraba fijamente. Lo sé porque es así como descubrí que los ojos de los herrerillos comunes son casi negros. «Tit-tit, tit-tit...», quería decir:

«Escucha. Sabes que nosotros luchamos por sobrevivir en invierno. Si no estuvieras aquí, moriríamos. Sin embargo, voy a ser franco, brutal: ¿disolverte te parece la solución más fácil? Pues es la peor...».

A Arnaud un diálogo entre una mujer inteligente y un herrerillo le parecía surrealista. No obstante, Hélène había precisado que en ese momento ya no estaba en un estado normal. Lo importante se resumía a que su subconsciente la había retenido del gesto fatal, aunque hubiera tenido que pasar a través de una pequeña ave que esperaba sus semillas.

—*Totalmente. Tenía razón ese... ese pájaro.*

—«Tit-tit, tit-tit.» Ahora estaba diciendo: «Veamos, Hélène, prosigamos. Ya no puedes más, ya no soportas esta tediosa y lastimosa vida, a este marido que te toma por una cómoda o una plancha, a tus hijos, para quienes te has convertido en un simpático fantasma, y te entiendo. Ahora tienes cuarenta y cuatro años y muchas hermosas décadas que vivir. Sería un desperdicio insoportable. Además de que, en términos de desperdicio, vas servida. No olvides a tus hijos. Para ellos todo va bien, pero si desapareces, ¿qué será de ellos? Te guardarán rencor y no se equivocarán. Estamos de acuerdo en un punto: tu marido apenas te ve. Tit-tit, tit-tit: existe una cosa muy sencilla entre los humanos. Se llama divorcio. Tit-tit, tit-tit: Hélène, es posible que falles. Piénsalo. Te lo ruego. Los medicamentos de los que dispones no son letales. ¿Y qué pasará? ¿Sufres una anoxia cerebral, te recuperan por los pelos y después te quedas vegetal? Piénsalo, Hélène. ¡Te lo ruego, piénsalo! No será Arnaud quien se ocupe de ti. Por supuesto, pagará la mejor institución, aunque sólo sea para poder mostrar que es un buen marido y que hace lo necesario. Estarás encerrada y morirás sola, tras años y años de agonía, con el cerebro parcialmente destrozado».

—*Pero... pero nunca te he tomado por una cómoda. ¡Es falso! ¿Y además, qué es este disparate? Nunca te dejaría sola en una institución hospitalaria...*

Zona de Combate lo interrumpió:

—*¿A quién piensas convencer ahora? ¿A ti o a mí? Si es a mí, te lo aseguro, has fallado. Por supuesto que la tomabas por un mueble, y un mueble que mandabas a freír espárragos por cualquier nimiedad. En cuanto*

a lo demás, un poco de franqueza: lo habrías decidido así. Venga, una visita en Navidades, otra por su cumpleaños... si te hubieras acordado. Cállate. Tengo ganas de escuchar la continuación de esta historia.

Una risita de nuevo y los efluvios de Chanel, tan civilizados. Como Hélène. Hélène era tan correcta, tan honesta, tan perfecta, tan elegante en todo. ¿Por qué enunciaba esta lista de cualidades, a la manera de un inventario de taras? ¿Qué? ¿Habría preferido estar casado con una vulgar gilipollas, incapaz de educar a sus hijos, que lo habría engañado y de la que se habría avergonzado en sociedad? Se asombró fugazmente de que ese escarnio no procediera de la Zona de Combate.

—Como te imaginarás, Arnaud, se trata de un cuento. El herrerillo común estaba ahí, hacía «tit-tit, tit-tit» mirándome. Le atribuí mis pensamientos ya un tanto nublados porque, en ese momento preciso, pensé que si una criatura me necesitaba realmente, era ella. Un balance patético, ¿no? Un herrerillo me salvó la vida. Volví a entrar en casa titubeando un poco. Desde el accidente, he llegado a la convicción de que, si te recuperabas, pediría el divorcio. Vas a recuperarte, habrá divorcio. No quiero dinero, no me importa. No quiero nada, sólo vivir por fin. Sólo hacer cosas que me agradan. Ya no toleraré que no me amen, que me desprecien, cuando... hablemos con crudeza... debía de tratarse de mi único privilegio, de mi merecida retribución por buenos y leales servicios. Me niego a abandonarme de nuevo hasta el punto de la aniquilación, la autodestrucción. No soy yo. Es tu influencia sobre mí. ¡Nunca más! Además, me has puesto todos los cuernos que has querido, y los chicos y tú sois los únicos que no habéis entendido que lo sé desde hace al menos dos años...

—*Hélène... tenemos que hablar de ello... La he cagado... Acabo de entender unas cuantas cosas. Muchas. Te contaré el enorme golpe que me he llevado con Margot. Después no seré el mismo hombre. Estoy seguro de ello. Tienes mi palabra. Han cambiado tantas cosas. Al final, esta mierda tenía su utilidad. Es mi última oportunidad de convertirme en un buen tipo, cariñoso, respetuoso. Te amo. En el fondo, sólo te he amado a ti. Es la verdad. Me engañé pensando que Théa era la mujer de mi vida. Era joven, todavía romántico, demasiado sentimental. Esperé durante años que reapareciese, que se reuniera conmigo. Es de locos, porque estoy seguro de que ahora ya*

no tendríamos nada en común. Ya sabes, esas fulgurantes historias de pasión cuando somos muy jóvenes. Y luego, varios años más tarde... nos hemos alejado del otro. Y ya no queda nada de lo que parecía fundamental, eterno. Permanecen como magníficos recuerdos. Nada más. Tenemos que hablar.

—Lo supe gracias o a causa de Xavier. Soltó una frase que me puso la mosca detrás de la oreja. Ni siquiera se dio cuenta. Complicidad masculina cuando se trata de vuestros devaneos, supongo.

—*¡El muy cerdo! Que te crees tú eso. Sabía perfectamente lo que hacía. Debíó de pensar en la frase en cuestión más de una hora.*

La amargura de Arnaud no duró. Le importaba un carajo ese cabrón. Le ajustaría las cuentas en cuanto se sintiera mejor. ¡Y se acabó! Tenía problemas mucho más importantes: Hélène y Margot. Esa constatación lo dejó estupefacto. En realidad, Hélène tenía razón. Se había convertido en un mueble, el tercer tiesto de flores empezando por la derecha, y sus hijos también.

—¿Cómo es posible que seas hasta tal punto incapaz de hacer a la gente feliz, Arnaud? ¿De dónde te viene? ¿Crees que la vida se resume a qué: gano, gano, gano, y si un día pierdo, todo lo demás desaparece, ya no existe? Formas parte de esas personas que son incapaces de conformarse con el éxito. Siempre necesitáis más. Es vuestra droga. Queréis una cosa, la obtenéis. Y entonces ya no tiene ningún interés. Mujer, hijos, amigos, coche, barco, todo está en el mismo plano. Para mí se ha terminado. Quiero vivir, tener el derecho de amar la vida. Tú no amas la vida. No amas a nadie, ni siquiera a ti mismo. Ni siquiera estoy segura de que ames a tu madre. Te convences de ello porque te da la razón en todo. Sólo amas la conquista. No veas en ello ningún desprecio pero, en el fondo, te compadezco. Dejarás que se te escape la vida. Para mí se ha terminado. Quiero disfrutar de los buenos momentos. No me importan nada la casa, el apartamento de Menton, las vacaciones en un cuatro estrellas en la otra punta del mundo, la mujer de la limpieza. ¡Quiero vivir! Quiero amarme un poco. Quiero... respetarme.

—*Esto es lo que yo llamo una soberbia paliza. Merecida* —se vanaglorió la Zona de Combate.

—*¡Cierra el pico! Mmm... ¿Soy realmente un mierda?*

—*Sólo tú puedes responder a esa pregunta.*

—Te vas a reír de mí, pero realmente me traen sin cuidado. Cuando has llegado al punto de querer matarte, de que un herrerillo te lo haya impedido... ¿sabes?, las prioridades se trastocan. Nada de lo que antes te parecía tan importante cuenta ya. Encuentras de nuevo la verdadera raíz de las cosas, de la vida, de lo que constituye su magia y que habías olvidado completamente. Acabo de matricularme en el módulo profesional de charcutería y *catering*. Una formación a distancia, con unas prácticas, por supuesto. Van a enviarme el dossier. Estoy feliz. Me encanta cocinar. Al menos lo haré para personas que aprecien mis esfuerzos. Tenía que moverme, tomar una decisión personal. Bueno, voy a dejarte. Sigo amándote... pero ya no te quiero a mi lado. Ya no puedo respirar a través de ti. Hugo vendrá esta tarde. No tiene clase.

—*Hélène, espera... no te vayas con esta impresión. Te amo. Te aseguro que te amo, aunque acabe de comprender ahora mismo hasta qué punto. Hélène...*

El eco de sus tacones que se aproximaban a la puerta. Luego:

—Ah, mis padres no vendrán. Les anuncié la buena noticia anoche y también que tu madre dormía en casa. No sienten una gran pasión por ella... ni por ti. Y no creo que la situación mejore cuando acabe confesándoles que... me haces infeliz, mucho. No mencionaré la tentativa de suicidio. Eso los destrozaría. Me siento aliviada, ¿sabes? Hundida, pero aliviada. Era tan difícil contarte todo esto. Creo que, si hubieras estado consciente, habría renunciado a hacerlo. Pienso que será menos doloroso repetírtelo más tarde. Esperaré a que estés completamente restablecido. Te ayudaré todo lo que pueda. Después, me marcharé.

Hugo

Miércoles por la tarde, hospital de Rambouillet

Un beso en la mejilla lo sacó de un «lugar» indefinido de su mente, el silencioso rincón al que se retiraba con frecuencia, donde «dormía», ya fuera solo o cuando los visitantes le leían o le hablaban de cosas que no le interesaban. Así, estaba seguro de que su madre venía cada día y, sin embargo, sólo recordaba una de sus visitas. Hélène también: sin duda había llegado al final de *La vuelta al mundo en 80 días*, pero se había saltado la mayor parte de los párrafos. Phileas Fogg es muy muy guay... cuando tienes entre diez y catorce años. Los chicos debían de haber venido acompañados de su madre o de su abuela. No obstante, no se acordaba más que de la heladora confesión de Margot. En cuando a las conversaciones del personal sanitario que zumbaban a su alrededor, no había retenido ni un solo fragmento desde que Beaulieu anunció que iba a recuperarse. Antes de eso, aguardaba con impaciencia sus palabras, esperando al que o a la que soltaría: «Pobre tipo, va a palmarla o se quedará como un vegetal toda su vida».

¿Quién, exactamente, era el responsable de esta selección, de elegir esos momentos de consciencia, de atención, de extrema concentración o de ausencia? ¿La Zona de Combate o él?

—*Es la misma persona, el mismo cerebro* —soltó de inmediato esta última con tono irritado.

—*Hélène estuvo a punto de suicidarse... Yo... yo...*

—¿«Yo... yo» qué? *Hélène era extremadamente infeliz. No lo viste, prueba de que realmente tienes... (ya te imaginas qué quiero decir) en los ojos. Arnaud, tienes cuarenta y ocho años. Tendrás que dejar de actuar como un adolescente, algo que le reprochas a tu hijo, quien tiene la excusa de sus diecinueve años. Escúchalo. Por primera vez en tu vida, escúchalo. Tengo la sensación de que no vamos a aburrirnos. Por eso te fuerzo a estar despierto. ¡No te dormirás, puedo garantizártelo!*

—¿Voy a recibir otra vez en pleno careto?

—Tal vez. No conoces a Hugo. Así que yo tampoco lo conozco.

—Que sí... claro que conozco a mi hijo...

—¡Ja, ja!

—Hola, papá. Margot me ha servido de taxi. Le he explicado que quería estar un rato a solas contigo. Me ha contado... su monólogo a propósito del aborto. Las pasó realmente canutas, ¿sabes? No sabía si tomaba la buena decisión... yo no podía hacer gran cosa por ella, salvo repetirle que era mi hermana mayor y que la quería. No sé lo que eso representa para una mujer, ni sobre todo para Margot. Bueno, supongo que debe de depender de mogollón de cosas. Estuvo tan triste. Tenía que contárselo a alguien. Era el único en quien ella confiaba. No viene a cuento, pero la abuela se está apalancando, nos está hartando a todos...

—*¡Te prohíbo que digas cosas así a propósito de mi madre! Margot, mi niña, si supieras cuánto lo siento. Es de locos: todas estas palabras se han vuelto vacías, tan desvirtuadas. «Lo siento mucho, perdón, mis más humildes disculpas, mi pésame, qué tragedia, injusticia, catástrofe; es horrible, espantoso, alucinante, etc.», blablablá. ¿Cómo es posible que unas palabras tan fuertes, que describían el sufrimiento humano, nuestra impotencia ante la muerte, el suplicio del remordimiento, se hayan convertido en comida para gatos? Lo sentimos mucho ante la catastrófica injusticia de haber perdido las llaves del coche. Expresamos nuestro más sentido pésame por la muerte de un anciano vecino coñazo que por fin nos dejará en paz. ¿Qué palabras preservadas nos quedan para expresar hasta qué punto sufrimos realmente, sentimos pena, miedo o dolor? ¿Qué palabras que no se hayan vuelto intercambiables? No las encuentro. No tengo bastante vocabulario, y*

eso me consterna.

—*¿Eres tú el que acabas de decir eso, Arnaud?* —preguntó la Zona de Combate, intrigada.

—*Pues... estoy tan asombrado como tú.*

—... desde la buena noticia del diagnóstico, todos respiramos. En fin, bueno... en cierto modo. Volverás a ser el que eras y, sinceramente, nos lo ahorraremos.

—*No. ¡No y no!*

—Quiero decirte tantas cosas, aprovechar que no vas a arremeter contra mí para tener razón, siempre razón. Mi cabeza es un caos. Bueno... Empiezo por la fundamental: te quiero, papá.

Las lágrimas corrieron. En realidad, la idea, el recuerdo de las lágrimas se vertió en el cerebro de Arnaud. Pensaba desde hacía años que su hijo lo detestaba, lo despreciaba. Esta declaración, inesperada, lo conmovía.

—*¿Sabes?*, lo que es terrible es que te queremos o que te queríamos todos. Nos has hecho el amor imposible, demasiado penoso, incluso demasiado doloroso. Salvo a tu madre, por supuesto. Me exasperas, tratas mal a mamá, tratas mal a todo el mundo. No es que seas mala persona. No, es que no ves nada a tu alrededor, piensas que siempre tienes razón, sin discusión posible. Bueno, digamos que eres un palurdo. No quiero parecerme a ti, de ningún modo. Me habría gustado tanto que cambiaras, pero no es posible: te has construido de esta manera.

—*No, no. Cambiaré. He cambiado. Yo... yo he... bueno, hablaremos de ello...*

—Por mi parte, admito que he ido de «pequeño gilipollas agresivo». Sólo para cabrearte y fastidiarte el día. Porque no tengo ganas de dejarme avasallar por ti. Joder... qué estúpido me he vuelto... ¡pero es culpa tuya! Imagina, había pensado regalarte un peta para el día del padre. No, no fumo... bueno, lo probé dos veces con unos colegas y no me gusta sentirme en ese estado. Cada loco con su tema. Pero sabía que te ibas a poner hecho una furia. Quería joderte. Y luego, había decidido catear la selectividad, entregar una copia en blanco. Infantil, tan infantil. No estás equivocado: soy un adolescente retrasado y no demasiado listo.

—*Te aseguro que no lo dije con mala intención. Bueno, estaba enfadado, pero no iba con malicia.*

—Ya no me interesa. La rebeldía contra papá ya no me divierte. Buscarle tres pies al gato para meterme contigo es bastante estúpido, ¿no? Estéril. Estuve hablando con Pascal Beaulieu, tu neurólogo. Flipante, el tío. Le apasiona el cerebro. Casi tienes la sensación de que le hace babear, que sueña con ello. Tiene dos hijos, mayores que yo. Uno de ellos quiere ser lutier... No sabía muy bien qué era, pero él me lo explicó, y el otro está terminando sus estudios de medicina. Los quiere y los apoya. Estuvimos hablando del cerebro, de neurociencia, de nuestras tremendas carencias en este campo a pesar de los recientes progresos. Le mencioné la inteligencia artificial para saber qué pensaba de ello. Concluyó soltando: «En el estado actual... tengo grandes dudas. No se puede reproducir un cerebro humano, por la excelente razón de que nos faltan muchos datos para comprender cómo funciona exactamente. La imbricación entre lo innato, lo adquirido, lo que procede del conocimiento, del aprendizaje o de las emociones, de lo sentimental, de lo intuitivo y lo que sea que significa este último término. Añade a eso toda la bioquímica del cerebro, sus interacciones con el resto, tipo: qué se creó primero, el huevo o la gallina... Desde luego, hay aplicaciones para la IA, pero especializadas y limitadas: la banca, las finanzas, el ejército, etc. Por no mencionar la desconfianza que pueden suscitar sistemas capaces de aprender, autoaprender, conectarse los unos a los otros para intercambiar información y, por qué no, decidir un día que los humanos les molestan. No se trata de ciencia ficción apocalíptica. Prueba de ello es el gran “botón rojo” previsto por Google para neutralizar sus sistemas en caso de amenaza».

La madurez de su hijo, al que siempre había considerado un inútil además de un holgazán, lo dejaba estupefacto.

—Te aseguro que es cautivador. Al final... se le había hecho supertarde y me dijo: «¿Ves, Hugo?, mi profesión me apasiona... pero lamento no tener una segunda vida, porque me orientaría hacia la investigación en este campo. Hay todo un universo por descubrir, cosas fascinantes... con al final la pregunta de cien mil millones de neuronas: ¿qué es lo que hace al hombre?».

—*Arnaud, ¿por qué nunca hablas de cosas así de geniales con tu hijo?*

¿Porque no tienes nada interesante que decir o porque lo desprecias?

¡La pelmaza había vuelto! No respondió a esta provocación, demasiado apasionado por lo que le contaba Hugo.

—Así que he decidido sacar la selectividad con nota. ¡Rumbo a la uni y la neurociencia! Quiero buscar una parte de la solución a la pregunta de cien mil millones de neuronas. Voy a tener que currármelo, porque no voy muy adelantado que digamos (¡ay, tirano eufemismo!), pero tengo un poco de tiempo antes del examen. Por tanto, se acabaron las trifulcas contigo, no tengo tiempo, ni energía. Si me buscas, no encontrarás nada.

Otro beso ligero y luego:

—Bueno, papá, Margot debe de estar impacientándose delante del distribuidor de bebidas del hospital. Reponte rápidamente, ¿vale? Te queremos, ya lo sabes.

—*Yo lo encuentro francamente bien, a mi hijo* —se jactó la Zona de Combate.

—*Hugo no es tu hijo, es el mío.*

—*Cuántas veces habrá que repetírtelo. Es realmente zoquete, el muy mentecato. ¡Es lo mismo!*

La cena

*Miércoles por la noche,
Cernay-la-Ville*

Liliane había vuelto del hospital dos horas antes. No había dejado de repetirles el monólogo que había tenido con su «¡hijo!», lo que no le había respondido pero habría podido. Hélène había preparado la cena, limitándose a comentarios muy vagos: «Ah, sí; en efecto; eso es seguro, etc.». No la escuchaba y no podía responder con un «sí» o un «no» por miedo a que estuviera fuera de lugar. Geneviève había telefoneado para anunciar su llegada el viernes por la mañana.

La cena fue sorprendentemente distendida, a pesar de Liliane y de sus opiniones tajantes sobre todo. Margot y Hugo parecían casi alegres, una primicia desde hacía bastante tiempo.

—Y entonces, ¿de qué habéis... qué le habéis dicho a papá? —preguntó.

Los dos chicos habían omitido cuidadosamente precisar que sólo Hugo había subido a la habitación.

—De esto y de lo otro, la uni, el instituto, el tiempo asqueroso, lluvia y más lluvia —exageró Hugo.

—Es un poco la rutina, ¿sabes, mamá? No hacemos nada extraordinario y hablamos de cosas de la vida diaria —añadió Margot.

—Pero eso le viene bien —aseguró Liliane.

Hélène habría jurado que mentían. ¿Por qué? El espeso velo bajo el cual se ocultaba su hija desde hacía años parecía más ligero, casi transparente.

Volvía a encontrar a la Margot de la infancia, una chiquilla muy reservada, introvertida, sin duda, pero feliz. Hugo parecía apaciguado de extraña manera. Incluso su actitud con respecto a Liliane había cambiado. Parecían haber abandonado el silencioso «nos tocas las narices mogollón» por un «sigue hablando, abuela, nos la suda» igualmente mudo. Incluso su complicidad parecía reforzada. Sus dos hijos siempre se habían entendido bien, con frecuencia cerrando filas contra los adultos. Hugo se aplicaba mentalmente sus pinturas de guerra, Margot practicaba la inercia y la evitación. Desde sus visitas a Arnaud se habían producido metamorfosis, perceptibles para una madre atenta. Pero una conversación, por muy apasionante que fuera, sobre las condiciones meteorológicas de la semana no lo justificaba. ¿Qué había ocurrido? Una pregunta que no podía hacer delante de su suegra, y más teniendo en cuenta que dudaba de que el hermano y la hermana respondieran. Una idea fugaz le vino a la mente: ella también se había sentido aliviada después de su confesión a Arnaud. Abrumada pero liberada de un peso que se tornaba insoportable. La idea desapareció, expulsada por Liliane, que espetó:

—Habría que preparar su vuelta.

Iba a discutir, observar que era preferible esperar a que recobrase la conciencia, pero se le adelantó Hugo, que propuso jovialmente:

—Buena idea, abuela. Piensa en ello. Elabora una lista y lo hablamos. Decidimos qué hará cada uno.

Hélène escrutó a su hijo para detectar ironía, sarcasmo, pero no. Parecía serio. Liliane se pavoneó de felicidad. Su precioso nieto aprobaba su idea.

Los chicos se levantaron y besaron a las dos mujeres declarando:

—Subimos. Tenemos mucho que empollar.

Por primera vez desde que empezó el curso, la excusa era verídica en el caso de Hugo.

—Es adorable. Dios mío, cuánto se parece a MI HIJO más joven.

Hélène asintió con una sonrisa. Inútil recalcar la injusta diferencia que establecía entre el hermano y la hermana. Se levantó para recoger la mesa y, sin ni siquiera reflexionar, anunció:

—Me he matriculado en un módulo profesional.

—¿Un módulo profesional? Pero bueno, tiene usted un grado de dos años,

¿no?

—En Letras Modernas. Es decir, no gran cosa desde un punto de vista profesional. Sin duda, luce más en una cena que un módulo profesional de charcutería y *catering*.

—¿De qué? —se ahogó su suegra—. ¡Pero está loca! ¡Eso, Hélène, no puede ser, de ninguna manera! Ah, no. ¡MI HIJO casado con una charcutera!

—¿Y su hijo casado con una mujer que no hace nada?

—¡No hace usted «nada», qué tontería! Se ocupa de sus hijos, de su marido, de la casa. En nuestro ambiente, con un jefe de familia muy ocupado, ama de casa es una opción muy honorable y deseable.

—Mis hijos son adultos o casi, tenemos una mujer de la limpieza, un jardinero cuando llega el buen tiempo y mi marido... no me necesita. En otras palabras, no hago nada o poca cosa. Sí, la compra y la cocina, así se me pasa el tiempo. Pues bien, quiero hacer de ello mi profesión.

—¡Eso es imposible! —se enfureció Liliane—. Me opongo. En fin, piense un poco en mi hijo. ¡Qué pensarán sus clientes, sus relaciones profesionales, incluso sus competidores, sin olvidar a los vecinos! ¡No lo ama, de no ser así no se le habría ocurrido un proyecto tan estúpido, asombroso e inconveniente! —gritó casi la suegra, apuntándola con un índice acusador.

Hélène, con los riñones apoyados en el borde de la encimera de roble macizo, la escrutó. El elegante rostro, de tez ligeramente bronceada y surcado de finas arrugas, estaba contraído de rabia. Pensó que Liliane había adoptado para ocultar sus canas un tinte que se asemejaba al color natural del cabello de Arnaud y de Hugo. Quería tanto que se supiera y se viese que ella era la progenitora de sus dos amores. Sus labios ya no formaban más que una delgada línea amarga. Un bloque de reprobación, indignación y cólera ataviado con un bonito traje pantalón azul marino. Su suegra nunca habría tolerado pasearse por su casa en pijama y bata. Dios mío, ¿y si alguien llamara de improviso? Salvo que nadie habría tenido la osadía de probar fortuna, por temor a que le echaran un seco rapapolvo. Hélène declaró con un tono tan tranquilo, tan firme, que se sorprendió:

—Liliane, hace veinte años que sólo pienso en Arnaud: sus necesidades, sus aspiraciones, sus deseos, sus apetencias, su carrera, su salud, etc. En

cuanto a su última acusación, verá, creo al contrario que los problemas surgieron del hecho de que lo amaba demasiado y a mí misma, no lo bastante. Por una vez, no será lo que vosotros (la madre y el hijo) imponéis, sino lo que yo elijo. Fin de la discusión. Mi decisión está tomada, no le daré más vueltas. Buenas noches, Liliane. No olvide, por favor, cerrar con llave la puerta de entrada.

Se sentía bien, ligera, liberada de otro peso, cuando subió a su dormitorio. Al llegar al rellano, soltó con una voz jovial:

—Venga, empollad mucho y dormid. ¡Os quiero, besos!

—Nosotros también, besos, duerme bien —respondieron a coro sus hijos.

Cuando eran pequeños, hacía su ronda de besos de buenas noches empezando por una habitación diferente cada noche. En aquella época la vida aún se anunciaba radiante.

Élise

Jueves por la mañana, Cernay-la-Ville

Liliane no había despegado los labios durante el desayuno. Había ingerido su té-tostada con mantequilla-yogur natural, y declarado con un tono glacial:

—Me voy a visitar a MI HIJO. ¡No hace falta que se moleste, Hélène, mañana por la mañana iré a buscar a Geneviève al aeropuerto!

El zumbido del motor del pequeño Toyota, el que conducía Hélène, que pasaba del BMW, demasiado lujoso, se alejó. Lo habría preferido en rojo. Arnaud había gritado: «¿Y por qué no pistacho con lunares amarillos?». Así que el coche era gris, un color apropiado. Gris como una mañana de invierno. Gris como su vida.

—Parecía hecha una furia, ¿no? —se interesó Margot.

—Hum... anoche nos enzarzamos un poco.

—¿Sobre qué? —quiso saber Hugo.

—Pues... iba a hablaros de ello... no sé por qué salió después de la cena... quizá porque tenía ganas de tocarle las narices de manera inconsciente...

—Eso tiene su lado bueno —afirmó su hijo con una sonrisa—. Y hablo como experto. De todas formas, no hay que abusar. Lo he comprendido hace poco.

Hélène tuvo la impresión de tener de repente a un hombre frente a ella. Ya no un adolescente belicoso. ¿Qué había ocurrido? Tal vez le haría la pregunta

un día.

—... Le anuncié que empezaba un módulo profesional de charcutería y *catering*.

Margot la miró, con los ojos como platos, la boca entreabierta de estupefacción. Hugo verificó:

—Mmm... ¿Quieres hacer salchichas, morcillas, jamón, abrir una charcutería, esas cosas? Está superbién, no digo que no.

Hélène no pudo contener la risa:

—No, es la parte de *catering* la que me interesa. Estoy segura de que me apasionará. Me gusta cocinar... Sois mayores, pronto tendréis vuestra vida y yo me quedaré sola. No es en absoluto un reproche, de verdad que no. Es el orden natural de las cosas... Margot vigila su línea constantemente y vuestro padre pasa. Si le sirviera hamburguesas del McDonald's con patatas fritas todas las noches estaría encantado. Quiero unir lo útil a lo agradable: hacer lo que me gusta y convertirlo en una profesión.

Un breve silencio y luego Margot exclamó:

—Es genial, mamá. ¡Yo te ayudo con el plan de negocios!

—Es una idea cojonuda, muy guay. ¿Prepararás cosas no muy caras para los estudiantes que están hartos de la asquerosa comida del insti? Puedo hacerte una publicidad de miedo —prometió Hugo.

Hablaron de ello varios minutos más, entre carcajadas, sugerencias estrambóticas y consejos de titala-sensata. Se marcharon para sus clases respectivas. Hélène estaba feliz. Más que eso. Había leído la admiración en sus miradas. Sus hijos la querían mucho, nunca había dudado de ello. Pero ahora acababan de descubrir a una mujer dispuesta a defender sus aspiraciones, dispuesta a ir al frente, aunque se tratase de un pequeño y poco temible frente. Una mujer que decidía su futuro. Sin duda serían menos complacientes cuando mencionara su voluntad de divorciarse. Aunque no estaba segura de encontrar su oposición. Margot y Hugo notaban que no era feliz. La vida pasa deprisa. Mejor no perdérsela de principio a fin.

Canturreaba colocando los platos y los cuencos en el lavavajillas. Por su cabeza desfilaban ideas de recetas. Hugo tenía razón. Tendría que prever buenos platos para los adolescentes voraces y sin blanca. Y luego menús

fusion chic para los ejecutivos con prisa. Una energía que no había experimentado desde hacía mucho tiempo la invadía.

El sonido del teléfono resonó cuando se preparaba para darse una ducha.

—¿Diga?

—...

Ruiditos, como inspiraciones trabajosas, entrecortadas.

—¿Diga?

—...

Se disponía a colgar cuando una voz logró articular:

—Soy Élise.

—No parece encontrarte bien. ¿Estás constipada?

Élise Leclerc era una de sus escasas amigas y, en todo caso, la única que se había hecho durante los cursos de pilates a los que había asistido algunos años antes. Se veían de vez en cuando, en ocasiones comían juntas en Rambouillet. Sin ser realmente amigas —Hélène ya no tenía ninguna—, se apreciaban y confiaban la una en la otra.

—No, estoy llorando desde anoche. Tengo los ojos hinchados y la pinta de un renacuajo abotargado. He echado a Éric de casa. Pido el divorcio. ¡Y puedo asegurarte que me lo voy a cargar! ¡Acabaré con él!

—¿Qué?

—¿Puedo pasar a por un café y un hombro compasivo sobre el que sollozar?

—Por supuesto. Ven.

Hélène se duchó rápidamente. Élise era una mujer inteligente. Llevaba una pequeña tienda muy agradable de velas, jabones artesanales y perfumes personalizados. No era una belleza, pero lo compensaba con una especie de resplandor interior que había gustado de inmediato a Hélène. Élise era la clase de mujer que siempre disculpaba a todo el mundo. Una buena persona. Por ello, que declarase que iba a cargarse a su marido resultaba sorprendente. Éric, su esposo, era consejero patrimonial en un gran banco privado. A Hélène le recordaba a una musaraña flacucha. No obstante, el amor no se discute.

Se precipitó para abrir al primer timbrazo y se adelantó para besar a su amiga, que retrocedió declarando:

—Eh, no... me he pasado la noche en internet... pero hay cosas que todavía debo comprobar.

—Entra. No entiendo nada.

Élise se sentó a la mesa mientras Hélène servía el café. Se sorbía los mocos y se frotaba los hinchados párpados.

—En realidad... preferiría un whisky bien lleno, si no te molesta.

Hélène se abstuvo de recalcar que apenas eran las nueve pasadas.

Élise se bebió la mitad de su generoso vaso y agachó la cabeza.

—Bueno, voy a tratar de explicártelo... Mi cabeza es un caos. Tú pondrás la información en orden. Así que he echado a Éric, pido el divorcio y lo llevo a juicio. Además, nunca ha sido capaz de hacerme un hijo (es él el que es estéril) y no quería adoptar. Siempre se negó a que intentásemos la fecundación asistida con el espermatozoides de otro hombre. Francamente, ¿cree que sus genes de mierda merecen ser conservados? Yo deseaba tanto tener un bebé. Yo... cedí porque lo amaba. ¡Menuda gilipollas, qué gilipollas he sido! Me detesto. Oh... ¡lo odio, lo odio tanto! Mi padre está furioso contra él y ya conoces a mi padre... En fin, no lo conoces, pero puedo asegurarte que bajo su apariencia de abuelo afable, no bromea. Pese a sus setenta y dos años, cualquiera que la tome con sus tres hijas se lleva una buena paliza. No tiene miedo de nada, mi padre.

—Deberías comer algo dulce, Élise. El whisky te caerá como una bomba si no.

—Sí, gracias. —Engulló una galleta de mantequilla y tendió su vaso antes de precisar—: Tendrás que desinfectarlo. Pero antes sírveme otra vez, por favor.

Hélène, estupefacta, obedeció.

—Espera, no entiendo nada. No tendrás la peste, ¿no?

—No, el sida. Recibí los resultados anoche.

Hélène se dejó caer en la silla y la miró fijamente, con total incompreensión.

—En fin... no has... en fin...

—¡Los revolcones de ese cabrón de Éric! No sólo me ponía los cuernos a diestro y siniestro, sino que además no usaba condón. Lo demando por poner

en peligro vidas ajenas y tentativa de envenenamiento.

Hélène no pudo reprimir el comentario idiota que se le ocurría:

—Él... nunca me pareció... irresistible.

—No, tiene un careto de figón y, en la cama, puedo asegurarte que no es para tirar cohetes. No obstante, tiene montones de soplos financieros que algunas inversoras codician con avidez. Venga, una pasadita por el catre, sale mucho menos caro que un porcentaje. Se sentía pachucho desde hacía un tiempo. El lunes pasado exigí asistir a la consulta con su médico. Se negaba con una obstinación sospechosa. No di mi brazo a torcer. Fue entonces cuando supe que era seropositivo. Ese cabrón no me había dicho nada. Me hice el test. Yo también soy seropositiva.

—Oh, mierda... oh, querida... ¡oh, menudo marrón! —Se recobró de inmediato—: Espera, leí un extenso artículo sobre el tema, ya no recuerdo dónde. En primer lugar, no se transmite por la saliva. En cuanto a tu vaso, el lavavajillas a sesenta grados lo destruye todo o casi todo, por si las moscas. Francamente, sería mucho más cuidadosa con una tuberculosa, y más teniendo en cuenta que esa enfermedad cada vez resiste más a los antibióticos. En segundo lugar, la triterapia es supereficaz y según lo que he entendido, al cabo de un cierto tiempo de tratamiento, los seropositivos ya no son contagiosos para los demás. De todas formas, en efecto, ¡qué tío más cabrón! ¡No tomar precauciones, contagiar a su mujer... un cerdo!

—Exactamente. Además, me quita la última oportunidad de tener un hijo. Tengo cuarenta y un años. Podía ir a España o a Bélgica, a que me inseminaran artificialmente, tener a mi bebé. Ahora nunca me atreveré. Tendría demasiado miedo de contagiar a mi pequeño. Te aseguro que Éric pringará, por esto y por lo demás. Iré hasta el final. —Se enjugó los ojos con el dorso de la mano, y luego—: ¿Seguiremos siendo amigas? Porque... voy a necesitar apoyo... y... no conozco a mucha gente en quien confiar.

—¿Estás loca? Por supuesto. ¡Para que lo sepas, no nos acostamos juntas! En cuanto al beso de tornillo, no me tienta excesivamente con una mujer, aunque la saliva no sea un vector. En otras palabras, no veo cómo podrías contagiarme.

Reventaron de risa. Entre risas y lágrimas, Élise se sonó, tragó otra galleta

y acabó soltando:

—Bien... quería decírtelo de viva voz y... otra cosa. Hace tres años, en primavera, Éric me invitó para un fin de semana de enamorados a ese hotelito con encanto de Saint-Arnoult-en-Yvelines. Un lugar muy cuco. ¡El muy cabrón! —exclamó de repente—. Estábamos sentados a la mesa en el extremo del cenador, bajo las camelias, portavelas con esencia de toronjil sobre las mesa, semipenumbra propicia para los amantes, blablablá. Lo siento mucho, Hélène... sería demasiado grave que continuase callándome. Llegó una pareja y no nos vio. Nosotros sí. Arnaud y una joven rubia que no era ni su hermana ni su prima pequeña. Una cita sexual evidente con habitación después de la cena. No pararon de besarse y de magrearse. Estábamos muy incómodos... Viéndolo con perspectiva, creo que yo era la única violenta. Éric debía de pensar que le convendría alejarse un poco más para ahorrarse esa clase de desventuras. Arnaud no nos vio hasta que nos levantamos para ir a nuestra habitación. Fingió no conocernos, tipo: «No, no soy yo, sólo un doble». Yo no sabía si debía decírtelo. Éric me disuadió. Según él, los asuntos de pareja pertenecían a las parejas y sólo a ellas. No íbamos a provocar un escándalo cuando tal vez estabas al tanto y lo consentías. Hoy entiendo mucho mejor su complacencia. No sé si Arnaud ha sido tan ligero, inconsecuente, irresponsable como Éric... pero...

Hélène la miró. No había pensado en ello ni un segundo, aunque sabía que ella también había sido engañada. Conmovida por esta confesión, soltó:

—Élise, te lo agradezco, de verdad. Por tu silencio, entonces, y por tu franqueza, hoy. Habrías podido callarte que eres seropositiva, pero has preferido prevenirme. Es algo muy valioso. De hecho, encuentro que no somos demasiado íntimas. Debemos remediarlo, porque, para no esconderte nada, estoy bastante... sola. Ya no tengo amigas.

Élise tendió la mano y Hélène la apretó entre las suyas.

—Yo también, Hélène. Sola hasta un punto que no imaginaba.

—Debemos ser dos. Te ayudaré todo lo que pueda. Por lo que respecta a Arnaud, hace casi dos años que sospecho que me engaña. Debería haber hecho una escena, gritar, amenazar... o al menos asegurarme de ello. ¿Por qué no dije nada? He pensado mucho en ello desde que está en el hospital. En

realidad, es una consecuencia de mi falta de autoestima. Si yo no valgo la pena a mis propios ojos, ¿por qué iba a pensar él lo contrario? No sé de dónde viene esta infravaloración de mí misma. He tenido unos padres y un hermano cariñosos, que me valoraban. ¿Está en mi cabeza, estoy mal de la azotea? ¿O acaso es el insidioso trabajo de zapa de mi suegra y de mi marido? Se ha terminado definitivamente. ¡Yo valgo la pena! Valgo un montón de cosas.

—¡Ya lo creo! ¡Y yo también!

—Élise, te lo agradezco, de verdad. Imagino que para ti no ha sido fácil. No había pensado en ello. Hoy mismo iré a hacerme un análisis.

—Puedes comprar un autotest en la farmacia. Tienes el resultado en menos de media hora y es más... discreto. No lo sabía. Estaba en tal estado que me fui corriendo a hacerme las pruebas de detección. Fueron ellos los que me comunicaron la existencia de este nuevo test.

—Hum... lo prefiero. Te mantendré informada de los resultados. De todos modos, nos hemos convertido en verdaderas amigas. Unidas como los dedos de la misma mano. Si necesitas lo que sea, aquí estoy.

—Yo también. En fin, por el momento, no seré de gran ayuda, porque estoy acojonada, la verdad.

—Todo irá bien. Y echa a ese asqueroso tío de tu vida.

Cuando Élise se fue, Hélène entró en YouTube y volvió a escuchar una de sus canciones preferidas. De Prince: *«Sign 'o' the times. In France a skinny man died of a big disease with a little name»*.^[5]

No. Pese a sus defectos, Arnaud no podía haberla puesto en peligro intencionadamente. Y todavía menos a sus hijos. No, no lo creía. Él no.

Aun así pasaría por una farmacia, diferente de la suya, esa tarde, después de la visita al hospital.

Extraño. No había comunicado a Élise su decisión de divorciarse de Arnaud. ¿Por qué? Se negó a seguir interrogándose. Se negó a pensar que «decir» es insuflar vida a un pensamiento, darle testigos y, por tanto, una realidad más exigente.

Alice

*Jueves al mediodía,
hospital de Rambouillet*

Arnaud reconoció de inmediato la estela perfumada de notas muy sensuales, un poco pesadas para su gusto, la de Alice. Alice Chevalier, treinta y un años, su amante del momento, y la secretaria y examante de Xavier. Alice era madre soltera de una chiquilla de seis años llamada Ninon. La alta y espigada morena era una excelente profesional, una chica seria, inteligente y que comprendía rápidamente.

—*Una estela es el rastro que deja un barco, o una persona. Por tanto, detrás. ¡No que la precede!* —rectificó la Zona de Combate, irritada.

—*Déjame en paz, ¿quieres? No irás a darme una clase, ¿no?*

—*Bueno, no te iría mal.*

—Hola, jefe. Se te ve como una rosa y fresco. Pensaba que me encontraría con un moribundo.

Oyó cómo se sentaba y observó que no le había dado un beso.

—Llevo días pensando en venir a verte, en serio. Para no ocultarte nada, desde tu accidente en la oficina reina un cierto caos. Además, quería comprobar una cosa, pero era demasiado complicado para mis competencias y pedí ayuda a un buen amigo... bueno, más que un amigo. Lo que tengo que contarte es un poco inconexo en mi mente, pero lo conseguiré. He tenido un sueño totalmente loco. Ya te había dicho que a veces tenía sueños asombrosos, muy intensos y precisos.

—*Yo también, cuando he bebido demasiado* —bromeó.

—Antes tengo que confesarte algunas cosas.

—*Ah, no, ¿con qué me saldrá ahora?*

—Te tengo bastante cariño, Arnaud. Bueno, es sexo relajado, sin agobios, entre adultos consentidores, sin falsos pretextos ni ataduras por ambas partes. Durará lo que durará y no tiene ninguna importancia. Me sienta bien, no es que mi vida sea muy divertida, por otra parte.

—*Vaya, ¿ni siquiera te había seducido?*

—*¡No es el momento, mentecato!*

—Creo que eres un tipo con las ideas claras y que, en todo caso, no eres retorcido... En fin, hablo de la mentalidad. Sexualmente tampoco. Te clasifico entre los buenos amantes...

—*¡Pues claro que no soy un perverso y que follo bien!* —se sublevó.

—... aunque los he conocido mejores...

—*¡Toma, bien dicho!* —se regocijó la Zona de Combate.

—... Llego a mi sueño de hace dos noches. Estábamos en una habitación de hospital bastante fea y deprimente. Nada que ver con ésta. Estabas tumbado, con respirador, gotero, monitores. Eso es bastante parecido. Te hablaba y, bruscamente, otro tú flotaba a algunos centímetros del techo y me respondía. Me han dicho y repetido que no oías ni sentías absolutamente nada. Salvo que desde que tuve ese sueño tengo una duda. ¿Y si fuera premonitorio, adivinatorio? No conozco la palabra adecuada.

—*¡Lo es!* —gritó Arnaud—. *¡Estoy aquí, Alice, te oigo!*

—Así que decidí revelarte lo que había descubierto gracias a mi amigo, experto contable, que se reunió conmigo a las nueve de la noche en el curro, después de cerrar, y cuando todo el mundo se había ido. No sé si encontraré el valor de repetírtelo cuando hayas salido de aquí. Porque él es un perverso XXL, un mentiroso, un mentiroso de primera bajo su apariencia de don Guay. Para no ocultarte nada, me acojona un poco desde que lo conozco mejor. Creo que es un poco psicópata... y no sólo.

—*¿Quién, el amigo?*

—*¡Xavier, majadero!* —rugió la Zona de Combate.

—Ha amañado la contabilidad de forma bastante astuta, un chanchullo con

el IVA intracomunitario, y puedo asegurarte que en caso de inspección estás metido hasta el cuello, porque lo ha hecho a través de tu autorización en el sistema informático. Desconozco cómo ha conseguido tu contraseña. Quizá acostándose con Sabine. Está loquita por él, incluso después de que le diera pasaporte como un zapato viejo. No quiero parecer una víbora, pero nunca he pensado que fuera una lumbrera.

—*Sabine, tu secretaria. ¡Error profesional grave, tesoro!*

—Hacía semanas que sospechaba algo, porque aparecen ciertos importes sobre el IVA abonados en cuenta, cuando no deberían figurar. No grandes sumas, pasa desapercibido. En resumen, lo que el fisco llama el baile del IVA, y que los vuelve agresivos, con toda la razón. A fin de cuentas, representa dinero y un importante fraude que van a encasquetarte a ti. Vuelvo a mi sueño, y ahora es cuando se complica...

—*Es verdad que desde hacía una semana nos faltaba un poco de chispa*—ironizó la Zona de Combate—. *Arnaud, ¿no estarás durmiendo?*

Estaba completamente despierto y el instinto le decía que la continuación sería devastadora.

—En mi sueño, no dejabas de afirmar que Xavier quería matarte, literalmente. Liquidarte, vaya. Repetías: «Ayúdame, Alice, ayúdame». Es de locos, porque precisamente es lo que estaba haciendo con mi amigo contable. No he olvidado tu amabilidad cuando le diagnosticaron dispraxia a Ninon. Sin embargo, entonces no nos acostábamos. Aparte de ti, poca gente me ayudó, y desde luego no mis padres. Es inútil alargarse sobre ello. En resumen, ¿estás seguro de que el coche se salió de la carretera a causa del hielo? Es una hipótesis muy grave, una acusación terrible, inspirada únicamente por un sueño, así que no la repetiré. Sin duda estoy desvariando. No obstante, sólo espero que la primera parte del sueño en cuestión tuviera un fondo de verdad y que puedas oírme y... tener cuidado. ¿Sabes?... desde hace bastante tiempo me pregunto si Xavier no estará enamorado de Hélène. Se pone frenético cuando ella viene a la oficina. Por otro lado, que un tío como él pueda querer a alguna otra persona me sorprende. A menos que todo se reduzca a ti, a las ganas de Xavier de superarte, de ser más poderoso que tú. Por tanto, como buen psicópata, también tiene que reconquistar a tu mujer. Tiene que despojarte, y

eso incluye la esposa y la empresa. Uf, ¡esto va mucho mejor! En fin... para mí. Tengo un enorme peso menos sobre el pecho. Bueno, jefe, te dejo. ¡Mogollón de curre! Arnaud... guárdate las espaldas. No lo conoces.

Le plantó un beso amistoso en la mejilla. La estela —esta vez sí que se trataba de una huella perfumada— persistió un buen minuto más después de que se fuera.

—*¡Vaya, qué fuerte! ¿Normalmente Alice es de las pelín lunáticas? Ya sabes, ¿pensamiento mágico y posos del café?*

—*En absoluto. Muy tranquila, al contrario. Pero es una intuitiva* — respondió Arnaud con un tono tan débil que la Zona de Combate se preocupó.

—*¿Estás bien?*

—*¿Bromeas? No sólo Xavier había pensado «hundirme» según sus palabras, sino que ya ha puesto en marcha su estrategia, y además...*

—*Querría acabar contigo, literalmente. No saltemos a las conclusiones. Se trata de un sueño. No obstante, personalmente, en su lugar y en sus condiciones mentales, aprovecharía que eres una larva, incluso aún menos reactivo, sobre todo porque debe de saber que vas a recuperarte. Se acabó, la fantasía de la viuda desconsolada que quizá caerá en sus brazos* — concluyó.

—*Por fin he entendido que tú eras yo, pese a tu voz de pánfila. Así que es mi opinión, y la comparto. Si por casualidad... ¿estás segura de poder provocar un síncope reflejo a tiempo?*

—*Sí. No olvides que soy tu Zona de Combate. Uno combate con los medios de los que dispone. Por el momento los míos se limitan a esa clase de respuestas. Pero mira, es eficaz. Llega corriendo una legión de enfermeras.*

—*Si... si fuera verdad... ¿cómo lo habría hecho? El truco del punzón en el depósito del líquido de frenos o las tuercas de las ruedas aflojadas... Supongo que cualquier perito de seguros lo detecta al momento.*

—*Escucha, tesoro, soy tu zona de supervivencia. ¡No trabajo de mecánico!*

—*¡No tengo ganas de bromas!*

—*No bromeo en absoluto. Todos mis intermitentes están en rojo. En rojo*

vivo.

Geneviève

*Viernes por la tarde,
hospital de Rambouillet*

El sonido de alguien que se sorbía los mocos ruidosamente sacó a Arnaud de ese lugar de denso silencio al que se retiraba su conciencia. Acababa por apreciarlo y en ocasiones deseaba alcanzarlo. Apenas se daba cuenta de que lo lavaban, le inyectaban chismes, que le cambiaban el gotero, que le tomaban la tensión. Ya no prestaba atención a las conversaciones del personal sanitario. No se dirigían a él. Sobre todo, entonces olvidaba las revelaciones, las confesiones de todos e incluso las amenazas de Xavier. Juraría que esa saludable desconexión estaba programada por la Zona de Combate. Así le ahorraba horas de cavilaciones estériles, colmadas de inquietud y de remordimientos, por el momento inútiles. Aunque había asimilado la idea de que era una parte de él que siempre había ignorado cuidadosamente, le gustaba bastante imaginársela como una invitada privilegiada de su cerebro. Así tenía la sensación de que una segunda entidad velaba por él. La unión hace la fuerza, o al menos eso esperaba. Una reacción bastante infantil, pero ¿acaso no se hallaba reducido a la condición de bebé indefenso?

—¡Oh, querido mío! Me angustié mucho. Sophie también. Me ha llamado casi todos los días. No puedes saber el alivio que sentimos cuando Liliane nos informó del diagnóstico.

Querida tía Geneviève. Era adorable. De hecho, salvo que se conociera su relación de parentesco, resultaba difícil creer que la madre de Arnaud y ella

fueran hermanas. Geneviève era bastante alta y corpulenta, con el cabello castaño claro en su juventud, Liliane, menuda y morena. A su tía le gustaba reír, hablar, bailar y disculpaba a todo el mundo. Liliane era más severa, combativa. Sin duda su vida conyugal las había modelado de manera diferente. El marido de la tía Geneviève había sido un osito de peluche bondadoso, aunque gestionaba sus negocios con maestría. El padre de Arnaud había resultado ser un blandengue, incapaz de hacer frente a lo que fuera, alguien que se rendía en todo. Liliane había tenido que coger el toro por los cuernos antes incluso del suicidio de su marido, cuando Arnaud no era más que un crío. Su prima Sophie, cinco años más pequeña que él, se parecía a su madre Geneviève, en más rubia y más grácil. Vivía en Australia con su marido y sus hijos. Un encanto, ella también. Los dos primos siempre se habían entendido muy bien, salvo algunas acaloradas riñas sobre el reparto de los caramelos. Arnaud consideró que su parte debía ser más grande, puesto que era el mayor. Sophie nunca cedió, a pesar de su carácter conciliador y dulce. Como eran hijos únicos, habían encontrado en el otro a la hermana pequeña o al hermano mayor. Su marcha para el remoto y gran continente había entristecido a Arnaud. Ya sólo la veía en raras ocasiones. A veces la había echado de menos: Sophie era divertida, impulsiva y se divertía con cualquier cosa.

Geneviève se sonó sin delicadeza, y luego le alzó la mano teniendo cuidado de no desplazar el pulsioxímetro ni apretar el ancho apósito que mantenía la aguja del gotero en su mano. El gesto maternal lo conmovió de manera extraña. Pensó que Liliane siempre se había mostrado muy parca en gestos amorosos. Él también limitaba las efusiones al máximo. Hélène le había reprochado a veces su falta de ternura. Por un lado estaba el sexo y por el otro, «el estado vertical», como se repetía a sí mismo. ¿Por qué pensaba en eso?

—*Porque es importante, mucho* —observó la Zona de Combate.

—*Según tus declaraciones, te ocupas de la supervivencia. ¿También te dedicas a la sección de los corazones desconsolados?* —la reprendió.

—*¡Ah, qué agotamiento! Es lo mismo, tesoro. En fin, no puede haber una sin la otra. Nunca sobrevivimos tan bien como cuando amamos y nos aman. Como acaba de entender Hugo, más listo que tú, nuestras emociones nos*

modelan o nos destruyen. Todo esto alimenta nuestro cerebro, modifica nuestra bioquímica, que a su vez modifica nuestras emociones. En resumen, toda nuestra biología y nuestras emociones interactúan a la velocidad del rayo y, como consecuencia, crean lo que somos, en lo que nos convertiremos... o no.

—Liliane me ha dejado aquí. Se reunirá con nosotros más tarde. Ha ido al peluquero. Me viene bien. Lo hablé ayer con Sophie... Sí, ella está al tanto. Entre nosotras no hay secretos. Está de acuerdo conmigo: ha durado demasiado...

—*Ay, ay, colega. ¡Me parece que volvemos a empezar!*

—Por otro lado, le había prometido a Liliane guardar el secreto. Ya la conoces, es muy difícil resistirse a ella, y más teniendo en cuenta que sólo te deja en paz cuando haces lo que ella ha decidido. Tiene sus ventajas, pero a veces se hace difícilmente tolerable.

—*Que no... ¡Mamá no es tan dictatorial! En fin, se trata de un juicio exagerado.*

—*Mi consejo: escucha a tu tía.*

—Para nadar y guardar la ropa, y aunque sea muy egoísta, lo admito, he pensado que decirte la verdad mientras estuvieras en coma me aliviaría sin despertar la ira de mi hermana. Se trata de Théa, tu primer gran amor.

Arnaud sintió cómo su ritmo cardiaco se aceleraba. Espantado, ordenó a la Zona de Combate:

—*¿Eres tú la que provoca esto? ¡Para! Quiero oír hasta el final. Calma mi corazón, ahora. Se activará la alarma del monitor y vendrán y le pedirán a mi tía que se vaya. ¡Páralo ahora mismo!*

—*Hago lo que puedo* —respondió una voz aterrada—. *Mi función consiste en evitarte estrés dañino en este momento. Estoy programada para eso.*

—*No es un estrés dañino, sólo es una emoción muy fuerte e inesperada.*

—*Machote, con frecuencia es lo mismo, ¡lo que te niegas a admitir!*

El ritmo se sosegó. Geneviève prosiguió:

—La conocí bastante poco. Me parecía encantadora. Liliane me contó que te dejó por otro hombre. Confieso que me sorprendió y decepcionó. Sophie

estaba muy afectada, sobre todo porque percibía tu dolor. En resumen, hace de esto cuatro o cinco años, Liliane recibió una carta. Vi cómo palidecía al leerla. Le di tanto la lata que terminó por revelarme su contenido. Se trataba de una carta de la madre de Théa que anunciaba su defunción... un accidente de esquí. No sabía dónde localizarte, pero conocía nuestra dirección. Sin duda por internet, puesto que también vendemos nuestros vinos en línea y Sophie creó un perfil Facebook para el viñedo.

—*¡Mantén mi corazón, estabilízalo, te lo ruego!*

—*Me estoy esforzando, te lo aseguro. Me está costando horrores porque sientes un profundo pesar. Cálmate. Recuerda que ya no la amabas. Lloras sobre el recuerdo del infinito amor que sentías por ella. Cálmate. No puedo hacer milagros. Si tu cerebro sufre, se desconectará. Es más fácil cuando estamos en pie, con un dominio total de nuestros actos. Arreas un patadón a una pared, te bebes una copa, insultas a alguien, gritas o te vas a pasear durante una hora. En resumen, existen montones de maneras estúpidas pero eficaces para apartar el dolor, para debilitar su efecto pernicioso. No en nuestro caso, Arnaud. Hago lo que puedo.*

Geneviève titubeó:

—Francamente, no entendí a mi hermana. Se cerró como una ostra y decidió que no te diríamos nada. Una vez más, ya la conoces. En esos casos, se convierte en un auténtico muro.

—*¿Por qué mamá hizo algo así? Habría llamado a la madre de Théa para transmitirle mi pena, mis remordimientos, mi... Le habría preguntado si su hija había sido feliz con ese hombre al que amaba más que a mí. Ni siquiera sé si tuvo hijos. ¿Estaba divorciada o no? ¿Seguía viviendo en Francia? ¿Había conseguido ganarse la vida con su pintura, su sueño? Me habría gustado tanto saber más cosas sobre ella.*

—Se enfureció y me soltó: «¡No quiero que volvamos a hablarle de esa chica! Lo traicionó, le puso los cuernos y él fue terriblemente desdichado. ¡Nadie la mencionará, me oyes!». Quemó la carta. Lo recuerdo como si fuera ayer. Estaba fuera de sí. Creo que nunca perdonó a Théa vuestra ruptura. Liliane tiene sus defectos, pero no puede negársele que se transforma en una tigresa cuando se trata de ti. Hélène es una santa por aguantarla. Para mí es

más fácil. Para empezar, soy su hermana, y sobre todo, ¡no soy más que la tía de su hijo!

—*Aun así... Debería habérmelo dicho, permitirme llamar. Théa, Théa, descansa en paz, cariño mío.*

—*Las personas a las que amamos nunca mueren completamente, Arnaud. No sé cómo explicártelo, pero lo descubrirás gracias a Théa.*

—*¿Crees en Dios, en las almas, en una especie de... permanencia, después?*

—*Oh, no vamos a entablar un debate teológico en este momento. Soy tú menos inhibido, menos cargado de certezas, y sobre todo de miedos. En otras palabras, eres tú quien debe reflexionar, profundizar por nosotros dos. Eres tú quien tiene que abrir tu mente, tu inteligencia para que yo pueda aprovecharlo. Si supieras lo acomplejado que estás. No sexualmente, en eso estamos de acuerdo. Dicho esto, echar un polvo está al alcance de cualquier lagarto o mosquito, aunque sea agradable, no voy a pretender lo contrario. De todos modos, si supieras cómo restringes el campo de tu mente. Vale, sí, las inhibiciones no tienen sólo un lado malo. Vienen de nuestra educación en general y de nuestras interacciones con los demás. Cuando trazan una línea roja, infranqueable, entre lo que podemos y lo que es inviable hacer porque es criminal, inmoral, feo, con absoluta objetividad, constituyen una magnífica baza. Cuando nos chupan la vida obligándonos a respetar convenciones ajadas y sin objeto, hay que desecharlas. Abre tu mente y explora. Las posibilidades son tan vastas, innumerables. Dios es una de ellas, sobre la cual no podremos ahorrarnos una verdadera reflexión, sea cual sea nuestra conclusión al respecto. Una vez más, ése no es el tema en este momento. Aun así aprovecho para decirte que me has matado de hambre durante casi cincuenta años. Me he marchitado. Me alimento de reflexiones, de preguntas, de aportaciones exteriores, de gimnasia intelectual. Me importa un bledo saber si la lengüeta de apertura de una caja de cartón debe ser reciclable o no.*

—*¿Te caigo bien, o me detestas, me desprecias?*

—*Ya lo veremos, Arnaud.*

«Hélène es una santa por aguantarla», había dicho Geneviève.

La frase permaneció suspendida en el espacio durante bastante tiempo. No, ya no amaba a Théa y desde hacía mucho más tiempo de lo que había creído, o quizá temido. En el fondo, se había convertido en una fantasía, una especie de amuleto, después de haberle dado pasaporte de una manera bastante poco elegante, sin explicarse nunca, o, por qué no, pedir disculpas. Una especie de salvaguarda, de ahuyentador bastante malsano ahora que pensaba en ello. Théa había condicionado sus futuras relaciones sentimentales. Se había llevado un tremendo chasco, había salido mentalmente apaleado, con grandes moratones en el alma. Así pues, era preferible conceder sólo una confianza relativa a las demás mujeres y amar con prudencia y parsimonia. Después, nunca más había sufrido ni tenido la devastadora sensación de que una parte de sí mismo acababa de morir.

—*Hum, hum... Por otro lado, seamos francos: anda que no te has aburrido sin ni siquiera darte cuenta. Ya conoces la máxima estadounidense: no pain, no gain.[6] Has dejado escapar a Hélène y eso creo que es realmente una lástima.*

Con una voz que él mismo consideró un poco patética, arguyó:

—*Théa fue un auténtico cataclismo en mi vida, ¿sabes? Era joven, de acuerdo. Creía en el amor eterno. Te aseguro que ella es en parte responsable de mis relaciones con las mujeres. En aquel momento, creí que nunca me recuperaría de su marcha. Te recuperas siempre de todo, o casi. No obstante, deja secuelas. Piensas que la próxima vez te protegerás mejor.*

—*¿Théa? ¿De verdad?*

—*¿Qué quieres decir?*

—*Nada más que lo que acabo de expresar. La continuación no tardará. Volveremos a tener esta conversación. Más tarde.*

—*No puedes irte por la tangente, ¿qué quieres decir?*

—...

—*Eh, Zona de Combate, ¿qué quieres decir? ¡Responde, es una orden!*

—...

—*¡Mierda, responde! ¡Eres una tocacojones!*

—...

Xavier

Viernes por la tarde, un poco más tarde, hospital de Rambouillet

Un olor de desodorante masculino especiado. Xavier. El cerebro de Arnaud se acurrucó.

Una voz indiferente, divertida, casi feliz susurró:

—Así que, colega, parece que vas a recuperarte, que todo volverá a la normalidad. Me alegro por ti. Pero eso no conviene a mis negocios. Ya me veía sosteniendo a una Hélène azorada, ahogada en lágrimas, y acompañándola hasta el cementerio. Y luego le habría preparado una infusión. La habría arropado. La habría invitado a cenar a un restaurante, dándole golpecitos en la mano. Y luego, poco a poco... ya te lo dije, puedo ser muy paciente. No, realmente no me conviene.

—*¡No me gusta nada su tono! ¡Algo va mal!*

—*Espera, quiero que hable, saber si realmente ha manipulado el coche.*

—*No. Nos desconecto. Cuidado, los avisadores van a empezar a pitar.*

—*Dos minutos, te lo ruego.*

—*No, es inteligente, listo, como demuestra la contabilidad sobre el IVA. Si desvía el respirador y presiona el pulsioxímetro con el índice para hacer creer que estás bien, en dos minutos estamos apañados. Soy sensible, Arnaud, tú también. Vale, tú todavía no terminas de saberlo. No asistiré a una tentativa de asesinato en directo.*

—*Exageras. Lo más probable es que nos estemos montando una película*

a causa de un simple sueño. Los he tenido mucho más angustiosos.

—Puede ser que tengas razón. No obstante, prefiero adelantarme. Tú no tienes nada que decidir en este tipo de circunstancias. Soy yo quien lo controlo. El cerebro es la máquina más magnífica que existe, ¿sabes? Estoy aquí para protegerte, incluso contra tu voluntad. Allá vamos. Nos provocó un síncope reflejo de los buenos. Agárrate que empiezo.

—Francamente...

—Cae el telón.

La adrenalina se propagó, su ritmo cardiaco dio un bandazo y se disparó. Una especie de enorme masa parecía pesar sobre su pecho. Su respiración se volvió laboriosa. Un océano hostil lo rodeaba e intentaba ahogarlo.

La voz tenue y lejana de la Zona de Combate se hizo oír:

—Sé lo que hago. Déjate engullir. No corres ningún peligro. Estoy aquí.

La oscuridad, de nuevo. La nada, una vez más.

No oyó el jaleo de las alarmas, la carrera de las enfermeras, la marcha precipitada de Xavier, expulsado de la habitación sin miramientos.

Hélène VII

*Viernes a media tarde,
hospital de Rambouillet*

Chanel. Llevaba Chanel, pero no recordaba el nombre. Acababa de lavarse el pelo. Con su perfume se mezclaba el olor a almendras dulces de su champú.

—Hola, Arnaud...

Definitivamente, ya no era «cariño» o «mi amor».

—Élise Leclerc... Ya sabes, la amiga que me hice durante las clases de pilates... No, claro, lo has olvidado. Lo que me atañe tiene una importancia tan nimia... En tu descargo, reconozco que no hago nada realmente palpitante.

—*Que no...*

—*Que sí, Arnaud. Pero bueno, un poco de honestidad, hombre* —estalló la Zona de Combate.

—Resumiendo, su marido le ponía los cuernos con una... tenaz dedicación y le ha transmitido el VIH. Habías... recompensado los buenos servicios de una de tus amantes invitándola a un hotelito de Saint-Arnoult-en-Yvelines una noche en la que ellos estaban cenando allí. Élise me puso en guardia. Yo no lo había pensado. He comprado un autotest esta mañana. Soy seronegativa. No vayas a creer ni mucho menos que te agradezco que hayas tomado «tus precauciones», como se dice. Élise está en pie de guerra y va a machacar a Éric. Le doy la razón. No es una cuestión de dinero. Por una vez, se trata de hacer saber que no somos felpudos.

—*Siempre tuve mucho cuidado, Hélène. No te mentiré: por los chicos,*

por mí y por ti, en este orden. Nunca te he considerado un felpudo.

—¿Serás mentiroso! Peor que eso. Al menos, en un felpudo puedes tropezarte y romperte una pierna. Así que te fijas en él.

—No te deseo nada malo, de verdad que no. Pero por primera vez en mi vida, me deseo cosas buenas. Quizá si hubiera estado en esta disposición mental antes no habríamos llegado a este punto. ¿Sabes?, creo que es una culpa compartida. No puedo entretenerme. Tengo... una cita telefónica importante. Una cosa muy chunga de la que creo que saldré. Es necesario, por Margot y Hugo. Lucharé sin cuartel. Amenazan el futuro de mis hijos. No lo permitiré. ¿Puedo volverme mala persona? Creo que sí.

—¿Qué? ¿Quién, pero qué es? —exigió cuando la puerta de la habitación se cerró detrás de ella.

Alice, Sabine y Hélène

Viernes por la noche, sociedad de cartonaje Rambouillet y Cernay-la-Ville

Hélène había subido a su dormitorio, pretextando una llamada urgente a una amiga. No era mentira. Alice, la secretaria de Xavier, descolgó al segundo tono.

—Como estaba previsto, Xavier se ha ido temprano de la oficina. En este momento vaguea bastante. Cuando el gato no está, los ratones bailan. El experto se ha marchado. Ya está hecho. ¿Está usted lista, Hélène? Llegará a mi despacho en menos de diez minutos.

—Sí. Mmm... Alice, no he tenido tiempo de darle las gracias tal como deseaba después de su llamada de ayer. Es muy valiente lo que está haciendo. Es usted la amante actual de Arnaud, ¿no?

Alice no titubeó más que un segundo:

—Sí. No tiene demasiada importancia para mí, y aún menos para él. No hay ningún sentimiento, sólo algunos buenos momentos.

—Para mí la tiene. Bueno, la tenía.

—Lo entiendo. Podría decirle que me carcomen los remordimientos, pero sería una patraña. No pensé ni un segundo en usted cuando nos acostamos juntos la primera vez. Es... tan anecdótico entre él y yo, Hélène. Nunca mintió al respecto, ni yo. Es un encuentro de pieles, de ganas de relajarse, que duraría lo que duraría. Nada más. En cambio, lo que no es en absoluto anecdótico es Ninon, mi hija de seis años.

Hélène dio un largo trago de whisky. ¡No, no podía haber tenido un hijo con Alice!

—Su padre se largó cuando estaba embarazada. Da lo mismo. Yo la quería. La vida de madre soltera, con un salario medio, no es un jardín de rosas, no se lo negaré. Enseguida me di cuenta de que Ninon era de una torpeza patológica y que tenía problemas de elocución, como si las palabras le llegasen demasiado deprisa a la garganta. Es dispráxica. No se cura, pero cuando la forma es todavía bastante ligera, mejora. Salvo que eso exige terapias, rehabilitación y que cuesta un pastón.

—Lo sé... He leído cosas sobre ese tema. Es extremadamente difícil.

Alice se sorbió los mocos, suspiró y continuó:

—No puede usted hacer nada. Pero Arnaud lo hizo. Aclaro de inmediato, y lo juro sobre la cabeza de mi hija, que entonces no éramos amantes. Una tarde a última hora entró en mi despacho. Yo estaba llorando como una magdalena. Había recibido el diagnóstico algunos días antes. Se sentó y me preguntó qué me ocurría: Lloraba tanto que no conseguía hablar. No busqué pretextos de chichinabo, no estaba en condiciones. Se lo conté entre tres sollozos y dos pañuelos de papel. Se levantó y soltó: «Lo siento muchísimo, Alice. Es una jugarreta del destino. Una jugarreta cruel». Y se fue. Lo insulté, sola en mi despacho. Lo llamé de todo. Qué insensibilidad, qué indiferencia, ¿no?

—Yo...

—¡Pues no! A finales de mes, tuve un aumento de setenta euros. Es apenas el precio de su peluquero, pero para una secretaria como yo, representa una gran diferencia. Me doblaron la prima de final de año «por servicios excepcionales prestados a la sociedad». No sé muy bien en qué consistían los susodichos servicios, pero no se le hacen ascos a mil quinientos euros de más. Nunca, insisto, nunca Arnaud dio a entender que esperaba una especie de... compensación por ese dinero. Su generosidad sólo iba dirigida a Ninon. No a mí...

Se sonó de nuevo y, con una voz ahogada en lágrimas, prosiguió:

—Me pareció tan elegante. Debo decirle, Hélène, que todo el mundo me dio la patada o mantuvo las distancias, incluso mis padres. Es una lata, un crío dispráxico. Lo rompe todo. Nadie tiene ganas de invitar a la madre y a la hija.

Pero la quiero, la quiero tanto. Por lo que respecta a mi relación con Arnaud, fui yo la que dio el primer paso. Mi vida es como una pesadilla. Los hombres que pasan, cuando tienen las ideas claras, son sanos, me relajan. Arnaud nunca ha hecho ni un solo comentario desagradable sobre usted. Su hijo Hugo lo agobiaba, eso es todo. En cuanto a mí, me traía sin cuidado. No es usted una rival, y mucho menos una enemiga. Tan sólo la mujer de un hombre con quien me acuesto, que me hace sentirme bien de vez en cuando. Después, nos separamos con absoluta cordialidad.

—Por muy alucinante que me parezca todo esto, la creo y entiendo — confesó Hélène—. Y por eso me avisó de que Xavier amañaba la contabilidad y...

—Sí. Es el regalo de Ninon para Arnaud. Debemos hacer algo, Hélène, rápidamente. Ignoramos cuándo saldrá del coma Arnaud. Puede ser demasiado tarde. ¿Y si Xavier hubiera hecho una denuncia anónima al fisco? Es un pirado. Casi me da miedo, ¿sabe?

Cuando telefoneó a Hélène para revelarle la trampa montada por Xavier, Alice había dado rodeos. No, no le hablaría de su sueño, ése en el cual Arnaud le suplicaba que lo ayudara porque Xavier quería matarlo.

—No tema nada, Alice. Yo me encargo de él. En cuanto... nuestra pequeña escenificación haya terminado.

La sorprendió la tranquilidad de su voz y se felicitó por ello con un trago de excelente whisky. Temblaba un poco cuando volvió a dejar el vaso, pero se convenció de que era capaz de continuar.

—Ah, ya llega, pongo el manos libres, Hélène. No hable, no haga ruido. Escuche. Buenas noches, Sabine, ¿qué tal estás?

Una voz cortante y poco amistosa replicó:

—Bien. ¿Qué es eso tan urgente?

Hélène volvía a verla: una mujer en la cuarentena, rubia teñida, del montón, divorciada. Tenía predilección por los pendientes improbables — grandes corolas multicolores con colgantes demasiado largos—, por los escarpines bajos, de punta, con pequeños tacones de aguja que les quedan bien sobre todo a las mujeres con pies pequeños o medianos. En Sabine, bastante corpulenta, hacían pensar en una barcaza inestable.

—¿Crees que Arnaud amaña las cuentas, la contabilidad del IVA intracomunitaria? Podría costarle caro.

—Pues... no tengo la menor idea.

—Estoy muy fastidiada, Sabine. Hay un fraude, un fraude considerable. Se ha cometido con las claves de acceso al sistema de Arnaud. Es decir, con su contraseña, sus identificadores. Sólo los conocéis tú y él, a menos que...

—... ¿que qué? —respondió Sabine con un tono seco.

Se alzó la voz de Hélène, autoritaria:

—Sabine, soy Hélène Morin, *por el altavoz*...

—¡Cerda! —le espetó ésta a Alice—. ¡Nos estaban escuchando!

—Así es —confirmó Hélène—. Sabine, tiene usted cuarenta y dos años, si no me equivoco. He telefoneado a nuestro abogado esta tarde. Introducción, mantenimiento y modificaciones de un sistema informático de archivo de datos de forma ilegal, fraudulenta, sin autorización suponen trescientos mil euros de multa y tres años de encarcelamiento. Después, por supuesto, nunca volverá a encontrar trabajo. ¿La cosa vale la pena? ¿Está enamorada de Xavier? Usted le importa un bledo. La ha utilizado. Si alguien tiene que hundirse, esté segura de que la empujará por encima de la barandilla para salvar su pellejo. Piénselo. Rápido, Sabine, le concedo un minuto.

Oyó los sollozos de la secretaria de Arnaud. La dejaban de piedra. Esa mujer había intentado destrozar a su marido y, por tanto, a sus hijos. En adelante reservaba su piedad, su compasión, a quienes se la merecían.

Se terminó el vaso de whisky y anunció:

—El minuto ha pasado, Sabine. ¿Cuál es su elección? Para que este intercambio sea totalmente transparente, le aclaro que está usted siendo grabada por un aparato digital en el que es muy fácil detectar los montajes. Quiero una prueba indiscutible para la peritación, consejo de mi abogado. Por el momento, sólo es usted una cómplice y una mujer enamorada, es decir, tonta. De las que se ganan la indulgencia del juez, según él. Así pues, no recibirá usted más que una palmada en la mano. Aprovechélo, Sabine, es una oferta breve. Xavier no la amará nunca. Hace mucho tiempo que quiere follarme. Lo sé, aunque finja lo contrario. No, no me ama porque es incapaz de amar. Quiere lo que tienen los demás, aquellos cuyo lugar, cuya aura, cuya

estatura codicia. Usted no halaga su ego, Sabine. Yo sí.

En realidad, el abogado había especificado que la grabación sería mucho más procedente si no era clandestina. De ahí su «honestidad».

Al cabo de unos segundos, Sabine soltó con voz entrecortada:

—Soy gilipollas, hay que ser realmente tonta.

—No... Todas tenemos ese mismo sueño: ser la compañera, la amante, la mejor amiga del hombre al que amamos. A veces es un fracaso en toda regla. Pero mire, pienso que los hombres no tienen más suerte que nosotras. Ellos también tienen fantasías de perfección amorosa. Sea como fuere, Xavier es el peor candidato por el que decantarse. Ese hombre está mal de la azotea y eso se percibe enseguida. Pretendí ser amistosa con él porque le complacía a Arnaud. Sin embargo, nunca he podido tragarlo. Sabine, protéjase, créame. Tiene usted hijos, ¿verdad?

—Dos.

—Si usted se hunde, ¿quién se ocupará de ellos? ¿Hay un padre?

—Cuanto menos los ve, mejor se encuentra. —Un gran suspiro—. Señora Morin, allá voy: sé que me están grabando y digo la verdad. Quiero... quiero... en fin, afirmo que lo siento mucho. Le doy mi palabra de que no pensé que haría tan mal uso. Eso demuestra una ingenuidad por mi parte que raya en la imbecilidad. Pero es verdad. Xavier. Xavier Mercier, con quien tuve una relación breve e interesada por su parte... de quien he estado muy enamorada, idiota de mí... Me pidió la contraseña y los identificadores de Arnaud, que sólo yo poseía, aparte del jefe. No sabía que tramaba un plan tan repugnante. Le doy mi palabra. Sólo tenía ganas de otra noche... que me acariciase, que me hiciese el amor... Mierda, soy patética —declaró, llorando.

Alice le tendió un pañuelo de papel y preguntó:

—¿Qué hacemos, Hélène?

—Yo me hago cargo, todo está preparado. Acompáñela hasta su coche, por favor. ¿Sabine? No presentaremos una denuncia contra usted, salvo si me ha mentido o si informa a Xavier de nuestra... conversación. Pero no lo creo. Alice, sigo en línea. Tengo una precisión que darle.

Apenas transcurrieron unos segundos antes de que Alice, un poco sin

aliento, retomara:

—Está hecha una pena. ¿Cree que no la demandarán?

—Lo desconozco. En todo caso, le aconsejaré a Arnaud que no la tome con ella. Alice, espere un poco, siete, ocho minutos en principio, sin apagar su ordenador. Catherine Samson, agente judicial, llegará pronto. Hará copias de la pantalla y de los datos de salida informáticos. Es una amiga de nuestro abogado. Se lo agradezco hasta un punto que no se imagina. Se necesitaba valor, muchísimo valor. En cuanto la agente se haya marchado, le agradeceré que me avise. Llamaré a Xavier.

Hélène y Xavier

*En la noche de viernes a sábado,
entre Cernay-la-Ville y Gazeran*

Eran casi las once de la noche. Hélène se había servido un segundo whisky y contemplaba el líquido ambarino en el vaso colocado sobre un velador de palo de rosa, no lejos del teléfono. Había acercado el pequeño mueble a la cama. Se había sorprendido: el alcohol no tenía como objetivo infundirle valentía sino, al contrario, calmar un poco su furor. Dio un sorbo. Luchaba contra unas ganas locas de insultar a Xavier, de ponerlo por los suelos. Le respondió al cabo de una larga serie de tonos.

—Buenas noches, Xavier. Soy Hélène. Espero que no estuvieras acostado.

—Hélène, ¿estás bien? —se preocupó inmediatamente—. No, no, nunca me molestas, lo sabes muy bien.

—Estoy bien.

—Pues tienes una vocecilla... —bromeó con un tono seductor.

—He tenido un día muy largo. Pero fructífero. En realidad, quería hacerte una pregunta. Respóndeme con franqueza, ¿eh?

El corazón de Xavier se aceleró. Debía de haberse enterado de que era una de las mujeres más cornudas del departamento de Yvelines. Gracias a él. Quizá por fin había llegado su oportunidad. Su pregunta sería: «¿Estás enamorado de mí, Xavier?».

—Por supuesto. Nunca te mentaría.

Hélène se tomó tiempo para dar otro sorbo y declaró con un tono distante,

casi indiferente:

—¿Qué efecto produce ser un auténtico cerdo, uno de los peores cabrones con los que me he cruzado jamás?

—¿Cómo?

—¿Quieres que lo repita? El baile con el IVA intracomunitario, la contraseña de Arnaud, ¿no te dice nada? Porque, en cambio, nuestro abogado y la agente judicial que acaba de irse de la empresa lo pillaron muy rápido.

Después de un silencio seguido de un suspiro, Xavier declaró:

—Te amo, Hélène. Te amo hasta el punto de volverme loco. Haría cualquier cosa para conquistarte. Incluso putadas.

—¡Los cojones! ¡Y aunque dijeras la verdad, me la suda! Sólo te amas a ti mismo. Efectivamente, el verbo «conquistar» es adecuado... como un trofeo de caza... el último que pertenecía a Arnaud, con su empresa, de la que también te apoderabas, ¿no?

Se sorprendió a sí misma. Raras veces era grosera.

—¡Es falso! —aulló él—. Nunca he amado a nadie más que a ti.

Hélène tuvo la nítida impresión de que contenía las lágrimas. Le traía sin cuidado. Estaba descubriendo que podía volverse un mal bicho si amenazaban a aquellos a los que amaba. Sus hijos y... Se detuvo en seco.

—Parece que además eres un mentiroso patológico, casi un psicópata. Esa gente sabe utilizar los sentimientos muy bien, aunque ellos no sienten ninguno. Seré breve, Xavier. Mañana recibirás una carta con acuse de recibo redactada por nuestro abogado. Estás despedido y eximido de tu preaviso. No volverás a pisar la empresa. Han cambiado la cerradura de tu despacho poco después de que te fueras. Si hay objetos personales, te los enviaremos. Seguirá la vía penal.

Colgó. Él intentó volver a llamarla varias veces. Ella descolgaba y colgaba acto seguido.

Se terminó el whisky. Se sentía bien. El silencio nocturno. El sosiego.

Arnaud

*En la noche de viernes a sábado,
hospital de Rambouillet*

Dormía. Al menos su cerebro soñaba. Estaba tumbado en la playa. Era de noche. El chapoteo de las olas de la marea creciente lo arrullaba. Había decidido que no se levantaría hasta que el agua le lamiera los pies. El olor de algas y de sal lo rodeaba, casi demasiado preponderante. Théa se reunió con él. Llevaba un vestido de verano que le llegaba a los tobillos y sandalias. El viento sacudía la tela ligera, la levantaba y luego la pegaba contra sus piernas. Se sentó a su lado. Le llegaban los efluvios de su perfume Chanel.

—*Théa no se perfumaba, Arnaud. Utilizaba piedra de alumbre como desodorante* —rectificó la Zona de Combate, sin interrumpir el desarrollo de la escena.

Ella rozó con la yema de los dedos su vientre y murmuró:

—Si supieras cuánto me ha dolido, cuánto he llorado. Te detesté, también. Me pareciste cobarde, un inútil, un mierda. Pensé que no me merecías. Que en el fondo, había tenido la suerte de entenderlo antes de que fuera demasiado tarde...

—*¡Tiene un morro que se lo pisa, esta tía! Te deja sin explicaciones, transmitiendo el mensaje porque es demasiado cobarde para explicarse mirándote a los ojos, ¿y eres tú quien no se la merecía? ¿Qué, tendrías que haber ido detrás de ella, suplicarle cuando te había dado pasaporte? ¿Estoy soñando? Ah, no, eres tú el que sueña. Los sueños casi siempre son mezclas*

incoherentes. No obstante, son fundamentales para el cerebro.

—Ya no es así, Arnaud. ¿Qué habría sido de nuestra ardiente pasión diez, veinte años más tarde? No tengo la menor idea. Podemos reescribir el pasado con tranquilidad, pero eso no significa nada. Seguimos un itinerario. Llegamos a un cruce. Elegimos una de las sendas. Luego se presenta otro cruce y así sin interrupción. Una verdadera pareja es aquélla en la que los dos tienen ganas de tomar la misma senda, siempre o casi siempre. Digo bien «ganas». No por renuncia, facilidad, obediencia, dependencia o indiferencia. No, cuando cada uno tiene ganas de acompañar al otro por el camino, y es un largo camino. Un camino de vida, el camino de dos vidas. Viéndolo con perspectiva, no estoy segura de que ése hubiera sido nuestro caso. Éramos tan jóvenes, tan diferentes. Se trataba del aspecto más apasionante de nuestro encuentro: nuestras diferencias. Tú eras ya tan serio, tan responsable, tan seguro de lo que ibas a intentar, triunfar. Yo era despreocupada, ligera, cautivada por los pequeños momentos radiantes, los acontecimientos alegres e insólitos. Quería pintar. Nada más. ¿Me habrías amado diez, veinte, treinta años más tarde? ¿Habría soportado al Arnaud que se esbozaba apenas? No estoy convencida de ello y tú tampoco. Amor mío, quién sabe si no habríamos acabado detestándonos, desgarrándonos. Descansa. Te he amado tanto.

Entonces se tumbaba contra él y la abrazaba, bañado por los efluvios de su perfume, a la vez muy femenino y conquistador. Abría los párpados, con una sonrisa en los labios. Cabello rubio intermedio, ojos azules, piel pálida. Hélène. Abrazaba a Hélène contra sí. Una risa le subía a la garganta. Se giró de costado, pasando una pierna sobre las de ella. Era feliz.

Se despertó sobresaltado cuando el brazalete del tensiómetro automático se hinchó y le apretó el bíceps. Aborrecía esa sensación inesperada sobre la que uno se preguntaba cuándo cesaría y si no le trituraría el brazo. Prefería con mucho el médico o la enfermera de antaño que presionaba su pequeña pera de goma negra o naranja sonriendo. Una voz clara y fresca comentó:

—Bien, señor Morin. ¡Tiene usted la tensión de un joven! Voy a ir a hablar un poco con su vecino, al otro lado del pasillo. Se aburre como una ostra, el pobre. No ha tenido ni una sola visita en una semana. Es muy amable. Resultó seriamente herido en un accidente de moto... Salió con vida por los pelos.

Pero al menos, responde. Usted no. Es de locos, es triste: nadie viene a verlo. Ni novia, ni hermano, ni hermana, ni padres, ni colegas. La ambulancia lo trajo aquí. Sin duda lo llevará de vuelta a su casa. En su caso es un desfile continuo. Es reconfortante. Debe de ser usted muy querido. Es algo tan valioso. Bueno, lo dejo.

Hugo había soltado con un tono entristecido: «¿Sabes?, lo que es terrible es que te queremos o que te queríamos todos. Nos has hecho el amor imposible, demasiado penoso, incluso demasiado doloroso».

—*Aún no ha llegado el momento, Arnaud.*

—*¿Qué quieres decir, Zona de Combate?*

—*Lo que acabo de decir, nada más. Duerme.*

La familia

*Sábado por la mañana,
hospital de Rambouillet*

Arnaud había sido besado en el orden y por turnos por Hélène (rápido beso en los labios), su madre (legión de besos y susurros de amor materno), Margot y Hugo (besos artificiales) y Geneviève (gran beso tierno).

Hugo había ido a buscar dos sillas suplementarias a otra habitación.

Siguieron las preguntas y comentarios acostumbrados, bastante superfluos, puesto que parecían invariables y no podía responder a ellos:

MARGOT: Encuentro que tiene buen aspecto. Y huele bien. Deben de lavarlo a menudo. Y eso que estamos a sábado.

ARNAUD: *¿Cómo estás, cielito? Dime.*

HÉLÈNE: En efecto. Uno creería que sólo duerme. Tiene un aire tan apacible.

LA ZONA DE COMBATE, mordaz: *El aire, solamente el aire, os lo aseguro. Porque después de los vapuleos que nos hemos llevado...*

LILIANE, extática: De bebé y de niño estaba tan guapo cuando dormía. Me pasaba horas contemplándolo. Fruncía la naricilla.

ARNAUD: *Mamá, eres un amor. Te perdono por la carta de la madre de Théa. No querías reavivar la pena. Pero ya no la amo, ¿sabes?*

GENEVIÈVE: Y dormía toda la noche. A Sophie le costó adaptarse al ritmo día/noche.

ARNAUD: *Tía Geneviève, eres irremplazable. Conozco a pocas personas*

que sean tan verdaderamente buenas como tú.

LILIANE: ¡En efecto!

GENEVIÈVE: Ah, os envía besos para todos. Llama muy temprano, debido a la diferencia horaria.

MARGOT: ¿Cuántas horas de diferencia hay con Australia?

GENEVIÈVE: Siete horas y media. Más para ellos. ¿Te imaginas?

HUGO, plantado delante del pastel colgado de la pared: ¡Menudo bodrio! Al tío, o a la tía, debía de faltarle realmente inspiración para dibujar esta mujer naranja, con el cabello azul... ¿Qué es esta flor fucsia?

HÉLÈNE: Un girasol, creo.

ARNAUD: *Hélène, no sé por dónde empezar. Todo se agolpa en mi mente. Te lo ruego... pondremos las cartas sobre la mesa. He hecho tantas gilipolleces.*

HUGO: Qué cutrez, ¿eh?

GENEVIÈVE: La licencia artística, ¿tal vez?

HUGO: Más bien la total ausencia de talento.

ARNAUD: *Estoy orgulloso de ti, hijo mío. Me arrepiento tanto. Volveremos a hablar de ello.*

LILIANE: Hugo tiene razón.

«Evidentemente», pensó Hélène. Hugo no podía estar equivocado.

LA ZONA DE COMBATE: *Para no ocultarte nada, Arnaud, empiezo a aburrirme mortalmente. Las banalidades lloverán durante una hora y no nos libraremos de lo que comieron ayer o comerán hoy. Siempre necesito estímulos. Normal, para una Zona de Combate, o si no, me apago.*

ARNAUD: *A mí también me carga. Bueno, por otro lado es como unas vacaciones. Porque la avalancha de revelaciones resulta agotadora.*

LA ZONA DE COMBATE: *¡Dímelo a mí! ¡Yo me chupo la mayor parte del curre!*

ARNAUD: ¿Podemos hablar?

LA ZONA DE COMBATE: *Eso depende, tesoro. No si me buscas las cosquillas en la cabeza, que también es la tuya. No si quieres tener razón a toda costa.*

Arnaud y su Zona de Combate

*En el mismo momento, sábado por la mañana,
hospital de Rambouillet*

—Zona de Combate, ¿recuerdas lo que dijo Hugo?... ya no sé cuándo... hace una eternidad. He perdido completamente la noción del tiempo.

—Normal. ¿El qué? Habló de montones de cosas.

—El pasaje: «¿Sabes?, lo que es terrible es que te queremos o que te queríamos todos. Nos has hecho el amor imposible, demasiado penoso, incluso demasiado doloroso... Bueno, digamos que eres un palurdo».

—Hum... ¿y?

—¿Crees que es verdad?

—¿El qué, que eres un palurdo? Eso sí, en un doscientos por cien —se guaseó la Zona de Combate.

—Deja de lanzarme pullas. La parte «... lo que es terrible es que te queremos o que te queríamos todos...».

—No cabe ninguna duda. Es de locos y terrible en efecto cómo algunas personas pueden pisotear, aniquilar el amor de los demás sin darse cuenta de que es eso lo que los aguanta. No serías el Arnaud actual si no hubieras estado inmerso en ese amor, sin verlo y aún menos respetarlo, salvo el de tu madre, por supuesto.

—¿Soy un auténtico gilipollas?

—Diría más bien que tienes una sorprendente capacidad para la ceguera. Además del sentido psicológico de un mamut adulto. Apreciabas

mogollón a tu buen amigo Xavier, el hermanito, con el resultado que hemos podido ver. Sentías un gran desprecio por Hugo y una ternura un poco lejana por Margot, mientras te convencías de que era ella la indiferente. Has dejado escapar a Hélène, una mujer genial que tanto te amaba. En resumen: un fracaso descomunal.

—No. ¡No y no! No he tirado la toalla, en absoluto. No quiero que Hélène me deje y lucharé. La amo y siempre la he amado. Creo que sólo la he amado a ella, excepto a mi madre.

—¿Y Théa? Volvamos a Théa.

—Viéndolo con perspectiva, se trataba de una de esas pasiones incandescentes de juventud. Su muerte me entristece de verdad. Pero ni siquiera me acuerdo de sus rasgos con precisión. ¿Pue... puedo hacerte una confesión que te asombrará?

—Adelante, colega.

—Me pregunto cada vez más si no he utilizado ese enorme mal de amores, si no me las he apañado durante años para que no se mitigara.

—Mmm, mmm... ¿y eso qué te evoca?

—Por favor, nada de rollos de psicólogos.

—Tienen su utilidad. En realidad... son un poco como tú: obligados a escuchar. Como sabes, raras veces escuchamos al que o a la que tenemos delante. Bajamos las escotillas porque, en realidad, ya estamos pensando en lo que nosotros, mi yo, diremos después. Con mucha frecuencia, sólo nos interesamos por lo que pensamos, queremos decir, afirmar, soltar. No en lo que el otro desea responder. Esto constituye la base de los mayores malentendidos, como los que poco a poco te han ido separando de Hélène y de tus, nuestros, hijos. En el fondo, creo que este accidente ha sido una oportunidad única, Arnaud, aunque habrías podido palmarla. Una condena al silencio, a escuchar. Preguntarse por una vez: ¿qué quiere él o ella decirme, hacerme entender? Sin interrumpirlo, cambiar de tema, volverse sordo.

—Hum... me fastidia admitirlo, pero tienes razón.

—¡Siempre tengo razón! Continúa, por favor. Estábamos en: «ese enorme mal de amores, si no me las he apañado durante años para que no se

mitigara».

—Eres despiadada, ¿verdad?

—Por supuesto, puesto que te quiero.

—Oh, qué bonito es eso que has dicho.

—No, es la verdad. Nunca miento. No dispongo de los circuitos para ello. Puedo equivocarme en mis apreciaciones, pero no mentir. Dejo eso a la otra parte de tu córtex. Ella sabe camelar muy bien e incluso camelarte, de ahí tu ceguera. A veces la obcecación mental es buena, cuando evita heridas irreversibles de la mente. En cambio, también nos hace hacer muchas gilipolleces. Soy una Zona de Combate, programada para que sobrevivas lo mejor posible. Si una ceguera te protege, aplaudo con entusiasmo. Si te amenaza, lucho contra ella. Zapatero, a tus zapatos. ¡Continúa, Arnaud! El mal de amores...

—¿Eso me amenaza?

—Sí. Venga, escúpelos.

—Tener un inmenso mal de amores en primer lugar ocupa. Quiero decir que ocupa el terreno sentimental. Una especie de pesadumbre lancinante que cada vez se vuelve más soportable. Llegado a ese estadio, se vuelve casi gratificante: eres una víctima romántica. Así que... joder, es complicado de explicar... Así que te ofrece una especie de ascendiente, al menos en mi caso. Vamos, las pasaste putas, durante años casi te echabas a llorar cuando pensabas en Théa, más o menos todos los días. Eso da una especie de... de...

—¿Permiso de ser amado, sin pringarte sentimentalmente?

—Exacto.

—Eso no funciona así, o sólo durante un tiempo.

—Lo sé... en fin, acabo de entenderlo. No creas que soy un miedica, pero no puedes saber lo mal que lo pasé...

—Sí, lo sé. Estaba ahí. Cuando estabas desesperado, cuando tuviste ganas de suicidarte, en tu opinión, ¿quién se dejó la piel para impedírtelo?

—¿Eras tú?

—Sí. Sabía que los cardenales espantosamente dolorosos desaparecerían con el tiempo. Tú no. Continúa.

—En realidad, Théa se convirtió en una especie de antídoto antes del veneno. Salvo que el remedio es a veces más temible que el daño. ¡Mierda, menudo gilipollas!

—Una vez más, no. La prueba: has llegado al punto al que deseaba llevarte. Nada, repito, nada es irrecuperable. Siempre existe, o casi, una segunda oportunidad.

—¿Lo sabías? Entonces ¿por qué no me dijiste nada antes, Zona de Combate? —lanzó con tono de reproche.

La voz borde volvió a galope tendido:

—¡Anda, ésta sí que es buena! ¡Tienes un morro que te lo pisas! Me has tapado la boca durante décadas. He tenido que arreglármelas sola, en mi rincón. Cada vez que quería ponerte en guardia, me aplastabas la jeta, me encerrabas en un cuchitril neuronal.

—Mmm... no es verdad.

—¡Sí! —protestó.

La vio casi golpear con el pie, los puños en las caderas.

Arnaud sonrió. En efecto, había atribuido, con toda la razón, una voz femenina a la Zona de Combate. Con frecuencia las mujeres descubren en su interior una tenacidad sin límites cuando se trata de proteger a quienes aman. Nada hace que suelten su presa. Como su madre.

—Ah... ya está, se van. Desde luego, todos sus tópicos han sido un descanso. Porque, oye, en cuanto hablan con el corazón en la mano... nos pegan un susto. Vas a tener trabajo para rato, en cuanto volvamos al estado vertical.

—VAMOS a tener trabajo para rato.

—No, no. Tampoco soy consejera matrimonial o de paternidad. Mueves el culo y te buscas la vida.

Sabine

Sábado a primera hora de la tarde, hospital de Rambouillet

—Buenos días, señor Morin, soy Sabine, su secretaria.

Vaya, ¿ya no era «patrón», «Arnaud» o «jefe»? La oyó sonarse. Con una voz cargada de sollozos, prosiguió:

—Mmm... había comprado un eléboro en tiesto, ya sabe, las rosas de Navidad... es muy bonito... Pero el hospital no acepta flores en las habitaciones, debido al riesgo de infecciones... Así que se lo he regalado a las enfermeras. No... no paro de llorar desde ayer. Estoy desfigurada, toda hinchada. Su mujer fue realmente maja. En su lugar yo habría sido mucho más mala. Es una bella persona, Hélène. Si supiera cuánto me arrepiento, cómo me tiro de los pelos por lo que he hecho... ¡Menuda idiota, menuda idiota he sido! Estaba tan enamorada de Xavier, aunque sabía que yo no le importaba y que me utilizaba. En cuanto le di su contraseña, me plantó. Le aseguro que ignoraba la puñalada tramera que preparaba. Ahora creo que ese tío está pirado. Creo que lo detesta a pesar de que usted le ofreció un magnífico puesto en la empresa, que siempre lo trató con afecto y respeto. Su brazo derecho... Es preferible que te lo amputen a quedarse con semejante gangrena. Bueno, he venido a presentarle mis más humildes disculpas, aunque no las acepte, decirle que le presentaré mi dimisión si lo desea. Me comporté como una imbécil. Me avergüenzo, no se imagina cuánto me avergüenzo...

No dejaba de sorberse los mocos. Se sonó de nuevo.

—Me detesto... Estoy... por debajo de todo. Todo esto porque... no soy ninguna belleza y soy consciente de ello. Me estoy haciendo vieja. Mi marido me dejó por otra mujer, más guapa, más joven... sin duda más divertida también. Ni siquiera le guardo rencor. Lo comprendo. En cambio, podría ocuparse un poco mejor de sus hijos. Creí que... Cuando Xavier me invitó al restaurante (hacía más de diez años que un hombre no me había invitado), creí que las novelas rosas que me pirran tenían un fondo de verdad. Error.

Rio con tristeza y recobró el aliento antes de continuar:

—La señora Morin, su mujer, fue de una rara elegancia. Muy firme pero sin ganas de desquitarse conmigo. Con conocimiento de causa, puesto que me informó de que estaba grabando nuestra conversación, testifiqué. Lo expliqué todo. No era sólo para protegerme, sino porque Xavier me engañó realmente y usted me cae bien. ¿Por qué le detesta hasta ese punto? No tengo la menor idea. La señora Morin me ha prometido que no presentaría una denuncia contra mí. De todos modos, aun así puedo tener considerables marrones. Ha despedido a Xavier de mala manera, como se merece. Ha mandado cambiar la cerradura de su despacho para que no destruya pruebas comprometedoras. A menudo nos hacemos una idea falsa de las personas. Siempre pensé que Hélène era bastante anodina, que estaba en segundo plano. Pues oye, ¡es un auténtico buldócer!

Rio a través de sus lágrimas.

—Ya está. Volveremos a hablar de ello cuando esté usted en forma, y volveré a decirle lo mismo. Me voy, jefe. Yo... bueno, no me oye y es realmente una lástima... pero... si hubiera podido suponer que quería hundirlo, nunca le habría dado su contraseña. ¡Nunca! Me cameló explicándome que estaba usted adoptando posiciones financieras demasiado arriesgadas, peligrosas, y que quería ayudarlo vigilando el tema discretamente. Lo creí. Una idiota, una cretina, no hay otra palabra.

—*Hélène, te amo. Te amo, te amo. Eres mi fuerza, acabo de descubrirlo. Hélène, ¿quizá tu lado buldócer significa que todavía me amas, que todo no se ha ido a la mierda por mi culpa? Me siento totalmente aliviado de que hayas despedido a Xavier. Eso demuestra que no estabas enamorada de él, en absoluto. Eso demuestra, también, que eres mucho más aguda que yo.*

Sabine, Hélène tiene razón, como siempre. No habrá revancha por mi... por nuestra parte. Todos hacemos gilipolleces y soy el más indicado para saberlo. Usted no quería perjudicarme, estoy seguro. Él sí.

Liliane

Domingo a mediodía, hospital de Rambouillet

—He llevado a Geneviève al aeropuerto al alba. Los controles de seguridad se han vuelto interminables... Es necesario, soy consciente de ello, pero son de una lentitud... Me confesó que te había contado... lo de la carta de la madre de Théa. No estaba contenta y se lo he hecho saber. Me había prometido guardar silencio. Geneviève tiene un lado bastante primario y nunca se ha deshecho de nuestra educación religiosa. Eso de «falta confesada, a medias perdonada» o «el perdón se concede a aquellos que admiten sus errores y se arrepienten de ellos sinceramente». Contrición, absolución... Yo ya no creo en eso, desde hace mucho tiempo. Dos genuflexiones y tres plegarias no exoneran de una falta grave. Hay que ser bastante fuerte para soportarlo, para soportar la culpabilidad y vivir con ella. Por otro lado, sus confesiones se perdieron en el coma...

—*¡No, no!* —voceó la Zona de Combate.

—... al volver del aeropuerto he estado pensando en ello. ¿Me creerás si afirmo que no me da por el psicoanálisis, y más teniendo en cuenta que siempre he pensado que se trataba de una tomadura de pelo? No obstante, domino bastante bien la psicología humana, de forma instintiva. Me ha sido muy útil durante mi larga vida. Geneviève estaba fastidiada por haber pisoteado la promesa que me hizo... Bueno, reconozco que entonces se la arranqué. Geneviève nunca pudo resistirse a mí. Sabes lo prudente que soy en

la autopista, sobre todo cuando no me es familiar. Oh, y además todos esos enlaces, se ha vuelto de una complejidad... Por suerte tengo el GPS. Me quedo en el carril de la derecha, por debajo del límite de velocidad y sólo adelanto muy de cuando en cuando, cuando una tortuga más lenta que yo circula delante...

Sí, Arnaud lo recordaba. Cuando se encontraba sentado a su lado, con su madre como conductora, siempre se hacía la misma reflexión: ¿cómo una mujer tan decidida como ella podía conducir de manera tan timorata?

—... Eso me permite pensar en otra cosa. ¡Es tan aburrida, la autopista! No te preocupes, no quito los ojos de la carretera. En resumen, me pregunté de dónde venía esa necesidad de confesarnos, de confesar. Curas, psicólogos, policías, allegados, etc. En mi opinión, pero quizá esté equivocada, es la única forma fácil de aliviar el peso que llevamos. La otra consistiría en reparar nuestra falta, sus consecuencias, pero a veces es imposible. En algunos casos quizá se mezcla la idea de que el pasado es el pasado. En cuanto a mí, siempre he pensado que era superfluo remover los malos recuerdos. Esos recuerdos que sabemos que no nos honran, que no nos prestigian, aunque en la época de los hechos tuviéramos excelentes razones para actuar así. Personalmente siempre he pensado que pagamos por lo que hacemos. En nuestras propias carnes. Vivo con mis actos. Asumo la responsabilidad. La idea de «mala acción» me resulta bastante ajena. ¿Qué es? Si una mala acción está inspirada por el amor, ¿cuidar de otro ser sigue siendo una mala acción? No lo creo.

Arnaud entendió que se hablaba a sí misma, una especie de soliloquio a propósito del cual aún no se había formado una opinión, de ahí ese preámbulo bastante sorprendente por su parte. Liliane era de las que van derechas al grano, sin andarse con paños calientes.

—Le he dado bastantes vueltas. Sin embargo, me di cuenta de que entendía a Geneviève. Es profundamente buena y rehúye los conflictos, incluso consigo misma. Ya no estoy resentida con ella. Sobre todo teniendo en cuenta que, siendo objetivos, ha elegido el momento, el entorno más propicio... en fin, perdona la expresión, pobrecito mío. ¿Acaso no es excepcional, valioso, poder confesar nuestras faltas cuando sabemos que el secreto estará bien guardado gracias a la inconsciencia del receptor? Eso va más allá de la

absoluta discreción a la que están sujetos los curas.

—*No, no* —repitió la vocecilla cargante.

—Así que he decidido seguir su ejemplo. He admitido, en esa autopista, que los secretos acaban por envenenar, por muy determinada y sólida que sea nuestra mente. Incluso cuando su justificación es evidente. Para empezar, debo recalcar la única verdad, la única prioridad de mi existencia, cariño mío: sólo amo, te he amado a ti. Moriría por ti al instante si fuese necesario, y mido mis palabras. No se trata de una frase vana, de un aforismo desprovisto de sentido.

Arnaud no reaccionó. No lo dudaba ni un segundo. Lo había sobreamado, sobredefendido. Sabía que nunca había vuelto a casarse, ni se había echado un amante —al menos que él supiera— a causa de él. Sin embargo, su madre era una bella mujer, elegante, con mucha clase y seductora.

Y por primera vez en su vida, Arnaud oyó la otra voz de Liliane, una voz de mujer envejecida, una voz insegura, herida y casi amedrentada:

—En su carta, la madre de Théa me decía que se había casado algunos años después de vuestra ruptura y que se había divorciado dos años más tarde. Nunca tuvo hijos. Se había hecho diseñadora gráfica y seguía pintando por pasión. Era una... mmm... —Un sollozo seco, y luego—: Una carta muy bonita, tierna, muy triste, sin acritud. Me perturbó verme obligada a quemarla. Me habría gustado mucho releerla, sola, sin Geneviève, que no dejaba de hacerme preguntas. Al parecer me quedé lívida al descubrir su contenido. No obstante, temí que la descubrieran algún día, incluso después de mi muerte...

Arnaud se sintió de repente helado hasta los huesos. Algo en la voz de su madre anunciaba un cataclismo.

—Estaba tan conmocionada que no se me ocurrió ninguna mentira gorda que contarle a Geneviève. Le confesé que venía de la madre de Théa. Mmm... ha llegado la hora... Théa nunca te engañó, en aquella época nunca tuvo más amante que tú. Te amaba. Te amaba de verdad, pero no lo bastante para mí. Me inventé totalmente la historia.

—*¿Arnaud? ¿Arnaud, colega? Te estoy perdiendo. Pierdo el contacto. ¡Arnaud, vuelve! ¡Es una orden!*

—*Estoy aquí, Zona de Combate. Estoy cansado, agotado. Lo sospechaba. Desde la visita de la tía Geneviève, lo sospechaba, pero sobre*

todo no quería entenderlo. Eso explica ese sueño absurdo, cuando Théa me lanzaba reproches y se transformaba en Hélène. Todo lo que he creído era falso. Todo. Todo es una gigantesca mentira, un falso pretexto. Vertiginoso si pensamos en ello, ¿no?

Liliane se había recobrado un poco cuando prosiguió:

—Théa era encantadora, vivaz, guapa a rabiar. Pero también pensaba en ella. Yo quería una mujer que sólo se preocupara por ti. Una mujer que se olvidara de sí misma. Por ti. Un poco como yo, sin duda. Hélène me convenía, aunque nunca me ha gustado. Hélène sufre de un... cómo llamarlo... complejo de inferioridad, quizá. Lo que no es mi caso, inútil precisarlo. La elección de anteponerte a mí era deliberada, consciente por mi parte. Se trataba de mi voluntad. No de la suya. Hélène no sabía que tendría que olvidarse de sí misma para no pensar más que en ti. No obstante, poseía la fibra necesaria para esta negación, este olvido de sí misma. Théa no. Yo sabía que Hélène se sentiría recompensada, orgullosa de ser tu esposa, que para ella se trataría de un hermoso triunfo personal, además de que estaba loca por ti. Así pues, era lógico que te convirtieras en su prioridad. Lo que yo quería...

—*Esto es lo que se llama una manipuladora, ¿no?* —preguntó Arnaud.

—*Sí, de tamaño XXL. Sin embargo, dudo que sea narcisista. No buscaba una mujer como ella a tu lado, sino una mujer que aceptase lo que ella había decidido, para tu único beneficio. En fin, eso creo. La estoy descubriendo al mismo tiempo que tú, ¿sabes?*

—... No pido la absolución por mis actos. Hice, con conocimiento de causa, lo que creí más deseable para mi hijo. Ah, ángel mío, te lo repito: sólo te he amado a ti, en toda mi vida. Habría caminado entre las llamas por ti. Fui una bruja, sin duda. Me trae sin cuidado. Te amo más allá del amor, hasta el sacrificio si fuera necesario, y no me arrepiento de nada. O casi. Sí, de haberte engañado, eso no me lo perdono, aunque lo hice por ti, para protegerte. De haberte causado un enorme dolor cuando aseguré que te había dejado por otro. Aquella noche pasó por casa. Tú ya estabas esperándola en Granville. Mentí. Poseo un inmenso talento para la mentira. Fingí estar confusa, le conté que estabas muy enamorado de otra chica desde hacía meses y que no sabías cómo decírselo. Te habías ido al sur con ella. Insistí en el hecho de que los hombres

son unos cobardes en esas circunstancias y que habías cambiado nuestro número de teléfono antes de irte, para que no te acosara. Ya no querías ninguna relación con ella. ¡Dios mío, cómo lloraba! La consolé como pude, diciéndole que en el fondo eras un egoísta y que ella encontraría a un hombre mucho más cariñoso que tú y capaz de hacerla feliz. Entonces me devolvió tus regalos. Llevaba las pequeñas joyas de bisutería. A ti te expliqué que había recibido llamadas extrañas e inquietantes, y que solicité que me cambiaran el número y que no saliera en el listín telefónico. Fácil, en esa época el teléfono móvil sólo estaba en sus comienzos. Le enseñé la foto que os sacaron a ti y a tu prima Sophie durante las últimas vacaciones que pasasteis en Toulouse. ¿La recuerdas? Sophie está sentada delante de la mesa del jardín. Tú estás detrás de ella, y la abrazas riendo a carcajadas. La guapa rubia terminó de convencer a Théa. También la remató. Se fue dándome las gracias por mi franqueza. Lloraba tanto que apenas podía hablar. Quemé la foto y la carta de su madre. Las pruebas aplastantes de mi pecado. Una vez más, no me arrepiento y tuve razón. Y luego, Hélène entró en tu vida. Ésa sí que me gustaba. Estaba perdidamente enamorada de ti. Eras su aire, su oxígeno, su sol...

—¿Puedes practicarme la eutanasia?

—¿Te has vuelto loco? ¿Por este vejestorio? Perdón, lo sé, es tu mami, pero también es un monstruo descomunal. Todo es siempre recuperable, Arnaud, salvo una enfermedad incurable y devastadora. En los demás casos hipotéticos, todo puede modificarse, si queremos. Todo es una cuestión de energía, ganas, amor, fe también. Fe en lo que somos, en lo que podemos, y podemos mucho. Fe en los demás también. Según los casos, fe en algo superior. No somos una calculadora, ni una contabilidad, con una columna para el «debe» y otra para el «haber», en la que un euro de más sólo anula otro euro de menos. Algunos instantes de felicidad pura, de plenitud, borran años de bruma, de malestar. Una acción magnífica, un amor desinteresado por fin, suprime pequeñas putadas que habíamos cometido por pereza, o por indiferencia. Eso es el espíritu humano. El espíritu humano es tremendamente poderoso y no tienes la menor idea de ello.

Una lluvia de besos en su frente, sus mejillas, sus manos. Si hubiera podido, habría rechazado a su madre.

—No has amado a Hélène tanto como a Théa, ni mucho menos, pero Hélène te ama más allá de lo que la primera hubiera podido ofrecerte. Estoy segura.

Con un tono muy dulce, que creía no haberle oído nunca, Zona de Combate prosiguió:

—Es de locos las proporciones que puede adquirir el amor de algunas madres. De locos y terrorífico. Proporciones antropofágicas. Una destrucción silenciosa y sin derramamiento de sangre. Salvo que, en este caso, ha sido Hélène la que se ha dejado devorar.

—La sabiduría popular tiene razón sin duda: son los buenos, las personas bondadosas y demasiado cariñosas las que pringan.

El tono dulce fue reemplazado de inmediato por la vocecilla sarcástica. Cabía esperárselo.

—¿De verdad? ¿Y si te replicara que, en el asunto que nos ocupa, te equivocas de medio a medio?

—Venga, haznos otra demostración que me pruebe hasta qué punto soy un zoquete.

—No eres un zoquete, puesto que soy de una rara agudeza y de una extremada perspicacia —soltó, un pelín pretenciosa—. En efecto, para Hélène, su mayor logro ha sido amarte y luego querer a sus hijos. Pero no estúpidamente, como imagina tu madre, que lo evalúa todo a su medida. No porque fueras más bien un tío guapo, seductor, arrastrases una retahíla de éxitos femeninos y ganaras bastante dinero, y, por tanto, la posibilidad de una vida muy confortable. No, es mucho más sencillo: porque amar resumía la prioridad de la vida de Hélène. ¡Y lo ha conseguido! Y tú, ¿qué has logrado, Arnaud, aparte de una bonita compañía que fabrica envases de cartón? ¿Algo que tenga grandeza?

—¡Cierra el pico!

—Geneviève tenía razón, ángel mío. Confesarse es penoso, pero en el fondo alivia, y además esto me ha vuelto a aclarar las ideas. Tuve razón en aquella época.

—¿Alguna vez la habías oído admitir que se había equivocado? No es mala leche, sino una pregunta de verdad —quiso saber la Zona de Combate.

—*No creo... en realidad, no.*

Un largo suspiro de vacilación. Liliane tosió y continuó:

—Aprovechemos estos momentos de valiosa soledad de ambos, cariño. Aprovechemos que no me oyes, esta oportunidad para mí de abrirte mi corazón, sus rincones más sombríos. Después... después volverás a mí, a tu vida. Nada de todo esto habrá existido. Nada malo podrá herirte, ángel mío...

—*Esto me da mala espina, Arnaud. ¿Quieres que nos durmamos, colega?*

—*No, y si lo haces me mosquearé mogollón contigo.*

—*Vale.*

—También tuve razón a propósito de tu padre. Como sabes, Georges venía de una familia de terratenientes muy adinerada. Celebramos nuestra boda en su casa solariega. Tu tío paterno, único hermano de tu padre, murió de una leucemia bastante joven. No lo conocí. Todo eso te lo conté. Georges era el único heredero. Al menos eso creía yo, razón por la que me casé con él. Ya entonces yo sólo quería un hijo. Lo quería todo para él. La Naturaleza se mostró conciliadora: llegaste tú, mi logro más magnífico. Tu abuelo paterno no murió de una neumonía cuando tenías tres años, contrariamente a lo que tu padre y yo te contamos. Se colgó. Fue entonces cuando supe que estaban cargados de deudas. Todo estaba gravado con hipotecas. Un auténtico naufragio. Tu padre tenía a quién parecerse: era tan inepto e incompetente como su propio padre, tan incapaz de mirar la realidad de frente y asumir sus responsabilidades. Igual de cobarde. Me sentí traicionada, timada, robada...

—*¿Estás seguro de que no quieres que durmamos, Arnaud?*

—*No. Vamos hasta el final* —respondió con una voz metálica y cortante.

—Entonces, sí, convertí su vida en un infierno. Tenía todos los motivos para humillarlo. A partir de ese momento me negué a que me tocara. No soy de las que se acuesta con un trapo. Voy... voy a beber un vaso de agua al cuarto de baño. Mamá te quiere, cariño. Eternamente.

La oyó levantarse y dirigirse a paso lento, arrastrando un poco los pies, hacia el cuarto de baño.

—*Te lo aseguro, Arnaud, éste es el momento ideal para desconectarnos* —suplicó casi la Zona de Combate.

—*No me hagas esta faena. ¿Estás acojonada? ¿Sabes que no se ha*

terminado? Yo también. Seguimos conscientes. No estoy en peligro y no tienes derecho de imponerme un síncope.

Liliane se sentó de nuevo después de haber esparcido una lluvia de besos sobre su rostro y mano. La oyó murmurar para sí misma:

—Venga, Liliane, valor... nunca te ha faltado. Ahora no te rajes. Es demasiado tarde.

Pensó fugazmente que se había equivocado al rechazar la propuesta de la Zona de Combate y añadió precipitadamente:

—*¡No, no te he pedido nada! ¡Túmbate!*

Su madre se aclaró de nuevo la garganta. Le llegaron ruidos de deglución difícil. Luego prosiguió:

—Pues... Estabas en la escuela. Era un hermoso día de primavera, un poco fresco pero soleado. Recuerdo que llevaba un traje gris ratón con una blusa de color champán. La mañana había sido agitada, por no decir tempestuosa. Le había vuelto a decir cuatro verdades a Georges por enésima vez. Había cogido la costumbre de agachar la cabeza y ya no me respondía. Estábamos a viernes. Quería comprar lenguados, el único pescado que aceptabas comer, además de gambas. Cuando volví de la compra hacia las once, antes de volver a irme para recogerte para la comida, Georges estaba tumbado en el suelo, con la cabeza en el horno. Cobarde hasta el final: ¡ni siquiera encontró el valor para dispararse una bala en la cabeza con su revólver! En lugar de eso, corría el riesgo de hacer que todos explotáramos. Me acerqué. Respiraba con dificultad, de forma irregular. Sólo vacilé un segundo. La atmósfera era sofocante. Salí por detrás y esperé en el jardín, sentada en tu columpio...

Arnaud tuvo la sensación de que de su cerebro salía sangre, como después de un profundo corte.

—*No... no es una hemorragia* —intervino la Zona de Combate con voz de precipitación—. *O más bien sí, pero una hemorragia de pena e incomprensión.*

La oyó apenas. Farfulló. Sus palabras temblaban:

—*Mamá... no es verdad, ¿no? Mamá... di que es una mentira, te lo suplico...*

Su cerebro aulló. En cuanto a él, reprimió sus lágrimas mentales:

—*En fin... es un asesinato. ¿Te das cuenta?... Tú no. ¡Imposible! Zona de Combate, siento mucho no haberte escuchado. Nunca habría querido enterarme de algo tan horrendo... Mi madre... mi madre mató a mi padre.*

La Zona de Combate respondió con una voz neutra, casi anodina:

—*Técnicamente, no. En cambio, la omisión del deber de socorro parece indiscutible. Por otro lado, quizá ya era demasiado tarde para él. Pero Liliane no podía estar segura de ello. Así que, en efecto, es culpable.*

—*Lo sacó de quicio. Lo empujó al suicidio.*

—*¿Y tú? ¿Acaso no sacaste a Hélène de quicio, tú también?*

Las lágrimas se secaron. Contraatacó:

—*Lo que acabas de hacer es repugnante.*

—*Sólo lúcido. Créeme que no pretendo excusar a Liliane, pero tu padre habría podido irse, pedir el divorcio, como va a hacer Hélène. Habría podido arremeter contra tu madre. En lugar de eso, sufrió hasta el momento en que se volvió imposible para él.*

—*¿Porque era un cobarde?*

—*Explicación simplista en caso de suicidio. Personalmente, me parece que hace falta mucho valor para lograr tapar la boca a su propia Zona de Combate. La única forma, en mi opinión, consiste en ahogarla en una desesperación tan intensa, tan insoportable, que se calla. Se apaga. Y, además, le faltó un herrerillo.*

El discurso de Liliane volvió a ser firme, imperioso:

—*Esperé más de media hora y entré de nuevo. Se había acabado. Telefoneé de inmediato a la escuela, para pedirles que se quedaran contigo en el comedor, y luego a los bomberos. ¿Lo recuerdas? Estuviste en casa de Geneviève durante dos semanas. Mientras yo arreglaba el funeral, los papeles, etc. Avisé a tu abuela paterna que no quería que volviera a acercarse a ti. Me habían desposeído, te habían desposeído. De todas formas, se trataba de una mujer sin ningún interés, sin columna vertebral, dotada de la inteligencia de una mosca, ñoña y quejica a más no poder. Me negaba a que ejerciera una influencia perniciosa sobre ti. Murió mucho más tarde de lo que te dije. Es necesario que sepas que mi boda fue un trato tácito. No he sido la única mujer*

en ese caso, ni mucho menos. Era joven, bella, inteligente, bien educada. Estaba dispuesta a amar a Georges, pese al hecho de que era un alfeñique, que aburría hasta las ovejas y que era un amante lamentable. Su parte del trato era fácil, nítida: me garantizaba una vida confortable y lo mejor para mi hijo. Yo cumplí mi contrato, él no. Nunca se lo perdoné. ¡Un pobre diablo! Ya está. No tengo nada más que añadir.

—*Estás realmente loca. ¿Te estás quedando conmigo? —estalló—. ¿Nada? ¿Ni arrepentimiento, ni remordimiento? ¿Te das cuenta de todas las cerdadas, las monstruosidades que has cometido?*

¿Le había leído Liliane la mente?

—Una vez más, no me arrepiento en absoluto. Georges y su madre te habrían enseñado la indolencia, la renuncia, las huidas, las retiradas, la debilidad. Eso no podía ser. De repente me siento tan cansada, cariño. Me voy a casa. Te quiero tantísimo. Mi niño, mi magnífico niño.

Lo besó de nuevo. Un escalofrío de asco, de repulsión, repercutió en el cerebro de Arnaud, de neurona en neurona.

Estaba apabullado. Pasaron largos minutos antes de que preguntara:

—*¿Estabas al tanto?*

—*No. Tú quizá, al menos de una parte que presentías rechazándola, lo que explicaría el sueño con Théa. Ya te lo he explicado. Se trata de la parte de tu cerebro a la que no tengo acceso. Si no, le habría dado una patada en el culo desde hace mucho tiempo. Duerme, Arnaud. Duerme.*

Xavier

Domingo por la tarde, hospital de Rambouillet

El olor especiado del desodorante masculino sacó a la Zona de Combate de su letargo. Silbó:

—*Lo siento, colega, pero dentro de dos minutos provooco de nuevo un síncope reflejo. Aborrezco a este tío. Nos amenaza. Es peligroso.*

—*Espera, espera unos segundos.*

Se alzó la voz de Xavier, y Arnaud detectó su miedo, su tristeza también:

—He venido a esta hora porque sabía que no habría nadie en la habitación. Hélène me ha despedido de mala manera. Estaba estupefacto. Nunca habría imaginado que pudiera volverse tan dura, tan implacable. Me ha insultado por teléfono. Mandó cambiar la cerradura de mi despacho. Alice descubrió mi manipulación contable y la avisó...

Su voz temblaba. Xavier ya no representaba una amenaza. Había perdido y lo sabía.

—Llamé a Alice. Al principio me colgó en las narices y después aceptó hablar conmigo. Me contó un sueño reciente, en el que quería matarte. ¡Son tonterías, una locura total! Sé que no puedes oírme... Arnaud, soy un cabrón, un cerdo, un traidor, un capullo, todo lo que quieras. Pero no soy un asesino. Nunca, nunca en mi vida, se me ocurrió matarte. Hundirte sí, es verdad. Esperar que la palmaras, también. Lo he deseado... muy intensamente, después del accidente e incluso también antes de la llamada de Hélène. Pero

¿eliminarlo físicamente...? Alice está pirada, o es idiota, o está histérica, no lo sé... ¿Cómo se puede creer en un jodido sueño?

—*No importa, una parte de su sueño era exacta, cuando entendía que podía oír.*

Arnaud casi lo compadeció cuando volvió a Hélène. Xavier estaba destrozado. Reprimía su pena respirando con dificultad.

—¡Si supieras cuánto la amo! Nunca he amado a nadie más que a ella. Me ha espetado a la cara que mentía, que ella sólo representaba un trofeo que te pertenecía y que además le traía sin cuidado. ¡Joder, pocas veces he recibido una hostia de semejante violencia! De acuerdo, al principio la deseaba también porque se trataba de tu mujer. Después me enamoré locamente de ella. Pensaba que con Hélène me volvería mejor, menos retorcido. La gran patraña del amor redentor. Ignoro si eso existe. Me inclinaría a creerlo. Ha interpuesto una demanda contra mí. Es secundario. En realidad, no. Demuestra que no me pasará ni una porque no siente nada por mí. Sí, aversión. Me marchó, Arnaud. Te confieso que esta historia me ha dejado hecho polvo. Me voy de Francia. Todavía no tengo un destino concreto. No huyo de las diligencias penales. Si me condenan en rebeldía, me la suda. No sé si uno se recobra de una destrucción de esta índole. Me hablaste de Théa, un día. Necesitaste años para olvidarla. No obstante, cometió un error y te había jodido. Hélène no. No puedo reprocharle nada. Imposible guardarle rencor. Eso debe de volver la convalecencia más delicada, más larga.

—*Sientes casi compasión por él, ¿no? ¿Lo ves? Te dije que no éramos malos. No nos alegramos cuando los demás están deshechos, incluso un cabrón como él. Eso está bien* —aprobó la Zona de Combate, por una vez sería.

Xavier martilleó con una voz más firme:

—¡No soy un asesino, ni tampoco un psicópata, al contrario de lo que afirma esa loca de Alice! Realmente debería hacérselo mirar con urgencia. — Emitió una risita desesperada y añadió—: En realidad, soy un pobre diablo que quería ser tú y que te detestaba por no apreciar lo que tenías. Tengo que reflexionar, alejarme. No me apetece pasarme años esperando cruzarme con Hélène en un restaurante o en un supermercado para intentar explicarme. De

hecho, no veo muy bien qué explicaciones podrían convencerla. Hasta sería capaz de compadecerse de mí. ¡Jamás! No estoy... ah, mierda... realmente no estoy orgulloso de mí mismo. En realidad, me desprecio hasta un punto que no te imaginas. Te deseo lo mejor para el futuro, colega. De verdad lo pienso. Adiós, Arnaud. Te lo ruego, cuida a Hélène.

El olor del desodorante se alejó, la puerta se cerró con un ligero silbido.

Hélène y una nieve inesperada

*Lunes por la noche,
hospital de Rambouillet*

Le rozó la mejilla con la yema de los dedos. Desde su aterradora confesión, había observado que sólo lo besaba en los labios cuando los chicos estaban presentes, para dar el pego. ¿Expresar su voluntad de divorciarse había roto la última barrera? Esa constatación lo entristeció.

—¡Qué tiempo más asqueroso! No te imaginas lo gris que está. Una capa de nubes bajas, un poco lechosas y que parecen sucias. Un tiempo de nieve. Sin embargo, el parte sólo anunciaba lluvia en nuestra región. Me estoy curtiendo, ¿no? He venido con el Toyota, como una persona mayor. Sabe Dios que no me gusta este tiempo. ¿Qué puedo contarte? Nada palpitante. Con Liliane lo llevo como puedo. No sé si piensa quedarse todavía mucho tiempo. Estoy llegando al límite de mi resistencia. Evita las recriminaciones, las críticas y los comentarios desagradables. Sin embargo, tiene siempre esa mirada de reprobación, haga lo que haga. La corta estancia de Geneviève fue una tregua bienvenida. Una mujer bastante excepcional, en mi opinión. Desde luego, no la conozco tanto, pero... tengo la impresión de que oculta montones de cosas bajo la superficie. Me refiero a que es mucho más compleja de lo que parece. Y luego, los chicos han cambiado tanto en pocos días. —Reventó de risa—: Tengo la impresión de que me los han sustituido, los mismos pero más serenos, más atentos, más... felices.

—*Felices, el término que conviene. Creo que eran infelices, que estaban*

asustados, y es culpa mía. No confiaban en mí.

—Hugo es mucho más agudo de lo que hubiera creído. Desde que ha abandonado su papel de adolescente pesado y provocador, ha puesto a punto una estrategia imparable con Liliane. Le da la razón en todo, pensando: «Habla chucho, que no te escucho». Ella no se da cuenta. Sólo ve y oye lo que le conviene. De casta le viene al galgo, ¿no?

—*He cambiado, Hélène. Si supieras hasta qué punto. A mí tampoco me reconocerás. Me han cambiado por el mismo, pero mucho mejor.*

—Ah, he echado a Xavier. Tengo todas las pruebas contra él. Hizo una canallada... Es de locos, increíble. Ya hablaremos de ello más tarde. Y, además, me he matriculado en el módulo profesional de charcutería y *catering*. Pienso abrir una pequeña tienda de comidas preparadas. Liliane casi se ahoga de la indignación. Estaba tan furiosa...

—*Sé lo de Xavier. Sí, hablaremos de ello. Es un cabronazo, pero... creo que sobre todo es un tipo que metió la pata, un fracasado. Lo sabe y debe de ser terrible. ¡Lo del módulo es genial, cariño! Tendrá un éxito sonado. Invertiré. Supondrá una fantástica diversificación para mi negocio. Pondremos a punto cajas especiales, isotérmicas, reciclables, etc. Ya tengo una idea.*

Una duda flotaba en su mente y le preocupaba desde hacía diez minutos largos. Un silencio anormal, perturbador. Sus pensamientos le volvían como un eco. Como esos sonidos producidos en un vasto espacio, que repercuten después de haber chocado contra un obstáculo, como los muros de una prisión.

—*¿Zona de Combate? ¿Estás ahí? ¡Venga, responde! Zona de Combate, no hagas el tonto, vamos. Háblame.*

Un pesado suspiro. Una voz muy lejana murmuró:

—*Arnaud... me voy... Mmm... no lo he decidido yo. Tu cerebro es el origen de mi marcha. Tiene razón. Ya no me necesitas, a esa parte de ti en rebelión contra ti. Yo era un paréntesis que te unía a ti mismo. Para simplificar, el paréntesis contenía los datos que te negabas a integrar en tu disco duro. La transferencia ha salido bien. La conexión ha resultado ser funcional. Todos tus recuerdos están ahora en la misma interfaz. Te toca a ti actuar en consecuencia. Ya no tienes ninguna excusa y el tiempo apremia.*

Un beso muy fuerte, colega. La pelota está en tu tejado. Recuerda tu sueño, el primero, el de la casa que visitabas con Hélène. Recuerda: el tiempo apremia, Arnaud. ¡Mueve el culo! ¡Escucha! ¡En adelante, escucha! Si algún día me necesitas de nuevo, aquí estaré, siempre preparada. Un beso. Fin de la última comunicación.

—*Espera, Zona de Combate, concédeme otro minuto más... ¿Zona de Combate? ¿Zona de Combate? ¡Joder, responde!*

El silencio en su mente.

Una pena inesperada lo invadió. La sensación de una infinita soledad, en la cárcel de su cerebro. Intentó llamarla otra vez, en vano. La certeza de que estaba agazapada en alguna parte en un rincón de su mente ni siquiera lo reconfortaba. *La conexión es funcional.*

Hélène y él visitaban una vastísima casa. Las razones del entusiasmo de su mujer se le escapaban. De acuerdo, desde fuera se trataba de un hermoso caserón, sólido y elegante. Por el contrario, el interior se parecía a un rompecabezas de piezas dispuestas sin lógica. A medida que visitaban el lugar, Arnaud se preguntaba qué chalados lo habían ocupado. Descubría un gran salón decorado con gusto. Dos inmensos sofás con anchos asientos, de piel gris intermedio. Un universo de grises únicamente alegrado por dos butacas Luis XVI con el respaldo en forma de medallón tapizadas con una tela escocesa en tonos verde y óxido. Una colección de libros muy antiguos y algunos bonitos objetos Arts and Crafts: un jarrón gris y negro que representaba dos cabezas de ovejas enfurruñadas, un par de candelabros de hierro forjado de dos brazos sin velas se alineaban sobre unos estantes de wengué. Las otras estancias que cruzaron estaban en obras, con montones de escombros apoyados contra las paredes, de las que colgaban tiras de papel pintado. La disposición y la decoración no tenían ni pies ni cabeza, y había que rehacerlo todo, salvo el salón.

Ante su gran estupefacción, a Hélène le parecía que la vivienda tenía encanto. En cuanto a él, sólo le veía los defectos y los años de obras de restauración a la vista. La conexión era funcional y de repente comprendía. *¡Rebobina, Arnaud, rebobina! Vuelve a pasar la película.* Se trataba de su voz, no la de la Zona de Combate. Lo lamentó pero obedeció.

De hecho, la Zona de Combate no había mentido, no podía, como había explicado. El sueño describía su vida, la vida de ellos dos. Una gran residencia en la cual sólo una estancia no estaba destartalada o en obras. Un salón artificial, aunque logrado, y en el que cualquiera habría podido instalarse. Una parábola de en lo que se había convertido su vida conyugal: una apariencia basada en falsos pretextos, en silencios poblados de palabras vacías o desabridas. La señora y el señor Morin se cruzaban en ese salón, una especie de cáscara vacía, como extraños que llevaran el mismo apellido. Los libros antiguos con la encuadernación patinada de cuero azul marino aludían a Hélène. Las dos cabezas de ovejas enfurruñadas, el par de candelabros de hierro forjado helicoidal de dos brazos, sin vela y sin luz, sin calor, los describían, representaban su matrimonio.

Una oleada de pánico lo anegó. Su impotencia lo abatía. Ya no tenía miedo de morir. En cambio, la idea de no poder reparar nada, de no devolverle a esa casa su belleza, su calor, su elegante solidez, lo aterrorizaba.

Realmente es un flechazo. Podemos hacer algo genial con ella. Hélène no había arrojado la toalla. Siempre había sido la más fuerte. Había aguantado su matrimonio a pulso durante años hasta esa espantosa decisión, la de poner fin a su vida. Por culpa de él. Estaba tan cansada, tan sola y aislada, que sólo un herrero impertinente voló en su auxilio. Hélène se había visto obligada a imaginar un diálogo con un pajarillo de cabeza azul para encontrar, muy lejos en el fondo de sí misma, el valor de seguir viviendo.

Lo reharían todo de nuevo. Tal vez les llevaría años, tal vez tendrían altibajos, encontrarían escollos, pero de ninguna manera eran demasiado mayores para hacerlo. Los candelabros recuperarían las velas. Tenía tantas ganas. ¡Era necesario que Hélène lo quisiera también, era necesario!

La luz chocó contra sus retinas, doloroso impacto. Sin embargo, era de noche y la habitación únicamente estaba iluminada por el resplandor tamizado de un plafón. El pequeño despertador digital posado sobre la mesilla de noche indicaba las ocho cuarenta y cinco. Parpadeó. Un auténtico movimiento, no un efecto de su imaginación. Giró la cabeza hacia el perfume, Chanel N° 5. ¡Chanel N° 5! Distinguió la silueta de Hélène, plantada delante de la ventana, que miraba hacia el aparcamiento. La oyó declarar:

—Ah... Sin embargo, no lo habían pronosticado... caen grandes copos de nieve.

Con voz ronca, espesa, que no reconoció, articuló con dificultad:

—Cariño, tenemos que hablar. No, tú tienes que hablar y yo te escucharé.
Te amo, Hélène, te amo tanto.

De vuelta

*Tres días más tarde,
Cernay-la-Ville*

El doctor Pascal Beaulieu quiso mantenerlo en observación para efectuar exámenes y análisis complementarios. Hablaron, sin que Arnaud le revelara al principio que estaba al tanto de su conversación con Hugo, de la enorme ayuda que le había prestado. Sin duda por timidez. Beaulieu confirmó su diagnóstico, una infección viral que había provocado una respuesta inmunitaria desmesurada que se saldó con una encefalitis del tronco cerebral, un síndrome de Bickerstaff similar al de Guillain-Barré o de Miller-Fisher.

—De todas formas no son situaciones muy frecuentes, señor Morin. Por eso, los testimonios de los enfermos son cruciales. ¿Experimentó usted sensaciones en algún momento, fueran cuales fueran?

Arnaud lo escrutó durante unos segundos. Pascal Beaulieu debía de tener cinco o seis años más que él y desprendía inteligencia, humanidad. En él existía una especie de serenidad, de certeza pacífica. Arnaud se había sorprendido. ¿Desde cuándo le fascinaba lo que tejía la cabeza de los demás? Desde su encuentro con su Zona de Combate. Pero de ella no hablaría. Salvo, quizá algún día, a Hélène. Quizá. Hasta entonces, sería su secreto, entre él y él, una especie de talismán íntimo. Un extraño pudor que no sabía explicar. Para lo demás, se trataba de ciencia y de medicina, y debía responder, aunque sólo fuera para ayudar a los demás pacientes en su caso.

—Lo oía todo. Absolutamente todo. Sentía cosas, los besos por ejemplo, o

una toallita húmeda con la que me lavaban. También percibía los perfumes y los olores. Eso no sé si se trataba de... delirios. ¿Utilizan una solución limpiadora con aroma a limón para el aseo de los pacientes?

—Sí.

—Pues entonces la noté. Quiero decir que la olí. Al igual que el olor yodado del desinfectante, el Betadine (creí que se trataba del mar) y el del caldo que debían de servir a los demás pacientes, imagino.

—¡Cuéntemelo todo! Es muy importante. Existen reconstrucciones mentales *a posteriori*, sesgos cognitivos, ¿sabe? No digo que sean ilusiones tuyas. No obstante, el cerebro es un extraordinario mentiroso, muy convincente. Como prueba, las alucinaciones, ya sean auditivas, visuales o incluso olfativas. Puede suprimir recuerdos y construir otros falsos, pero que parecen auténticos. La mayor parte del tiempo, su finalidad consiste en protegernos, incluso contra nosotros mismos. Sin embargo, de vez en cuando desvaría, inventa cosas horribles que nunca sucedieron. Parece tan real que nos lo creemos obcecadamente.

—Es bastante complicado. Me convertí en un confesor involuntario, cautivo. Las personas se sueltan cuando piensan que no puedes oírlos. Es muy curiosa, esa necesidad de confesar lo que ocultábamos con el mayor esmero. De soltarlo todo. En algunos momentos es magnífico, conmovedor. En otros recibes en plena cara y se vuelve terrible. Da igual, a veces la experiencia fue devastadora, otras veces de una intensa emoción, una hermosa emoción. Sobre todo he aprendido que me movía en una vida paralela y falsa, que había creado. Doctor, creo, sé, que se trata de una segunda oportunidad que se me ha concedido. No veo en qué he podido merecerla, pero voy a cogerla al vuelo. Quería... darle las gracias por Hugo. Me contó su conversación sobre el cerebro, la neurociencia. Pensaba que se hablaba a sí mismo, pero él... no lo había notado tan feliz, tan apasionado desde hace años. La pregunta de cien mil millones de neuronas. Quiere dedicarse a ello. Si supiera cuánto me complace...

—Así que no se trata de reconstrucciones *a posteriori*. Pronuncié esa frase.

—No. Su esposa se llama Stéphanie, le encanta cocinar y es ortofonista,

¿es así?

—¡Fascinante! —exclamó el médico.

Estuvieron hablando durante más de una hora. El neurólogo quería saberlo todo de sus percepciones. Y después habían derivado hacia su vida personal, por supuesto de manera indirecta y luego hacia sus hijos. Cuando se fue, Arnaud pensó que iba a convertirse en un padre de ese temple para los suyos.

Excepto esa conversación, Arnaud no recordaba haberse aburrido tanto en su vida como en el transcurso de esas setenta y dos horas. Tenía tantas cosas que escuchar, que explicar, que hacer, que reparar. ¡Estaba perdiendo el tiempo! Sólo tenía ganas de una cosa: salir, ponerse con su enorme trabajo de restauración de vida, o más bien, de vidas. Por lo demás, la etapa de una simple restauración se había superado: había que reconstruir de arriba abajo.

Había hecho *zapping*, pasando de necesidades a cosas no demasiado interesantes emitidas en la tele para acabar apagándola. Extrañaba terriblemente a la Zona de Combate y sus discusiones. Más bien sus broncas, cuando ella le echaba un rapapolvo. Ahora por fin estaba de acuerdo consigo mismo, y por tanto era uno. Y luego, poco a poco, había llegado a una constatación desconcertante: existen diferentes clases de aburrimiento. Auténticos aburrimientos muy aburridos cuando hervimos de impaciencia, cuando el tiempo no sirve para nada. Aburrimientos egoístas, cuando la gente, las personas no nos interesan porque lo hemos decidido así. Y luego, aburrimientos para descansar, cuando nuestro cerebro nos condena a reflexionar antes de actuar, a interrogarnos antes de decidir, a darle vueltas a los prejuicios. Arnaud había entendido que su aburrimiento pertenecía a la tercera categoría. Y las horas habían pasado más rápidamente. O más bien menos lentamente. No sabiendo muy bien en qué entretenerse, había hecho el inventario de su habitación. Caminaba tambaleándose. Las sesiones de fisioterapia todavía no le habían permitido recobrar toda su masa muscular. Se sentía KO, como si le hubieran dado una somanta de palos sin poder defenderse. Ah, sí, Hugo tenía razón, ese pastel con la mujer naranja era monstruoso. ¿La gente pinta cosas tan pésimas? Por lo visto. Desocupado, abrió el mueble de la cabecera de plástico gris situado cerca de su cama para

descubrir un libro, *El lirio en el valle*, de Honoré de Balzac. Un ejemplar de bolsillo sin duda olvidado por Hélène, que debía de leer mientras lo velaba. A falta de algo mejor, Arnaud se había sumergido en su lectura. Al principio, la historia le pareció un poco demasiado romántica, por no decir cursi. Una lectura para mujeres, vaya. Y luego, la lengua lo había subyugado, la sutilidad de los sentimientos, sorprendido. Y luego no había visto pasar el tiempo. Desde luego, habría preferido algo un poco más animado, pero entendía finalmente que Hélène pudiese pasarse horas acurrucada en un sofá, con la boca entreabierta por la concentración y una novela entre las manos. Volvió a pensar en la declaración casi agresiva de Margot: «Es gracias a la literatura que uno descubre el mundo, el sentido del ser humano, su mente, sus contradicciones».

Los chicos pasaron a verlo corriendo por la noche después de las clases. Hélène lo había visitado cada día y él había percibido su incomodidad. Hablaba muy deprisa, enlazaba una tras otra banalidades insustanciales y luego se detenía en seco. No mencionaba a Xavier, ni a Alice, ni a Sabine, y aún menos su deseo de divorciarse. Esperaba a que estuviera completamente recuperado. Arnaud ya no tenía prisa. Las obras de la casa destartada eran tan vastas. Una torpe premura podría poner el edificio en grave peligro. Convenía proceder con mesura y discernimiento, paso a paso. En cada visita, su mujer le daba un pálido pretexto para irse, cuando se quedaba sin anécdotas. Se iba al peluquero, al médico, o a hacer algunas compras. Al día siguiente había olvidado la urgencia en cuestión. Hélène era una mala mentirosa. Uno de esos seres que están tan poco acostumbrados a engañar que no consiguen memorizar sus trolas. Sólo recuerdan la verdad. Conmover. Liliane se había instalado cada día para contarle con todo detalle y por millonésima vez su infancia, su vida de entonces. Ya no la creía y no escuchaba, conservando una sonrisa mecánica y asintiendo con la cabeza en señal de aprobación. El parecido de ambos en este punto, otro más, lo dejó estupefacto: sólo oía lo que quería y la opinión de los demás resultaba tener una importancia muy secundaria. Como él, antes.

El miércoles por la mañana, hacia las ocho, un recuerdo lejano se abrió camino en su memoria. Una enfermera de voz joven y agradable decía: «Voy a

ir a hablar un poco con su vecino, al otro lado del pasillo. No ha tenido ni una sola visita en una semana. Es muy amable. Es de locos: nadie viene a verlo».

Apoyó la mano en la pared para guardar el equilibrio y cruzó el pasillo a pasitos. Se llamaba Kevin, tenía veintinueve años y, de hecho, parecía muy amable, fajado en su corsé de yeso que reemplazarían por otro de resina, más ligero y confortable, le explicó. Estuvieron hablando durante una hora larga. Kevin trabajaba como especialista calefactor para un gran taller. Su única pasión después, e incluso antes de las calderas actuales —casi lanzaderas espaciales ultrainformatizadas—, se circunscribía a las motos. Su novia, Virginie, lo había dejado seis meses antes después de un ultimátum lanzado en vano tras un primer accidente sin gravedad. Era ella o la moto. Con una voz que se había vuelto laboriosa por la fractura de la mandíbula inferior, operada, silbó:

—No se lo perdoné. Me parecía injusto, desproporcionado, un poco histérica como reacción. Bueno, sólo me había arañado. Ahora la entiendo. No me atrevo a llamarla... No sé si tiene a alguien. Bueno... ya ve...

—¿Y tus padres?

—Mi madre vive en el sur con un gilipollas. Me telefoneó rápido, dos días después de que la avisaran. Mi padre... no sé dónde está desde hace veinte años. No tengo noticias tuyas. Quizá esté muerto.

Arnaud hizo como si contemplara el mismo horrendo pastel de mujer anaranjada con el cabello azul para no incomodar a Kevin, que luchaba contra las lágrimas. Se sorprendió. Llegaba a experimentar una especie de ternura paternal por el joven. Le propuso:

—Virginie tiene razón: no tiene ganas de angustiarse esperándote cada noche. Por otro lado, estoy de acuerdo que las motos son geniales... Yo mismo me sentí muy tentado... ¡Pero con mi mujer, no valía la pena pensar en ello! ¡Menuda escena me habría montado! A veces termina muy mal, como has comprobado. Puedo... en fin, podría telefonar a Virginie. Para avisarla. ¿Quién te dice que tiene un nuevo novio?

A primera hora de la tarde, oyó una voz casi juvenil, encantadora, preguntar con un tono muy angustiado a una enfermera:

—Busco la habitación de Kevin Legendre, señora. Soy su prometida. He...

he venido en cuanto he podido. Un señor del hospital me ha telefoneado...

Sonrió. Qué bonito ese término casi anticuado de «prometido», del verbo *prometer*: asegurar la certeza de lo que se dice. Para su gusto, mucho más evocador que «novio/a».

Finalmente, el jueves a mediodía, lo liberaron y Hélène fue a buscarlo. Pasó a darle un rápido adiós a Kevin Legendre acompañándolo de sus sinceros deseos de que se restableciera pronto. Se sintió conmovido por el cambio de expresión del hombre todavía joven. El habitual milagro, tan banal que ni siquiera pensamos en él. Nos mostramos muy olvidadizos de lo que teje la magia de la vida. El milagro en cuestión es uno de los más valiosos. Y, la guinda del pastel, ¡se trata de uno de los más frecuentes! De solo, abandonado, débil, perdido y desesperado, Kevin era de nuevo amado y amante, y, por tanto, fuerte y dispuesto a luchar. Sólo luchamos bien cuando amamos. Nunca nos queremos tanto como cuando nos quieren. No podemos querernos verdaderamente si no amamos. El amor masturbatorio, de uno mismo a uno mismo, es un sucedáneo poco convincente a largo plazo, si somos honestos con nosotros mismos.

Caía una ligera lluvia glacial. Los limpiaparabrisas producían un sonido de frotamiento bastante molesto, salvo que llenaba un poco el silencio del habitáculo. Hélène circulaba todavía más «a paso de tortuga» que de costumbre, pero Arnaud por fin entendía la razón. No era por canguelo, al contrario de lo que había creído. Había hecho balance de sus responsabilidades: ¿quién se ocuparía de los chicos, de su marido e incluso de los herrerillos si pasaba dos meses en el hospital? Menos grave: ¿cuántas horas perdería en que le remolcaran el coche? ¿Le había leído la mente cuando se volvió hacia él?

—Si lo prefieres, puedes conducir tú.

—No tengo prisa, cariño. Todo va bien.

—Yo... en fin, estoy silenciosa porque me concentro en conducir y en la carretera.

—No me molesta. Selecciono un montón de cosas en mi cabeza. Creo que ha acabado por gustarme el silencio, bueno, determinados silencios. Antes me incomodaban, me perturbaban. Siempre me preguntaba qué ocultaban. Es

todavía más estúpido, dado que casi nunca escuchaba lo que me decían. No de verdad. Quince días de silencio, o más bien de mutismo impuesto, modifican bastante la percepción.

Ella inspiró un largo rato, como si se preparara a realizar un esfuerzo, y soltó:

—Arnaud, yo...

De inmediato, supo que iba a anunciarle que quería el divorcio. Emitió un «chsss» muy suave, con el índice en los labios, antes de interrumpirla:

—Ahora no, te lo aseguro.

En cuanto puso el pie en la entrada bajó corriendo su madre, que lo besó, le acarició el pelo, oscilando entre la risa y las lágrimas.

—Ah, hijo mío, querido, estoy feliz, tan tan feliz...

Se esforzó en mostrarse dócil y estuvo a punto de replicar que había salido del coma desde hacía tres días. No había llegado el momento.

—... Hélène no quiso que la acompañara. Lo entiendo. También me ha... prohibido mencionar a ese... Oooohh, ese cerdo —se indignó con tono viperino antes de que la interrumpiera su nuera de manera muy firme.

—¡He dicho que más tarde, Liliane! ¡Y si alguien tiene derecho a contarlo, soy yo!

—Me siento un poco cansado, mamá. Y tengo hambre. La comida de los hospitales no es precisamente genial. Además, por lo que respecta a las raciones, es preferible comer como un pajarito. Me comería encantado un bistec con una gran ensalada. Necesito verduras. Tampoco diría que no a un vaso de buen vino. ¿Quieres, mamá?

—Ángel mío, pues claro, con placer. Voy a la cocina. Estará listo en cinco minutos, querido.

Liliane casi corrió. Hélène ironizó sin maldad:

—¡Bravo, qué energía! Ni una sola vez mientras ha estado aquí se ofreció a cocinar ella, ni siquiera para su «ángel de sustitución». Me refiero a Hugo. Tu tía Geneviève me ayudó muchísimo, en cambio.

Se limitó a sonreír.

Comió con apetito bajo la mirada de gavilán de su madre, preparada para satisfacer sus menores necesidades. Pretextó sentirse cansado para subir a su

dormitorio. No tenía ganas de una siesta sino del silencio. En la planta baja, no lograría librarse de la verborrea repetitiva de su madre. No deseaba que le repitieran machaconamente hasta qué punto era guapo, inteligente, generoso, sutil, encantador. Ahora sabía que ese retrato ditirámico era una mentira y una ceguera. Quizá también una manipulación. Se acercó al ancho ventanal de su habitación. Una nevada intensa había reemplazado a la fina y fría lluvia.

Se tumbó y cerró los ojos. Se sentía extrañamente a gusto en esa apacible oscuridad. Ya no era una prisión sino un remanso. Una cala donde amarrar, descansar, escuchar cómo apacibles olitas lamían el casco. Una bahía donde resguardarse del temporal, de las tempestades, de un mar embravecido. Arnaud sentía que acababa de descubrir uno de los tesoros más valiosos: ya no huía de su cerebro, no temía la confrontación con él. Era bienvenido, estaba a salvo. En efecto, era «uno». Siempre había sido un depredador de sí mismo. En realidad, se había autodevorado para suprimir de él todo lo que no concordaba con la imagen que quería dar, la imagen que Liliane había forjado e inventado para su hijo. Se había extraviado por el camino y acababa de reencontrarse, todo él entero. Divertido y sobre todo aliviado, murmuró, con los párpados cerrados:

—¡Gracias, mi encantadora borde!

Volvió a pasarse el sueño metafórico de la vasta casa que estaba en ruinas.

Y luego el jaleo indicó el regreso de los chicos. Era jueves, uno de los días en que Margot iba a buscar a Hugo a la salida del instituto para ahorrarle el autobús escolar, que le gustaba bastante poco.

Oyó:

—¿Papá está aquí? ¿Ha vuelto?

Liliane respondió:

—Silencio, queridos. Está cansado. Tiene que descansar. Un poco de paciencia. Está echándose la siesta y bajará más tarde. Dios mío... lo que ha tenido que soportar. Me estremezco. Ah, pobrecito mío, pobre hijo. ¡Qué valor ha tenido! Ha luchado como un león.

«No. La Zona de Combate luchó como una leona. Un auténtico bicho, plasta a más no poder, tenaz más allá de la imaginación —sonrió—. De acuerdo, soy yo. Sin embargo, aún no lo era en ese momento.»

Salió del dormitorio y bajó. Por fin estaba preparado, a las diecisiete cincuenta y cinco exactamente. Soltó con tono alegre:

—¿Es hora todavía para tomar un té o pasamos al champán?

—¿Bebes té? —se sorprendió su hija.

—Pues, preferiría una copa de champán para celebrarlo todos juntos, pero... quizá sea temprano.

—Champán, es perfecto, querido, preparo las aceitunas, las galletitas de aperitivo —intervino Liliane.

—Prefiero un zumo de verduras —soltó Hugo antes de rectificar—, no, para una ocasión mola más un poco de champán.

Se instalaron en el gran salón. Una capa de nieve considerable ya cubría los pequeños bojes podados con esmero que bordeaban la alameda de gravilla del garaje.

—Voy a hacer fuego, estaría bien. ¿Os apetece?

—Deja, papá. Ya me pongo yo con ello —sugirió Hugo dirigiéndose hacia la gran chimenea de piedra.

Hélène, que había seguido el movimiento sin decir ni una palabra, echó una mirada sorprendida pero discreta a su hijo.

—Excelente idea, querido —comentó Liliane.

Las llamas se alzaron.

—Me gustan los fuegos de chimenea —continuó Arnaud—. Suavizan enseguida los sitios, los momentos, aunque no sirvan para calentar.

Hélène se abstuvo de recordarle lo que decía casi siempre: «¡Menuda lata! Hay que meter leña y después limpiar las cenizas».

Arnaud sirvió el champán. Contrariamente a su costumbre, le tendió la primera copa. A Liliane, la segunda.

¿Ésta lo notó? Tal vez. De todos modos, no hizo caso de este cambio de protocolo. Al contrario, exclamó:

—¡Propongo hacer un brindis por Arnaud y su recobrada salud!

Hubo un coro de palabras de bienvenida y alivio. Luego el silencio. Saboreó un largo sorbo y mordisqueó una almendra. Extraño. Los gestos anodinos —comer, tragar mecánicamente— que apenas se notan y se olvidan casi de inmediato adquieren de repente un relieve, un atractivo sorprendente

cuando pensamos que seríamos definitivamente privados de ellos. Con frecuencia ocurre lo mismo con los seres queridos. Los creemos entregados, a nuestra disposición, los descuidamos, los olvidamos un poco incluso cuando nos acompañan a lo largo de nuestra vida. Y un día, la amenaza de su marcha, de su desaparición se nos viene encima, muy real. Bruscamente, su crucial importancia nos salta a la vista de nuevo. Arnaud sintió que lo invadía una inmensa gratitud. Él había obtenido una segunda oportunidad. No dejaría que se le escapara.

—Bueno... ¿Qué pensaríais de organizar una cenita con Alice? Alice se ha convertido en una amiga, una buena amiga. Sabine no estará invitada. No tengo intención de denunciarla. No sé mucho de derecho y no sé si aun así será demandada... No obstante, por nuestra parte no emprenderemos acciones contra ella.

Hélène, boquiabierta, lo observaba. Liliane no había entendido la implicación. Se embolsó con tono indignado:

—¡En fin, querido! Traicionó a mi hijo. Te perjudicó de un modo que podría haber tenido consecuencias terribles... Ni siquiera quiero pensar en ello.

Los chicos y su madre intercambiaban miradas de estupefacción. Esta última verificó:

—¿Cómo te has enterado de esto? ¿Te lo ha contado Liliane?

—No. Bueno... pues... Es donde quería llegar... No es fácil... Yo... oía. Lo oía todo.

Una copa de champán vaciló y se rompió sobre la mesa de centro. Nadie se preocupó por el líquido amarillo miel que se derramaba sobre la bandeja de gruesa pizarra. Liliane se levantó de un salto y gimió:

—¡Oh, Dios mío!

Margot se tapó la boca con la mano. Hélène bajó la cabeza y Hugo contempló atentamente las llamas que bailaban en el hogar.

—... Seguí el asunto Xavier en directo, incluidas sus explicaciones. Volveremos sobre ello.

Se volvió hacia su hija y murmuró con una voz dulce y triste:

—Todo va bien, cariño. Te lo aseguro. Lo siento mucho. No puedes saber

hasta qué punto. Es culpa mía.

Margot asintió con la cabeza a modo de respuesta. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas. Dirigiéndose a su madre, Arnaud prosiguió:

—Mamá... tienes que irte. Reservaré un taxi para mañana por la mañana. Me siento un poco débil para llevarte hasta el aeropuerto. Y, además, no tengo muchas ganas de abordar... eso por el momento.

Lívida, Liliane parecía a punto de desmayarse. Se dejó caer sobre el sofá y balbuceó:

—Querido... yo...

—No te esfuerces, mamá. Te quiero. Te querré hasta el final de mi vida... Te perdonaré un día. Pero ahora es demasiado pronto. Realmente demasiado pronto.

—¿Qué ocurre? —intervino Hélène, preocupada.

—Es entre mi madre y yo, y seguirá siéndolo, cariño.

—Lo hice por ti, únicamente por ti, ángel mío —insistió Liliane llorando.

—No dudo que tú lo creas. Aun así es muy doloroso.

—Subo a preparar mis cosas. No... no tengo mucha hambre. No cenaré. Disculpadme, Hélène y chicos.

—¿Querrá que le suba una bandeja un poco más tarde, Liliane?

—No será necesario. Arnaud... te agradecería que le indicaras al taxista que venga a recogerme a las seis mañana. Desayunaré en el aeropuerto.

—Entendido.

—Subo con la abuela —anunció Margot con voz velada.

—Cielo, tendré que pedirte perdón. Quiero pedirlos perdón a todos, y nunca en mi vida he sido tan sincero.

—De acuerdo, papá. Más tarde, por favor.

—¿No será uno de esos momentos en que los viejos dicen: «Disculpadme, tengo la comida en el fuego»? Yo también subo. Besos —soltó Hugo.

Hélène, de pie, apoyada en el ventanal, miraba a Arnaud, incrédula. Tenía la sensación de que un huracán barría su mente. Éste se levantó, se acercó a ella y la cogió en sus brazos, besándole el cabello. Murmuró:

—Háblame del herrero común, ¿quieres? Cuéntame otra vez lo que te dijo.

Notas

[1]. Prestigiosa colección de obras clásicas editada por la editorial francesa Gallimard.

[2]. Marguerite Yourcenar, *Alexis o el tratado del inútil combate*, Alfaguara, 2014, traducción de Emma Calatayud.

[3]. Institut supérieur de management (Instituto Superior de Administración y Dirección de Empresas), Versailles-SaintQuentin.

[4]. *Barney y sus amigos.*

[*]. École Supérieure des Sciences Économiques et Commerciales (Escuela Superior de Ciencias Económicas y Comerciales), prestigiosa escuela superior francesa. (*N. de la t.*)

[5]. «En Francia, un hombre flaco murió de una larga enfermedad de nombre muy corto.»

[6]. «Sin dolor no hay ganancia.»

Las flores de tu silencio
Antoine Paje

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Mes mots sont les fleurs de ton silence*

© Antoine Paje, 2018

© adaptación de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de © Stéphanie Roujol

© fotografía de la cubierta, © John Herbert Harrison / Trevillion Images - Plainpicture / Baertels - © Lauren Burke / Getty Images

© 2017, Fleuve Éditions, département d'Univers Poche

© por la traducción, Marta García García, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Créditos de las canciones:

© *Seven Seconds*, 2000 Sony Music Entertainment (France) S. A., interpretada por Youssou N'Dour y Neneh Cherry.

© *Sign 'O' The Times*, 1987 NPG Records, Inc. under exclusive to Warner Bros. Records Inc., interpretada por Prince.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2018

ISBN: 978-84-08-19120-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldelllibre.com